# BLANC MOYIL

S DE SALVADOR HERRERA

NEO POLICIACO ATINOAMERICANO

AGUASCAL VOCES INTERIORES

## Los primeros pasos

El puño golpeó con fuerza contenida la puerta de un color no sospechable, pasaron unos largos instantes, insistió con mayor impaciencia, silencio, la puerta se abrió desgarrando la espera para dar paso a un vacío repleto de sombras y luces vacilantes. El cuerpo avanzó al interior de ese posible pasillo, para encontrarse con el ruido estridente de las llantas de un automóvil que se detenía con violencia mientras de la ventanilla trasera disparaban contra varias personas que caían entre ruidos y gritos aullantes de los que caminaban por las aceras; cierto niño se quedó sin su helado de vainilla para siempre; los periódicos de mañana hablarán sobre los muertos y los heridos. Los asesinados podrán ser políticos, sindicalistas, algún estudiante, Sherlock Holmes con su pipa y deducción justiciera, el industrial por ser secuestrado, un empleado bancario y una ama de casa, cierta antropóloga social, un chofer de autobuses, dos periodistas y un poeta, en fin, todos nosotros. Los del auto pueden ser agentes de la ley trabajando para ellos o el sistema, narcotraficantes auxiliados por policías o viceversa, los guardianes de algún banquero realizando la tarea del patrón, amigos de un secretario de estado o presidente, compadres de un juez, en fin, ellos.

La escalera sube en empinados escalones mientras los discursos se encaminan a tranquilizar, el investigador se encuentra con todo y su saber encerrado entre las vallas omnipotentes del poder. Nada se resuelve, sólo se vive a veces. Un salario por hora, alguna botella de ron, innumerables tazas bebidas de café caliente o frío, sábanas frías con el recuerdo de cierto calor femenino, los pesados olores del transporte público y un miserable volkswagen balaceado, chocado o amarrado a una grúa que se lo lleva lejos, junto con la ilusión de resolver el crucigrama de todos los crímenes que el sistema construye. Bajamos por la escalera tambaleante, cuesta expulsar el miedo de nuestra respiración; los agujeros de las balas nos llevan en travesía veloz al escritorio de algún juez que dicta sentencia de absolución para ellos.

Pero se proseguirá investigando puertas, atrás de cerraduras, delante de las imágenes y dentro de los espejos, engarzando las letras desde la *a* y la cadena continuada hasta la *zeta* e ir formando este universo de deseos para no dejar que sólo sobreviva, respire, la limpieza de la impunidad, en esa blancura de la página, que es lo que el silencio deseado de ellos quiere imponer.

El detective continuará existiendo en nuestras venas.



Eduardo Mosches

## Los caminos del neo policiaco latinoamericano Una antología heterodoxa

Paco Ignacio Taibo II

Las huellas arqueológicas pueden encontrarse en Los albañiles de Leñero, en El caso Banchero del peruano Guillermo Thorndyke, incluso en Las muertas de Jorge Ibargüengoitia.

La arqueología profunda podía llevarnos a Leonardo Sciacia (un latinoamericano honorario) y Rodolfo Walsh. La arqueología sideral podría encontrar la conexión genérica en el clasicismo de Hammett (sobre todo en *La llave de cristal*), Chandler (sobre todo en *El largo adiós*) y McCoy y su herencia pervertida en Thompson y Chester Himes.

Pero el surgimiento de una literatura que se autorreconoce como neopolicial, parece deberle poco al pasado. Si hay conexiones las habrá con los elementos más diversos: la visión de la ciudad en Carlos Fuentes, Dostoievski, la novela picaresca del Siglo de Oro, el nuevo periodismo de los años 60, el cotidianismo de Maigret, el folletón de Fantomas...

Este experimento de literatura social usando y destruyendo las convenciones de la literatura genérica, prescindiendo absolutamente del pasado de la literatura enigma e incluso de sus lectores (bien difunta estés, Agatha Christie), aparece casi simultáneamente en México, Argentina y Cuba a partir de la mitad de la década de los años 70, casi en paralelo con los experimentos en el mismo sentido que se estaban realizando en España (Vázquez Montalbán, Andreu Martín, Julian Ibáñez, Juan Madrid, González Ledesma), Francia (Manchette, Jonquet, Daenickx, Vilar) y los Estados Unidos (Charyn, Berger, Behm).

La lista mexicana es más o menos conocida, incluiría sin duda en un segundo momento, tras los nombres de Aguirre y Ramírez Heredia, la corriente argen-mex de Miguel Bonasso, Rolo Diez y Miriam Laurini; el grupo que aportó los paisajes urbanos extraDF: Amparán, Trujillo... Y la segunda hornada: Mauricio Schwarz, Guillermo Zambrano, Juan Hernández Luna.

La lista cubana incluiría al patriarca Ignacio Cárdenas Acuña, al uruguayo Daniel Chavarría, a Justo Vasco y José Latour (mucho mejores en sus cuentos que en sus novelas) y a la nueva figura del grupo: Leonardo Padura.

La lista argentina tendría que incluir al primer fundador, Juan Sasturain, a Guillermo Sacomano, a Juan Pablo Feinman, a Juan Damonte (que por cierto publica en México), a DalMaseto, Martini, a Martelli (ojo con *El Cabeza*, quizá la mejor de las obras del neopoliciaco latinoamericano)...

¿Qué tienen en común todo este grupo de narradores?

En principio el haber adoptado el género, el reconocerse como autores de "literatura policiaca" o
"criminal" o "negra" en guerra original con los prejuicios que obligaban al género a ser anglosajón o
no ser. Casi inmediatamente después, el que su
adopción de las claves genéricas: suspenso, crimen en el centro narrativo, paisaje urbano... no
implicaba el haber adoptado el concepto de "enigma" como recurso narrativo, ni haber aceptado
que la literatura policaca debía buscar el camino
fácil de la narración sin aristas para hacerse popular.

Se trataba (y se trata) de asumir ciertas claves genéricas para violarlas, violentarlas, llevarlas al límite (como bien dijo Vázquez Montalbán, si algún sentido tiene adoptar una literatura de género es violar sus fronteras) y al mismo tiempo utilizar los recursos de la novela de aventuras y las inmensas posibilidades del debate sociológico que hace que el hecho criminal en nuestras sociedades sea esencialmente una cuestión de Estado.

Parece fácil, pero cuando otros lo intentaron, así les fue. Este es un camino con más errores que aciertos, con más fracasos que hallazgos.

En esta breve antología se incluyen algunas muestras interesantes del género, de autores en algunos casos poco conocidos por el lector mexicano, es por lo tanto una muestra atípica, pero representativa, y desde luego muy interesante.

David Dorantes es mexicano y entrañable, periodista en el siglo XXI de Guadalajara, se ha movido con singular alegría en un terreno pantanoso, zona de frontera entre el periodismo cultural, la narrativa, la nota roja y la crítica. La última vez que lo vi se había cortado el pelo al cero, estaba abrazado de dos escritores muy bestsellers norteamericanos y juraba que iba a escribir su primera novela.

Guillermo Zambrano es un cuate que se deja querer. Navega por la literatura de la única manera
posible, con una pasión admirable y llena de ilusiones. Fue periodista muchos años, corresponsal
en el extranjero del *UnomásUno*. Tiene dos novelas policiacas publicadas, *Los crímenes de la calle Seminario* y *Las puertas del Paraíso*. A pesar de
su candor y buena fe, es quizá el autor mexicano
que escribe las historias más horripilantes y salvajes. Las putas en sus novelas son *muy* putas.

José Latour, cubano, financista, calvo, cuarentón, ha escrito bajo el nombre de pluma de Javier Morán cuatro novelas policiacas bastante ortodoxas. En un viraje en su narrativa comenzó a escribir cuentos cortos muy ácidos que involucran la actual realidad cubana. Para mi gusto es el mejor de nuestros cuentistas, además de ser un genio administrativo en el desempleo y una excelente persona. El cuento que aquí se publica fue finalista en el concurso Internacional de la Semana Negra de Gijón.

Myriam Laurini, nacida en un pueblo donde Cristo perdió el sarape en la gran pampa argentina, exiliada política en México a fines de los 70, es uno de los productos típicos de lo que se ha dado en llamar la literatura argen-mex, síntesis extraña de visiones exteriores que se van volviendo aguadamente interiores de nuestra sociedad. Se le agra-

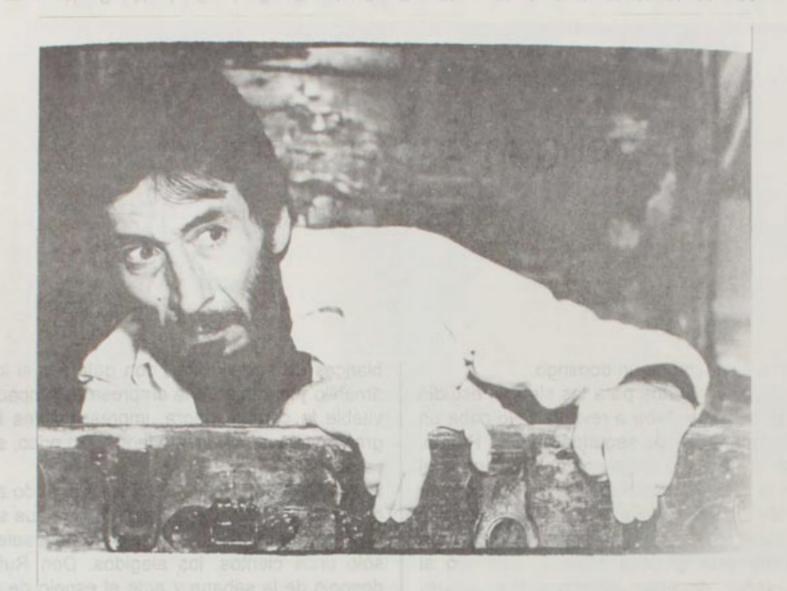
decen enormemente sus percepciones del mundo negro urbano desde puntos de vista femeninos (que no perspectivas femeninas, un narrador lo es tenga falda o pantalón, y Myriam tiene de ambos y bien puestos). Su novela Morena en rojo de verdad vale la pena. Myriam es mucho mejor leida que en persona, sobre todo cuando sube las escaleras de mi casa resollando por el exceso de cigarrillos y la falta de footing, para burlarse de que no me separo de la computadora y acabarse mi tequila.

Ramón Díaz Eterovic, chileno, activo en el movimiento gremial literario, autor de un par de novelas policiacas, ha sido el defensor a ultranza del género en esa esquina del cono sur, a la dictadura no le gustaba, a él tampoco le gustaba la dictadura.

Juan Hernández Luna, mexicano de Atzcapotzalco que escribe sobre Puebla, es un personaje que
parece surgido de la lucha de clases de los años
60. Cuado se emociona se le para el pelo. De una
tremenda imaginación, áspero en sus historias,
tremendo creador de atmósferas y muy provocador. Justo lo que necesitaba la nueva ola del neo
en México. Dos de sus novelas son material de
culto entre los fanáticos, la primera por inconsequible y Quizá otros labios por sorprendente.

Rodolfo Pérez Valero, cubano, hoy viviendo en Miami, es quizá el escritor de nuestra generación y género que maneja mejor formalmente las claves del cuento, durante años fue el finalista o ganador del concurso de relatos de la Semana Ne-





gra, siempre presentando alguna innovación formal. La que aquí se representa es de todas la más interesante para mi gusto. Rodolfo tiene también una novela en clave de ciencia ficción policiaca.

Orlando Ortiz, mexicano, el injustamente menos conocido de los maestros de la generación de la Onda, el más beligerante, el más áspero. Sus historias policiacas desde hace tiempo andan rondando. Tiene dos antecedentes que lo convierten en maestro, su antología de La violencia en México y el haber sido el guionista del único cómic revolucionario en nuestra historia contemporánea, una historia maravillosa llamada Torbellino que a lo largo de decenas de capítulos reveló, cuando era pecado hacerlo, las conexiones entre el poder, el narco, la violencia institucional y el hampa. Demasiado para mi alma.

Mauricio Schwarz es mi cuate, mi vecino, mi asesor en materia de computación y el que me presta el modem (aunque suene a albur no hay tal), periodista chilango, agnóstico, escéptico, racionalista que sin embargo, por eso de la libertad que concede la ficción, se dedica a cultivar los cuentos de horror y fantasía. Va por su segunda novela policiaca (ojo a La música de los perros). Es el único de nosotros que ha logrado abrir la puerta del cuento en las editoriales norteamericanas. Véase por qué.

Leonardo Padura vive en La Habana, es la "estrellita marinera" de la nueva generación de narradores cubanos junto con sus cuates Sacha y Senel Paz, la generación del "submarino amarillo". El está renovando la novela policiaca en Cuba en el tratamiento de los supuestos temas tabúes: corrupción, prostitución, abuso de poder. Lo quiero mucho, pero cuando me acuerdo que una vez me hizo viajar llevándole una vajilla de loza comprada en el mercado de Sonora, se me olvida lo bien que escribe. Dos de sus novelas son accesibles en México, Vientos de cuaresma está a punto de salir publicada.

Gerardo de la Torre, mexicano de siempre, cuando se acercó al género lo hizo por la puerta trasera, o más bien por el callejón. Es guionista de varias de las historias de Tony Tijuana que fueron llevadas con regular éxito a la televisión actuadas muy bien por Pedro Armendáriz (lástima que tuviera un compadre judas). Más allá del género hay que leer su última novela, Los alegres muchachos del aquel verano, francamente excelente.

Quedan fuera de esta antología por problemas de espacio narraciones de Rolo Diez, Juan Sasturain, el maestro Daniel Chavarría (quien siempre quiso tener como nombre de pluma Dan Chabast y sus amigos se lo prohibimos) y el cubano Alfredo Antonio Fernández. Quedan fuera sin merecerlo autores de primera como Justo Vasco, Eugenio Aguirre, Rafael Ramírez Heredia, Ignacio Cárdenas Acuña, porque no tenía de ellos materiales originales sino cuentos previamente publicados.

Prometo desde estas líneas una versión más redonda y que incluya a muchos narradores más de lo que hoy es el neopoliciaco en América Latina.

## Vengan acá esos cuatro

Gerardo de la Torre

Eran cuatro, la noche de un domingo.

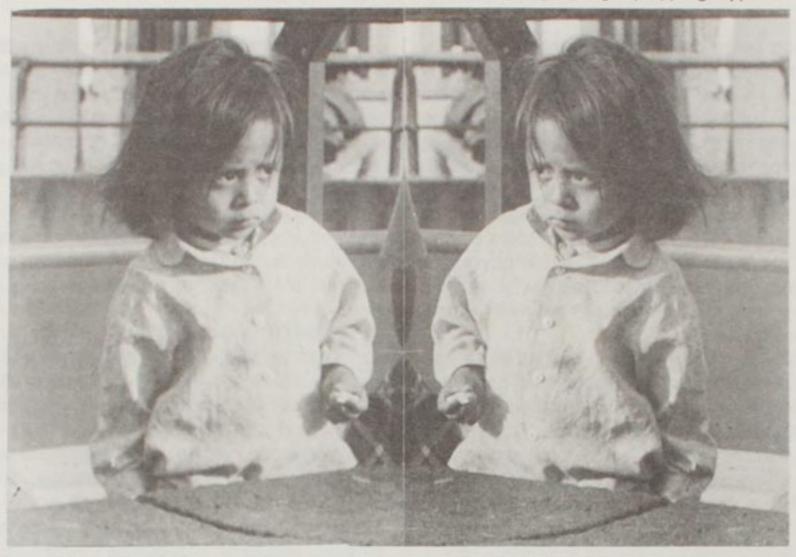
Faltando quince minutos para las siete el estudio Q de Telepaís se hallaba a reventar, No cabe un alfiler, informó el jefe de seguridad a Don Rufino. Muy aseado el jefe, corbata negra, almidonado el cuello de la camisa. Don Rufino, con una sábana cubriéndole el pecho, aceptaba los toques finales de maquillaje, Un poco más de color en los labios, dijo, ¿Cómo está la cosa afuera?, interrogó al jefe, Ah, señor, docenas, cientos, miles, ¿Jóvenes?, Jóvenes como siempre, lo adoran, señor. Los pequeños ojos grises azules de Don Rufino no se apartaban del espejo, atentos a cada detalle de la máscara de cuarenta años que ocultaba el deterioro de la piel sesentona. ¿De qué color se me verán mejor los ojos? ¡Verdesmeralda! ¡Mielámbar! Rojos como la sangre. Y había elegido los lentes de contacto de helado color gris que bajo cierta luz adquirían tonalidades índigo. Es mejor que contrasten con la emoción. Sonrió, Siempre he pensado que debían mandarle construir un estudio más grande, señor, donde cupieran todos sus admiradores, No sería un estudio sino un estadio. Sonrió de nuevo. Llenaba los estadios en Miami y Los Angeles.

Leticia y Adolfo ocupaban asientos contiguos en la fila 27. A la izquierda de Adolfo se hallaba un hombretón de rostro redondo y pétreo de color tabaco, bigote, pelos dispersos en la barbilla, y en los asientos que seguían reposaban Mario y Fernando, trepidante reposo, ¿No será de seguridad éste?, cuchicheó Mario al oído de su amigo, ¿Y si le pedimos que se recorra? Fernando volcó la mirada sobre la cara inexpresiva y tosca que miraba al frente, donde las cámaras se desplazaban ensayando movimientos, corrían los asistentes arrastrando cables, fanales se encendían y se apagaban. Por los altoparlantes una voz dijo Probando, probando, seis minutos para salir al aire. El hombre tendría 35 años, llevaba sencilla ropa de calle en tonos cafés y una cachucha beisbolera yacía sobre sus piemas. Los empleados de seguridad vestían pantalones azules y camisas blancas de corte militar, con gafete y el logotipo amarillo y naranja de la empresa estampado, inevitable la corbata negra, imprescindibles las negras macanas, ¿Tienes miedo?, Un poco, sí, nunca se sabe.

Exigió Don Rufino que desataran el nudo asentado sobre su nuca. En la plaza pública que se arremolinen, pero en mi estudio somos selectivos. sólo unos cientos, los elegidos. Don Rufino se despojó de la sábana y ante el espejo de cuerpo entero, brillante la punta de los zapatos, impecables las rayas del pantalón, permitió que un avudante le colocara el saco de piel color vino, Faltan tres minutos, señor, Uf, lo sé, siempre sé cuánto falta. En un bolsillo lateral del saco se hallaba una tarjeta con tres nombres y un comentario breve. La tomó, le echó una ojeada: Testimonio, Azucena, Sinónimos del Viento. La guardó en un bolsillo interior, Dos minutos, señor, Lo sé, sé manejar mi tiempo, ¿por qué tienen que importunarme en este momento con esas cosas?

No con la piel blanca y suave de Azucena. Por algo te bauticé con ese nombre, chiquilla. Se lo gradezco, Don Rufino, tengo que agradecerle tantas cosas. No me des las gracias, me gusta ayudar a los jóvenes, cada quien cumple una misión en la vida y ésa es la mía. En el penthouse, cuarenta metros sobre el nivel de la calle, su piso privado, Don Rufino sostenía la cámara de video, la aceitada piel blanca reflejaba las luces de la noche. Aquí, pequeña, estamos cerca del cielo, de Dios Padre Señor del Universo, de las naves de otros mundos que portan un mensaje, ¿crees que hay vida en otros planetas? Sí, Don Rufino, con toda mi alma, ¿puedo ponerme la bata? Don Rufino accedió, con la cámara echada en un hombro oteaba el firmamento.

Las luces de la sala fueron apagadas. En el escenario conservaron una luz tenue, difusa. Leticia, muy larga la negra cabellera, tomó una mano de Adolfo y la oprimió, Prométeme que me vas a dar una bofetada si me echo a llorar, No vas a llorar, no tengas miedo, Tengo mucho y me lo voy a



aguantar, pero prométeme que si me echo a llorar me das una bofetada, Te la daré, Gracias. Una voz, Cinco cuatro, brotaba de ocultos altavoces, Tres dos. De golpe un reflector iluminó una breve zona del escenario. Comenzamos, y bajo el chorro de luz apareció una mujer de largo y resplandeciente vestido, diminutos rectángulos de chaquira azul y roja, tornasolado, tornaluzado, Amigos, buenas noches, bienvenidos al más fabuloso programa de la televisión, la casa de los jóvenes, el crucero de la música y la alegría que conduce con mano sabía el capitán, el guía, el maestro Dooon Rufinoooooo. Súbitamente todas las luces se encendieron en juego estroboscópico y Don Rufino avanzó enarbolando un micrófono inalámbrico, Jóvenes queridos, esperanza de mi patria A los quince minutos, había dicho Adolfo. ¿Por qué quince? Ponle que es mi número de buena suerte. A mí me trae suerte el veintitrés, dijo Mario. Y a mí el setenta y siete, dijo Fernando. Pero no vamos a estar allí sentados como idiotas setenta y siete minutos, ¿verdad?, mientras más pronto mejor, al mal paso darle en todita su madre. Veintitrés, repitió Mario, necesitamos tiempo para prepararnos. ¿Prepararnos para qué carajos, mi joven relapso? A ver, interrogó Fernando, ¿cuántos años tienes, Leti? Diecisiete. Entonces que sea en el minuto diecisiete. Yo tengo dieciocho, dijo Mario. Quince, diecisiete, dieciocho, es igual, malditos mocosos, yo ya cumplí diecinueve, dijo Adolfo. ¿En la mitad de una canción?, preguntó Mario. Canción o no canción da lo mismo, dijo Leti. No, tiene que ser cuando el tipo esté hablando, les hago una seña y nos ponemos de pie,

indicó Adolfo. ¿Qué seña? Un grito, lo que sea, que Leti comience a agitar el cabello para llamar la atención. ¿Y por qué no sentados? De pie, que nos vean. Igual nos van a ver sentados. ¿No quieres ir, Mario?, záfate, es tu decisión.

Dos minutos veinte segundos y Don Rufino y había dicho que lo conmovía verse rodeado de jóvenes y ahora que la patria vivía momentos difíciles, lastimada en Chiapas por el interés de facciones que habían elegido los caminos de la violencia, se alegraba de presentar a un grupo de muchachos limpios de corazón, puros de espíritu, Adolescentes de origen humilde que con esfuerzo y dedicación han logrado destacar en el campo de la música y son un ejemplo, yo diría que un modelo, de lo que puede conseguirse mediante la voluntad, sin deseos de apoderarse de lo que otros rojos como la sangre tienen, sino con muchas ganas de abrirse camino mediante el trabajo tenaz y disciplinado, sin ofender ni herir a nadie, y dejo con ustedes, con canciones que nos hablan de amor y cariño a sus semejantes, que es lo que más necesitamos en este momento doloroso, al grupo Testimonio.

Tres minutos quince, llevaba la cuenta Adolfo, cuando un grito se elevó en el recinto, saltaron al escenario los siete de Testimonio, ellas cuatro, tres ellos, la música brotó de los altoparlantes y el conjunto inició una tanda de ejercicios de gimnasia rítmica. Una canción, la segunda, desde detrás de las cámaras los animadores indicaban cuándo aplaudir, cuándo aullar, cuándo guardar silencio, y el hombre de la cachucha beisbolera, echado el torso hacia adelante, el rostro laxo, eri-

zados los pelos de la barbilla, aplaudía, dejaba caer las manos sobre los muslos. Once minutos cincuenta y Leticia acercó el rostro al de Adolfo, No puedo con la tensión, ¿falta mucho? Unos minutos, pero quiero que el tipo esté ahí. La mujer del vestido tornasol se apoderó del escenario para presentar a la blanca Azucena, Comenzó su carrera en el grupo infantil Pan de Azúcar y antes de cumplir los quince años se lanzó como solista, a fines del año pasado grabó su primer elepé y esta noche nos ofrecerá dos canciones nuevas que muy pronto llevará al acetato, vamos a recibirla con un fuerte

Azucena, pequeña, carnosa, bien torneada, llevaba una diminuta blusa de tirantes que apenas le cubría los pechos, pantaloncillo, botines de tacón muy alto, al cuello una cinta dorada. Comenzó la música y Azucena elevó la pierna izquierda, la derecha, atlética y magnética inició violentos movimientos de cadera y dejó oír la voz delgada, chillona. Fernando se inclinó sobre Mario, Canta mal, pero qué guapa, qué cuerpazo, Estoy muy nervioso, Fer, Tranquilo, imaginatela nomás con la cinta, nada por delante, nada por detrás, una boquita de merluza entre las piernas, ¿no te llega el aroma? Apuesto que éste de al lado es de seguridad, susurró Mario, Los de seguridad andan uniformados, menso, Pero cuelan agentes de civil, No seas paranóico, debe ser un pobre diablo, concéntrate en esas buenas nalgas, ¿Faltará mucho?, ya quiero que se acabe este día, Ojo con las nalguitas y ya veremos. El hombre del rostro de color tabaco tenía los ojos ávidos puestos en la cantante.

Azucena corrió y saltó a lo largo y ancho del escenario y al final, sudorosa, acezante, se detuvo en mitad de la pulida plataforma de piedra, escuchaba los aplausos, lanzaba besos a la multitud. Don Rufino se acercó y la tomó de la cintura, suavemente, con mano virtuosa, los animadores pidieron silencio y de golpe cesaron las aclamaciones, Cuando Azucena se presentó por vez primera en nuestro programa, hace casi dos años, yo le auguré que en unos cinco sería de las grandes cantantes de México, pero se me adelantó y es ya una enorme figura del espectáculo, ¿Ahorita, Adolfo, ya? No, no, espera, Hace apenas unos minutos, y voy a interrumpir su concierto porque quiero que esta hermosa niña les comente algo, hace apenas unos minutos, decía, cuando Azucena se preparaba para salir a escena, platicábamos de los ovnis que se vieron hace unas noches al sur de la ciudad. La mano, arácnida, remontó la espalda, atenazó el cuello, ¿Lista, Leti? Y tengo entendido que los grabaste, chiquilla, Sí, Don Rufino, estaba yo en la terraza y de pronto vi dos luces que avanzaban y se detenían, muy extrañas, y como tenía la cámara de video muy cerca, corrí por ella, Con mucho miedo pero estoy lista, Yo no he visto el video, pero me dicen que las imágenes de dos objetos voladores no identificados son muy claras, Así es, Don Rufino, por un milagro, yo nada más apreté el botoncito de la cámara.

Adolfo asió el brazo izquierdo de Leticia y la empujó para obligarla a incorporarse, ¡Ahora, en este momento!, susurró. Leticia miró a Adolfo como si lo mirara por última vez, exangüe el rostro, empavorecidos los ojos, Yo me permití pedirle a Azucena el video para proyectarlo esta noche en nuesrto programa. Leticia se levantó y comenzó a mover lentamente la cabeza a un lado, al otro; las largas ondas negras de la cabellera se desplazaban a la derecha, a la izquierda, y una de las cámaras buscó la imagen. Adolfo, de pie a su lado, se cubrió la cara con un pasamontañas negro. Mario y Fernando, erguidos, se colocaron idénticos pasamontañas. Leticia dejó de agitar la cabeza y la introdujo en una prenda semejante. El estudio Q se llenó de silencio, ¿Qué está pasando allí?, inquirió la voz de Don Rufino, sin tonos de dulzura.

El jefe de seguridad señaló a los cuatro encapuchados y dos de sus hombres echaron a correr
hacia allá. Los ojos grises de Don Rufino se cargaron de ira, Ug, no sé quiénes son ustedes y no
entiendo por qué se ponen esas máscaras, ¿no
comprenden que son símbolos de muerte? Los
cuatro permanecían inmóviles, con los brazos cruzados sobre el pecho, Sólo los transgresores de
la ley, como bien llaman a los criminales que han
aparecido, se cubren el rostro para cometer fechorías, para arrastrar a la muerte a indígenas ignorantes, y ustedes, muchachos, no deben copiar
a los emisarios del mal, imiten el bien, imiten a los
jóvenes que aquí vien a cantarnos canciones de
paz y de buena

De todos los puntos se acercaban las blancas camisas con los logotipos estampados y Vengan acá esos cuatro, exigió Don Rufino. Bajo el pasamontañas la cara de Mario se hallaba bañada en sudor, ¡Viva el Ejército Zapatista!, gritó, ¡Viva el Sub Marcos!, grito detrás Adolfo. El hombre que se hallaba sentado entre ellos, con cara inexpresiva se puso lentamente de pie y en voz muy baja dijo Viva el general Zapata, y titubeó, se volvió a un lado y otro para mirar a la silenciosa multitud que lo observaba, clavó finalmente los ojos en los fríos ojos grises de Don Rufino y repitió, ya en el grito, ¡Sí, que viva el general Zapata!

Los empleados de seguridad, en la carrera, eleva-

ron las macanas.

## Amante profesional

Ramón Díaz Eterovic

Al comienzo le mentí y después ya no. Un comienzo en el mes de enero, con sol, sudor y una lenta taza de café para esperar a Schuster que, como de costumbre, me contactó a través de la casilla de correos. Una postal del Cerro de Santa Lucía comprada al azar y su mensaje: "Romero, el 10 a la hora y en el lugar de siempre". Lo demás, su firma, una estampilla y la ansiedad. Entonces no la conocía y nada me hacía presagiar la proximidad de su mirada. Estaba sin trabajar desde hacia tres meses y a pesar de ese tiempo, la necesidad no pasaba por mi lado. El último contrato, relacionado con un comerciante del sur, había llenado mis bolsillos y por lo tanto, esperar no era un sufrimiento, sino que la calma del descanso y el olvido. Sobre todo del olvido de aquellas huellas dejadas por ahí, de uno que otro grito o alguna mirada desorbitada y deseosa de apagarse junto conmigo, en uno de esos rincones infames que escogía para nuestros encuentros.

Cuando llegué al café, Schuster consultaba su agenda. Lo noté preocupado y envejecido, como si de pronto la edad se hubiese acordado de él. Sus cabellos rubios lucían cortos y su rostro afeitado, con ese tono púrpura de los bebedores. También me llamó la atención el que fumara, ya que hasta nuestro último encuentro era de los que detestaba el olor y el humo del tabaco. Se lo comenté y me dio una explicación vulgar: el trabajo y los nervios. Pedí un cortado y encendí mi sexto "Lucky" de la mañana. Luego lo escuché.

Angela Casas, dijo Schuster indicándome una foto al interior de una revista de mujeres. Periodista, metiche y astuta, agregó sin rabia. Vi la imagen de una mujer delgada, atractiva, y con una expresión aún adolescente en su rostro. Segura, pensé y devolví la revista a Schuster que se había dedicado a explorar mis reacciones, calculando el instante más apropiado para su propuesta. Mi cliente desea que tomes contacto con ella, explicó después de encender con torpeza un cigarrillo. Un asunto de armas. Ella ha estado metiendo sus narices en el tema. Artículos, entrevistas, mu-

cha publicidad innecesaria. Mi cliente está molesto, teme que la prensa ventile los antecedentes y los dólares en juego se esfumen. Por eso quiere que averigües cuanto sabe y procedas si es necesario, concluyó Schuster.

La explicación me pareció suficiente y me limité a señalar mis condiciones. Un valor mayor que el acostumbrado, porque con mujeres nunca se sabe, comenté adelantándome a los posibles reclamos de Schuster, recordando una novela de Chase que leyera en el aeropuerto de Ezeiza, mientras esperaba el arribo de un traficante boliviano. Otra época, en el comienzo, cuando el oficio deparaba sorpresas y aún no se convertía en una rutina de nombres, viajes y actos mecánicos. Pero, no hubo regateo. Llegamos a un acuerdo, tomé la revista y me despedí. Acababan de dar las doce y la tarde se avecinaba calurosa. Anduve un par de cuadras y entré al "Santos". Pedí una soda, un helado de vainilla y me dediqué a leer el artículo firmado por Angela Casas.

Averiguar de ella, su casa y su oficina fue fácil. Saber que se levantaba tarde y que antes de llegar a su trabajo se detenía por un té en la Plaza Italia, fue cuestión de seguirla un par de días. Tampoco fue difícil conocer el nombre de su trabajo o enterarme que había estado casada con un comerciante, dueño de una fábrica de calzado ubicada en Viña del Mar. Un matrimonio de juventud, erróneo, aparentemente sin huellas. Estaba acostumbrado a esas pequeñas exploraciones y de no ser porque necesitaba conocer la información que poseía, puede resolver la situación en cualquiera de esas noches en que la vi llegar sola a su casa. Un accidente, un atraco. Algo simple que no diera pie a las sospechas, y desde luego, sin la necesidad de tratarla, oír su voz y dejarme ganar por esa sensación de desequilibrio que sobrevino más tarde. En definitiva, sumé sus actos, me aprendí su rutina y encontré la coartada para acercarme. Fue en un foro donde ella participaba como panelista. Lo organizaba un cine club, y al atardecer de un día caluroso se reunieron una docena de interesados. De esos tipos que nunca faltan y parecen estar al acecho de todas las conferencias o reuniones. Solitarios, aturdidos de conocimientos y ganas de conversar. El tema era el "Neorrealismo Italiano" y con tiempo me había documentado sobre la materia con un par de libros de la Biblioteca Nacional.

Apenas comenzó a disertar me llamó la atención la seguridad de su voz. Su forma de pensar y de decir. Y más que nada, sus ojos indefinibles y profundos, que adquirirían toda su fuerza cuando ocultaba parte de su rostro entre las manos y parecía querer abarcar el mundo a través de sus pupilas. En ese instante tuve la intuición de que no seria fácil. Que su mirada era una suerte de gato negro que intempestivamente se cruza en la vereda. Le hice un par de preguntas y aparenté estar de acuerdo con sus argumentos. Los neorrealistas italianos me traían sin cuidado, pero fue el eslabón preciso que a ella le permitió recordar algunos nombres y hablar de "Milagro en Milán" una película de Vittorio de Sica sin ninguna referencia en mi memoria. Al término del foro prolongamos la charla con unas cervezas servidas en un bar próximo. Se habló de Ettore Scolla. Dejé que otros opinaran y me dediqué a observarla. En algún momento nuestros ojos se encontraron y ella reconoció mi deseo. Sonrió y pensé que le gustaba ser admirada, recorrida por pensamientos que la desnudaban, jugaban con sus pezones oscuros y lamían su vientre. Me hice el desentendido y esquivé su mirada durante un rato. No quería parecer un cazador diestro. Sin una razón clara, deseaba conquistarla satisfaciendo una necesidad y no sólo por cumplir la tarea encomendada. Me declaré admirador de Scolla y ella ofreció prestarme un libro relacionado con el cineasta italiano. Su oferta fue espontánea, y me pregunté si la solicitud no ocultaba su interés por conocer el final de las miradas. Anoté su teléfono en una servilleta y a la noche siguiente la llamé a su casa. Que vivíamos cerca le dije, y ella me invitó a visitarla. Esa noche puse mis cartas sobre la mesa. Angela desconfió al principio, y luego se dejó ganar por mis palabras y cierta dulzura en mi mirada que no supe si era actuación o realidad.

En el plazo de una semana supe lo que necesitaba y no me atreví a escribir a Schuster. Hacerlo, me dije, era poner límite anticipado a los encuentros con Angela y a esas llamadas que había incorporado a la rutina diaria. Dejé pasar tres semanas. Recibí una nueva postal de Schuster. La mina no es tonta, le dije al reunirnos. Se cuida, recela, sabe que pisa un terreno peligroso. Hazla tu amante, retrucó Schuster. No es fácil, agregué mirando un horizonte de turistas que se dejaba ver por el Paseo Huérfanos, imaginando la sonrisa de Angela y su cuerpo atrapado en una larga acaricia.

Y sin embargo fue fácil y sin mentiras. Una noche la cerveza se prolongó y ya no hablamos de cine. Sólo de los dos. Ella sobre todo, repentinamente abierta a las confidencias y a dejarse mirar a los ojos con ese deseo que transformaba el objeto de mi labor. La despedida fue larga. Nos besamos con la furia de una remota adolescencia, y al día después dormimos juntos, en una pieza de hotel con estrellas pintadas en el cielo y paredes que recordaban un pobre restaurante chino. El sexo se dio imperfecto, con la torpeza de los amantes que se desconocen. Así lo entendimos ambos y nos conformamos con el abrazo tibio que nos permitía contener la piel ajena en la propia, el perfume extraño, el aliento, los susurros.

En el desayuno Angela me contó de sus investigaciones. Sabía nombres, fechas, cifras y contactos. Supuestamente, se preparaba una venta de armas que se disfrazaria de comercio en artículos electrónicos. Me habló de un periodista británico con el que se reuniría en una semana más. El hombre, especialista en armas y redactor de una revista internacional, conocía antecedentes de un embarque que se haría a Irak. Una venta ilegal, y por lo tanto, con buen rédito. Moser lo mentó, y vo reproduje su nombre en una postal que le envié a Schuster. Se cumplió la semana y entonces recibí una llamada de Angela. Nerviosa me pidió que revisara el periódico de la tarde. El titular ocupaba buena parte de la primera plana y reconocí las huellas de Schuster en cada una de sus letras. Moser se había suicidado en una habitación del Hotel Carrera. Su cuerpo, impregnado en alcohol y no pocos estupefacientes, colgaba dentro de un ropero. Ningún desorden, ninguna huella de violencia. Sólo la sorpresa de un hallazgo inesperado, ya que horas antes había hecho reservas para un vuelo con destino a Nueva York. Extraño, le comenté a la hora de nuestro encuentro diario, y asumí la marca de la traición mientras ella recomponía los pliegues de su vestido y me hablaba de algunas declaraciones enviadas desde Inglaterra por los padres de Moser. Me miré a un espejo y me supe traidor. Correspondía escribir otra postal y enseguida proceder conforme al contrato. Lo pensé, al tiempo que tomaba a Angela entre mis brazos, reconociendo las huellas de un dolorosa contradicción.

Redacté un informe vago y dejé pasar otro par de semanas. Deseaba encontrar una salida para Angela y entendí que eso significaba participar en un juego para el cual no estaba preparado. El tiempo del que disponía era breve. Las postales de Schuster no tardarían en aparecer en la casilla y debería dar una respuesta. Y por primera vez no poseía ninguna, como si de pronto todas mis razones se hubiesen convertido en humo. Era la nada y era todo simultáneamente.

Las cosas recuperaron un frágil orden durante un fin de semana en el que Angela viajó a la playa. Sin encuentros ni la tentación del teléfono recuperé mis espacios habituales. Hípica, cines y bares. Pensaba en Angela y Schuster. Dos caras de una historia que no podían coexistir, que se rechazaban desde el mismo momento en que inclinaba mis preferencias por una de ellas. Aposté contra Angela y en un domingo de horas pesadas tomé una decisión que al día siguiente se diluyó al producirse el reencuentro.

Nos reunimos en el restaurante de siempre. La vi nerviosa, jugando con su vaso repleto de agua tónica, luchando contra palabras que no deseaba contener. Luego de un rato me habló de sus investigaciones y sospechas. Estaba por concluir un artículo que se publicaría en revistas de Santiago y Buenos Aires. La noté excitada y dispuesta a llegar hasta el final en su trabajo. Volvió a mencionar a Moser y habló de un informe policiaco que dudaba del suicidio. No quería escucharla, porque cada uno de sus datos inclinaba la balanza en su contra. Confuso, apresuré el almuerzo y sugerí una tarde de hotel y caricias. Ella se negó. Un compromiso la obligaba asistir a una reunión. Protesté y fue inútil. Más tarde, reconocí que la amaba. Solo, en un departamento oscuro y sin recuerdos, en el edificio más gris de la calle Estado, observando la maleta con mis pocas pertenencias y una carpeta con recortes de diarios. Una amarillenta cronología de mis trabajos. Imaginé la portada de un periódico con la foto de Angela. Tal vez una de su época de estudiante u otra en la que aparecía representando a un personaje de "La Casa de Bernarda Alba" de García Lorca. Las había visto una tarde en su casa, junto a otros recuerdos de sus viajes y familia. Un pasado con el que no contaba, y que me hizo sentir como un intruso. Una biografía clara, abierta a cualquiera. En cambio, yo nada tenía que contar. Sólo pequeñas mentiras que a duras penas sorteaban sus imprevistas interrogaciones. La idea de verla en un periódico me resultó distante. Era otro el que la pensaba. Un ser cruel, anónimo, pervertido por el clandestinaje y el absurdo de una profesión sin referencias. Un fantasma que de pronto intervenía vidas ajenas, hacía su labor y cobraba puntualmente.

Pensé en una fuga y la descarté. Las redes de Schuster eran infinitas y tarde o temprano enfrentaría sus preguntas. Mentir me salvaría, pero no a

Angela. El infierno era inevitable. Escribí una nueva postal y nos reunimos con Schuster. Habló de Moser y no mencionó a Angela. Intuí que para él era un tema cerrado. Con nosotros no se juega, comentó en la despedida y no supe reconocer si lo decla por ella, sus investigaciones o por ml. Nada más duro que una amenaza abierta, me dije y me senti cansado. Torpemente recorri algunas calles del centro y entré al "Marco Polo" a beber una cerveza tibia. Observé a la gente, oí sus charlas y traté de identificar un punto de unión. Ninguno, me dije. Hasta antes de Angela ninguno. En casi cuarenta años no había hecho otra cosa que seguir los mandatos de otras personas. Padres, maestros, sargentos y los clientes de un oficio que al principio fue difícil de aceptar, y luego, implacable en sus resultados, hilo de una telaraña que me fue envolviendo hasta obligarme a la perfección. A los trabajos efectivos y limpios que me habían dado un prestigio necesario de mantener a cualquier costo. Perfección que excluía los sentimientos, y me hacía mirar mis objetivos a la distancia y no pisar ese terreno existente más allá de un nombre o una dirección. Ni siguiera el odio o las razones de mis clientes me interesaban. Lo importante era cumplir sin quejas ni retrasos.

Hasta conocer a Angela Casas nunca había dudado de lo anterior, me repetí mientras me lustraba los zapatos en la Plaza de Armas. El modo de nombrarla me pareció momentáneamente perfecto. Era como una frase en medio de un informe. Una razón científica o ecuación matemática que se podía analizar objetivamente. La posibilidad de recordarla sin pensar en sus besos, ni su sonrisa. Un sentimiento breve, porque de inmediato tuve la certeza de que era imposible olvidarla. Tampoco poner su nombre entre paréntesis para ganar la lejanía que me diera margen de actuar, y rescatar mi nombre de ese descrédito que ya creía parte de los corrillos del ambiente o de aquellas llamadas en clave que acostumbraban Schuster y los suyos. Resolví despertar la ira de Angela, y en el siguiente encuentro inventé compromisos extraños, esposa, hijos, un trabajo en sitio remoto. Por unos minutos no dijo nada. Escondió sus ojos y las ganas de llorar entre su cabellera, recorrió los rincones de la habitación en que estábamos, pidió un cigarrillo y se refugió en mi pecho, en un abrazo que no pude ni quise negar. Después, lógica y triste, impuso la separación.

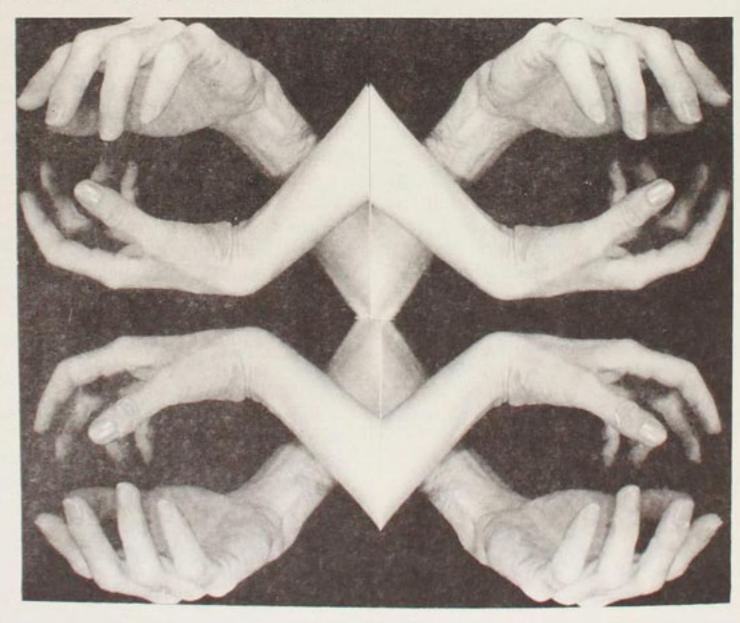
Ella dejó de verme durante tres días. Yo seguí sus pasos como al principio. La vi salir de su casa, reunirse con amigos, asistir a una obra de teatro. Incluso pisé su sombra en una de esas noches con la intención de cumplir con Schuster. Parecía la misma de siempre, aunque algo en su

andar delataba su ánimo. Una forma de dejarse llevar por la gente que caminaba a su lado, o de mirar sin escuchar cuando estaba con otras personas en un café. La imaginé distraída, complicada a la hora de llenar una cuartilla en su máquina de escribir, añorando quizás una llamada mía, dudando si la separación era la opción correcta o era mejor conformarse con los encuentros breves, aceptando esa historia que mi imaginación había creado. A la distancia quise ser otro, tener un pasado normal, un trabajo que pudiese explicar en dos o tres palabras, y la posibilidad de buscarla con un sentido de futuro.

Finalmente la llamé y le confesé la verdad, o parte de ella. No habían compromisos, sólo temores. Vi su alegría y me volví a sentir un traidor. De ella, Schuster y de mí mismo. Me negué a aceptarlo y me di explicaciones que hasta entonces no sabía que existían. Luego me dejé ganar por su ternura y la acaricié buscando alguna respuesta. Me dije que lo importante era ese tiempo que compartíamos. La existencia de un espacio donde no entraban Schuster ni sus armas, y que sentir su aliento en mi boca era lo único real, lo definitivo.

Y así lo creí hasta ayer. Hasta que una reiterada postal de Schuster me hizo concurrir al café de costumbre, sintiendo que el pasado me tomaba de la camisa. Llegué con anticipación a la cita. Al igual que en el comienzo existía el sol y la gente. Los gritos de los vendedores ambulantes y la prisa descontrolada de los turistas. Estaban informa-

dos de todo, dijo Schuster, recalcando ese todo que comprendía los nombres de Angela y el mío. Una palabra que me devolvió a mi pasado de matón callejero, a días miserables y a una noche en que acepté la primera tarea de mi profesión. No le hablé de amor. Schuster se habría reído en mi cara, y después observando como a una alimaña que de improviso decide dejar de reptar. Soy un profesional, le respondí, al tiempo que ponía sobre la mesa las cuatro monedas que pagaban los cafés. Por la noche me reuni con Angela Casas. Vestía un traje blanco, amplio. Su cabellera la sujetaba en un moño simple que permitía apreciar las líneas de su cuello y la perfecta hermosura de sus ojos. Hicimos el amor. Sin prisa, como reconociéndonos por primera vez. Ella trató de indagar en mi silencio y le dije por última vez que la amaba. Cuando desperté al amanecer aún dormía a mi lado. La aparté suavemente y besé sus párpados cerrados. Enseguida me puse de pie y me vesti procurando el exacto orden de mi corbata y mi cinturón. Me puse la chaqueta y de su interior saqué la Walther. Pensé en un cuadro de Chagall. "El Sueño" se llamaba y lo había visto en un museo de Washington. El recuerdo se hizo impreciso, fuera de lugar. Un sol exacto, pleno, se había apoderado de la cama y se regodeaba en la cabellera de Angela. La miré con la tristeza de las despedidas y disparé entre sus pechos por el estúpido placer de cumplir un contrato.



## Hotel Lupita y Mustang 74

#### David Dorantes

A duras penas sobrevive. Sus paredes se caen. El último albañil que pasó por ahí lo hizo en 1973. Uno que por puro amor fue a arreglar el cuarto de su amante. Ya encarrerado se siguió con las reparaciones de todo el lugar. Son 21 años de caerse despacito. Se llama Hotel Lupita y es un lugar casi secreto. De día parece que ni existe y de noche hay que estar muy vivo para saber de él, de ella.

5 de febrero y 5 de mayo es la dirección. De la Lupita, como le dicen los habituales, nadie sabe muy bien quién es el dueño. De día atiende Pancho, un marranito cebado por la cerveza. Es de tan baja ralea que es capaz de asaltar a los teporochos que caen por ahí en busca de un refugio; lejos de la tira que los quiere robar. De noche la encargada es doña Flor, toda dulzura y apapacho. Da cafés y abrazos mientras ve a Nino Canún. Oye problemas y enseña moral. Por ahí pasa de todo. De día se duerme. A las 20:00 horas, amanece. En cuanto la manecilla chiquita llega a las ocho y afuera ya no hay luz de sol, Estela se pone su mejor par de medias. La discreta tanga no falta. No hay que dejar ver nada que descubra a la quimera. La minifalda y el pupilente azul son los toques finales. Un pequeño bolso con navaja de resorte adentro da el detalle más femenino. Hay que cuidarse del chamuco o los gandallas. Cien pesos listos en el escote para pagar la

cuota a los "Centauros" del mal. Todo listo. Vestida para chambear.

El primer cliente. A leguas nuevo. Vueltas y vueltas a la manzana en Mustang 74. A 50 el guagüis y: "Si quieres todo, mi amor, te sale al doble más el cuarto", dice Estela con voz melosa que cosquillea junto a la oreja del cliente. Pagar y entrar rápido. Los cuartos de abajo son las oficinas, los de arriba son los del placer y para los cuates.

Al entrar el cliente primerizo siente que un escalofrío lo recorre. El "Manos" y el "Dagas" lo revisan con la mirada al pasar. Los dos se alquilan. Equipo de seguridad para las muchachas. Nunca han entrado en acción. La facha intimida a cualquiera. El "Manos" era militar y cree que aún lo es. Si no fuera por el permanente olor a mota nadie notaría que ya no está en el Ejército. Se viste igual que paracaidista en Vietnam. El "Dagas" es más discreto. Huaraches, pantalón de mezclilla y camiseta. Nada más. La mirada es la dura. Lo más cabrón del rostro. Ha de ser porque le falta un ojo. Al entrar el cliente quiere tocar, abrazar. Ella se niega, repela. Le dice, casi le ordena: "Págame y desvistete". Pero es una exageración. Sólo tiene para el guagüis y con desabrocharse la bragueta es suficiente. Cuando está lista para trabajar, el del Mustang 74 pide: "Nomás brázame, bésame, háblame. Con eso y ya". Estela piensa que son los cincuenta pesos más fáciles de la semana.



## Del peligro de alquilar el culo en estos días

Juan Hernández Luna

Lo que más le dolía era el culo. Como si los hijos de puta le hubiesen metido una barra de acero y olvidado sacarla.

Aquel no había sido su día, de eso estaba segura. Podía jurarlo por Santa Agueda y por San Bonifacio, sus santos preferidos. Primero, habían sido las medias corridas con el lazo del tendero; luego al ir a cagar, descubrió a Zoila espiándola desde la letrina contigua. Odiaba a Zoila, no podía entender cómo a sus doce años, todos los hombres del barrio le fueran conocidos. Y no bastante con ellos, había comenzado a buscar el favor de las mujeres con la sorpresa de que no pocas aceptaban acostarse con esa chiquilla que hacía valer su condición de huérfana, quedándose a dormir en el portón de la vecindad y haciendo de la letrina su centro de actividades, tanto para sus escarceos como para espiar a quien usara el retrete de junto.

Aquella tarde salió de la vecindad con las medias rotas y sintiendo el culo embarrado de las miradas de Zoila. Se había retrasado. Cuando llegó a la fonda de doña Esther esta le dijo que el *Jirafa* la había ido a buscar y se había marchado encabronado luego de esperarla.

El Jirafa dejó dicho que esa tarde y toda la noche quería verla caminar por la 16 Oriente y 11 Norte. Mierda. La peor zona. Ningún cliente. Se podía morir de hastío y nadie le preguntaría el precio de sus piernas abiertas. Y la culpa la tenía el Jirafa por pendejo, por dejarse ganar la calle. La portezuela se escondía por más que la buscaba en la oscuridad. Sintió un jalón en los cabellos y cómo su cara se estrelló contra el cristal, luego vino el golpe, la sangre, el diente roto, la verga sucia y fea del tipo que le aventó fuera del auto sobre el pavimento.

¡Putas gonorreas! Recordaba a su padre lavando su cosa en un lavamanos antes de irse a dormir; su madre sollozando al recibirlo; ella, con los ojos cerrados, tratando de imaginar un día sin nubes, mientras los gemidos de su padre subían y subían hasta convertirse en un feroz bramido que despertaba a los más pequeños. Su madre se levantaba apurada a callarlos y aprovechaba para llorar a solas.

¿Qué sería de su familia? Llevaba años sin tener noticias de ellos, desde que su hermano la encontró recargada frente a la *Papelera Armenta* con su bolsa de naylon donde guardaba el rollo de papel higiénico. Apenas tuvo tiempo de reconocerlo. De pronto su hermano estaba tirándole patadas. Salió corriendo. Su hermano quedó ahí, llorando — le dijeron sus amigas— al encontrar a su hermana haciendo de puta en una esquina.

¿Qué le contaría a su madre? Que no era cierto que trabajaba en una mueblería, que la hija mayor, la que una ocasión envió una rosca de reyes con un ropero de tres lunas, alquilaba las nalgas en pleno Centro Histórico de la ciudad de Puebla. Ese no había sido su día, como tampoco lo había sido horas antes cuando se le jodieron las medias y Zoila le espió el culo. La mala racha continuó cuando un auto se estacionó frente a ella con un par de tipos adentro.

Uno de ellos usaba lentes oscuros y manejaba al auto, el otro vestía una playera tan ajustada que los músculos de sus brazos parecían trozos de carne muerta. Tenía unos bíceps enormes que pudo ver mejor cuando este le pidió la tarifa por coger con los dos. Tú, nomás di cuanto, dijo.

Parecían levantadores de pesas y pensó en lo afortunado que resultaba tener trabajo a pesar de competir con alguien como Irma y Sonia. Cuando dijo su precio, el par de musculosos nomás se rieron. ¿Se les habría hecho barato? Tal vez hubiera podido exagerar un poco. ¡Qué diablos! Subió al auto, bajaron por la misma 16 oriente y se fueron por la 9 Norte. Pensaba que tal vez la llevarian a algún motel de las afueras, por la salida a México. De pronto, notó que el auto iba rumbo al estadio Cuauhtémoc. Cuando salieron de la ciudad, el que usaba lentes desvió el auto por un camino de terracería y ahí comenzaron a fajarla.

Eran torpes. Sus manos no sabían de caricias. Cuando supo la razón pensó en lo imbécil que a



veces resulta la carne. Aquellos cabrones, con músculos y todo, se trenzaron en un faje que a ella se le antojó de expertos. Se trataban bien entre sí. Fue cuando el de la playera ajustada le ordenó a ella que se empinara. De buena gana hubiera salido del auto para dejar al par de putos con su calentura, pero carajo, la curiosidad por ver en qué terminaba aquello fue más fuerte, así que prefirió atender el consejo de dar al cliente lo que pida. Se subió al asiento trasero, levantó su falda, bajó las medias rotas y ofreció el culo.

Lo dicho, aquellos cabrones no sabían de caricias, mucho menos de mujeres, porque el buey de la playerita ni siquiera le atinaba, andaba buscando entrar por el chiquito. ¡Estúpido! Decidió que debía mostrarle el camino... Ahí comenzó todo. El musculoso no estaba equivocado. ¡En verdad quería darle por lo más pequeño!

Ni madres, pensó mientras intentaba zafarse. Y no porque le disgustara embarrar el palo, sino porque estaba incómoda y sabía que aquel imbécil la lastimaría. Y si quería juntar el dinero para sus dientes no podía arriesgarse a descansar por tener el culo lastimado. Para su desgracia el tipo de lentes la sujetó. Fue así como el de la playerita entró y salió y entró y dió paso al otro que hizo lo mismo y vuelta a repetir mientras se carcajeaban y se daban besitos.

El dolor producido por las embestidas la hizo desmayar.

Cuando despertó sintió entre sus piernas el hilo de sangre que corría pastosa y tibia. Sentía frío.

Su falda estaba destrozada, manchada de sangre, le faltaba un zapato y sus medias eran ridículos jirones llenos de lodo.

No podía quedarse ahí, pronto amanecería y el frío de la madrugada sería brutal. ¿Pero dónde estaba? A lo lejos sólo se miraba un caserío. Ya tendría forma de saberlo, primero había que ponerse de pie.

Cuando intentó hacerlo, un zumbido de sal y navajas entró por sus piernas. Jamás el alma le había dolido tanto como esa vez el cuerpo. Sus piernas eran de agua, se volvían cartón humedecido con sangre. De un momento a otro se diluirían con el frío y quedaría condenada a arrastrarse por el resto de sus desgracias, sin poder alcanzar las luces del caserío que lejos titilaban.

No pudo continuar. Junto a una magueyera buscó lugar en un montón de tierra donde protegerse del viento y la escarcha. El improvisado refugio le permitió soltar un respiró de alivio. Aprovechó para seguir revisando la derrota y supo que aquellos tipos no se habían conformado con lastimarle el trasero. Sus brazos mostraban saetas de sangre coagulada, culebras de rojo que subían también por su cuerpo. Resultaba cómico, no sabía si llorar o agradecer el saberse aún con vida.

La hilera de magueyes se recortaba contra la noche. La zanja que corría paralela parecía usada
como basurero. Por todas partes se miraban desperdicios; latas, pañales desechables, polietileno.
La basura ofrecía un espectáculo multicolor y hasta sorprendente. En el fondo, miró lo que creyó
era un simple zapato, pero cuando notó que éste
iba seguido de un pantalón y este a su vez de una
pierna humana supo que algo fallaba en la lógica
de los desperdicios, que aquel cuerpo no pertenecía a esa zanja ni a la basura que en vano había
intentado devorarlo.

Es casi un niño, pensó cuando por fin pudo bajar y remover la inmundicia. Miró el rostro amoratado, la sangre seca que había estado escurriendo por su boca, las manos atadas a la espalda y el ojo izquierdo casi desprendido.

¿De dónde llegaba esa claridad que le permitía observar con tanto detalle? Alzó la vista. Las nubes daban paso a un astro brillante que le permitía seguir mirando atónita el cuerpo del joven ensangrentado y muerto. ¡Puta madre! Comprendió que a pesar de sus deseos ya no podría irse y dejarlo, mucho menos al notar que el muy cabrón cadáver sonreía.

Al menos no había sido la única a quien las cosas le habían ido de la chingada. Ya eran dos con media madre de fuera, sólo que ella no había muerto, mucho menos podía sonreír como el muertito ese que vestía camisa floreada.

## Una mariposa muere y no importa nada

Myriam Laurini

para todas la muchachas de Jerocoa, allá en Sonora

Encontraron a Asunción tirada en la cocina, sobre un charco de sangre que crecía desde la frente a la mejilla.

Sus compañeras trataban de detenerle la sangre con un trapo y sospecharon de las guardianas. Las guardianas y los policías sospecharon de ellas. Los de la Cruz Roja que se la llevaron no sospecharon de nadie.

"¡Ah, chingao, qué duro me diste!", repetía de vez en cuando Asunción.

Un policía le preguntaba insistentemente: "¿Quién fue, chamaca; quién fue?". Y ella respondía "¡Ah, chingao, qué duro me diste!".

El policía se pasaba lentamente la mano por su negro pelo de alambre. Se aburría y pensaba que estaba perdiendo el tiempo a lo pendejo porque "estas indias nunca sueltan la sopa".

En los momentos en que la dejaban sola, en paz, Asunción oía voces, veía rostros, imágenes. No sabía si estaba dormida o despierta, si lo que revoloteaba por su cabeza era real, lo había soñado o lo estaba soñando.

En esas estaba cuando decidió abrir el ojo izquierdo, después intentó con el derecho y se dió cuenta que lo tenía tapado. Miró el techo y se le vino encima, sintió que la aplastaba. Buscó refugio en las paredes, pero no se estaban quietas, subían y bajaban como los caminos de la sierra.

Tuvo hambre y sed. Le dolió la cabeza, cerró el ojo y sin saber cómo se encontró en medio de la cocina.

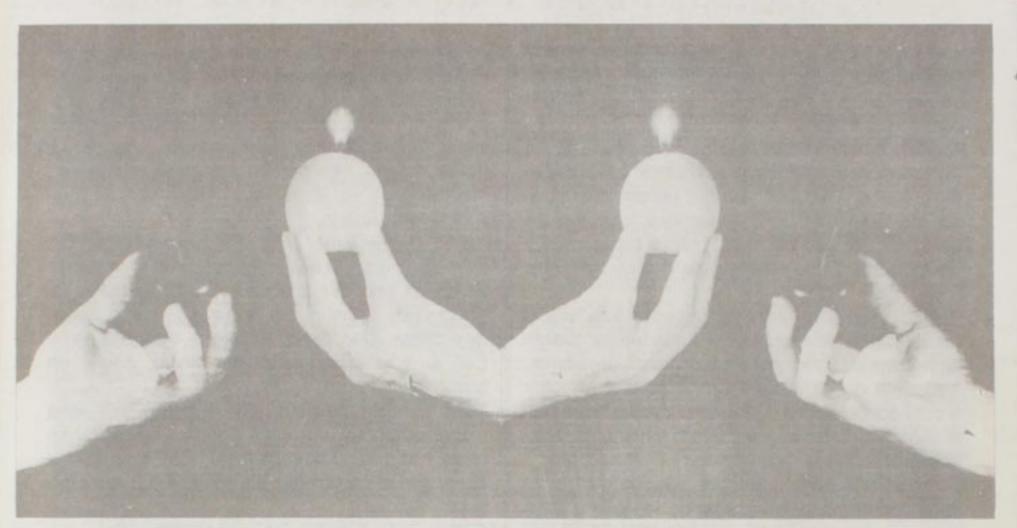
Era la hora de la comida y como todos los días, sesenta mujeres se movían como hormigas del refrigerador al comal, de la estufa a los bancos, de los bancos al fregadero. Una de las mujeres intenta abrir uno de los dos hornos de microondas, recibe en la mano el planazo de un cuchillo. Grita, "jay, hija de la chingada!". "¡Tu puta madre, el horno es mío!", responde la del cuchillo. Y tú, Asunción, les dices "ni madres, cabronas, llegué antes que ustedes". Pones el plato en el horno y lo programas, miras como gira y gira el plato. "¡Quita tus mugres tortillas!", grazna una gorda.

"¡A chingarte, ora te esperas, hoy voy a comer tortillas calientes!". "Miren nomás a la muy pretenciosa, antes ni tortillas comía y ahorita qué aires se trae". "¡Cállate metiche, que el pedo no es contigo!". "¡Quién me robó la comida, me dejaron el toper vacío!". "Esta siempre con el mismo argüende, de miserable no compra y luego sale con que le robaron..." "¡Toma! ¡Para que aprendas a no meterte conmigo!". "¡Que guamazo!". "Me sacaste sangre. ¡Ora sí que te la parto, puta!".

Las que ya habían calentado su comida, sentadas en un banco desvencijado y largo, miraron a las dos mujeres que se mordían, se arañaban, se arrancaban mechones de pelo, trataban de matarse. Y tú, Asunción, les pegabas con una escoba, les decías "¡ya basta cabronas, jijas de su pinche madre, qué no les da vergüenza!". Ellas jadeaban, como animales. Una guardiana observaba desde la puerta. La increpaste, "oiga, haga algo, para eso le pagan, ¿no?". La guardiana torció la boca en una mueca. No se molestó en contestarte.

Ya sin odio o sin fuerzas, las mujeres dejaron de golpearse. La guardiana se acercó, las tocó con la macana y automáticamente les advirtió y las amenazó, repitió lo de siempre.

Y tú, Asunción, tiraste la escoba en una esquina, te sentaste a comer y a hablar sola, "por estas jijas de su rechingada madre otra vez como frío... Por estas jijas... Tanto me alegré con que habla dos hornos de microondas para calentar la comida, para comer comida caliente, y todos los días pasa lo mismo, la comida se hace piedra y no pasa. ¡Ja! ¡Comida caliente! ¡Mierda caliente!". Un médico le tocó el cuello con el dorso de la mano, la enfermera le quitó el termómetro y lo miró. "La temperatura está cediendo, parece que va mejor" —dijo la enfermera. "Va mejor, pero ya tendría que haber reaccionado" —dijo el médico. Tú que los oías, querías hablar, querías abrir el ojo y no podías. Estabas mejor porque ellos lo decían. Volaste a Jerocoa, a tu comunidad. Como si fueras un pájaro o una mariposa, desde lejos,



desde un árbol, desde una flor, viste a la familia reunida, sentados a la mesa, en la galeria de paredes altas de adobe encalado, con piso de tierra y con viejas cacerolas llenas de helechos, millonarias, moneditas. También estaba la enorme vasija de barro, llena de agua fresca. Y te veías a ti misma en la cocina, preparando tortillas, cuidando el café, oyendo la voz cansada de tu padre.

"Hoy se murieron los últimos pollos, con la peste esa... La tierra seca... no da más que unas pocas mazorcas; y la vaca, un día de estos a la mejor se muere, está vieja... y tan mal comida. Uno de ustedes tendrá que buscar trabajo en la ciudá, no hay di otra."

Llevaste las tortillas y el queso blanco, regresaste a la cocina por el café, te gustó su olor, buscaste un trapo para sacar la cafetera del fogón. Una mirada a las paredes negras y ahumadas te hizo desear una cocina blanca, estufa, piso, ollas, trapos, todo blanco en la cocina, era todo lo que querías de la vida en ese instante.

Serviste el café. La familia cenó en silencio, cada quién sumido en la fragilidad de su esperanza. Y tu esperanza, Asunción, era irte, ser la elegida para trabajar en la ciudad. Te quedaste mirando fijamente a una mariposa que revoloteaba sobre el farol, empecinada en atrapar la luz...

"Asunción, tú vas a ir a la ciudá —dijo de pronto tu padre. Estos me ayudarán a sacarle algo a la tierra y las otras todavía están chamacas."

Siguieron masticando tortillas con queso y bebiendo café, en silencio.

Tenía la boca reseca, los labios partidos. Pidió agua. Humedecieron un algodón y se lo pusieron

en la boca. No bastó. Entonces le acercaron un vaso y bebió con ansiedad.

Dentro del vaso viste las literas, las dos largas filas de literas separadas por un estrecho pasillo.
Las literas que iban de punta a punta del galerón,
con techo de lámina, sin ventanas, con cientos de
casilleros pegados a las paredes que servían para
guardar la ropa. El galerón, que alguna vez fue
una fábrica y hoy era el dormitorio. El galerón
donde nunca se podía hablar porque siempre había mujeres durmiendo. Donde a cada rato entraban las guardianas, encendían la luz y rezaban la
misma misa: "El dormitorio es para dormir, la que
no tenga sueño se va a la salita a ver la tele, y
más les vale porque si siguen con el desmadre se
van todas a dormir paradas".

El galerón, el dormitorio donde no se podía hablar, pero se hablaba, donde se encendían las luces y te despertaban, donde se dormía a medias, de a poco, como se pudiera.

Bebió más agua y tuvo náuseas. Oyó a la enfermera que le pedia que despertara, que ya habían pasado dos días, que tenía que despertar. Y sí, tenía que despertar, pero tal vez mañana, hoy queria recordar el día en que se fue.

Te acompañaron a Alamos. Tu padre compró el pasaje para el autobús a Nogales. Tu mamá escondía los ojos porque era mucha la tristeza. Te prendió en la blusa un escapulario de Teresita de Cabora. Tu papá no dejaba de golpearse una pierna con el sombrero y tú tratabas de sonreír.

Tenías 16 años y te ibas de esa comunidad atascada de barro. Comprarias vestidos como los que usan las muchachas de Alamos, tendrías un novio y te casarías. Un novio muy guapo, al que le gustara la música y el baile, que hablara bien, que supiera decir cosas bonitas, no como los hombres de Jerocoa que sólo sabían mirar al cielo y decir cuando iba a llover.

Agitaste la mano y susurraste un adiós eterno. En el camino viste mariposas de colores, soñaste con el novio, con Nogales, con sus plazas y jardines, con sus grandes casas, las fábricas, los cines, los taxis, los salones de baile, con la gente linda y bien vestida. Tanto soñaste que el viaje se te hizo corto.

Tus ilusiones eran infinitas, pesaban más que el bolsito donde llevabas lo poco que tenías. Saliste de la central camionera pisando firme, desafiante. Anduviste dando vueltas para encontrar un lugar barato donde dormir. Cuando por fin te tiraste en la cama ya no tenías fuerzas para nada. Deseaste seguir soñando... no se pudo.

Te invadió el miedo. Saltó un lágrima y la escurriste con la mano, bruscamente. No ibas a llorar porque no querías volver a esa comunidad atascada de barro.

La Pecas y la Chaparra estaban sentadas a su lado, hablaban en voz baja. Decían que la veían muy mal, que si tuvieran buena marmaja se la llevaban a otro hospital, de paga, donde estuviera solita en cuarto, con todo y tele.

Estaban bien locas, la Pecas y la Chaparra, porque ahí eran muy buenos y te daban agua y te sacaban sangre, te limpiaban la herida, te ponían cómodo.

Mal, de a de veras mal, estaban ellas. La Pecas, la Chaparra, las demás, preñadas de hijos sin padre, llenas de alcohol y mariguana, de sueños muertos y deseos de venganza.

La Pecas y la Chaparra te mareaban con palabras, no paraban de hablar. Y lo que tú querías era pasear por la Alameda. En la Alameda consciste a Isidro, un viernes por la tarde.

Nogales no era la ciudad que habías imaginado, pero la Alameda tenía jacarandas, franboyanes, laureles de la India y sus bancos de hierro forjado. Y aquel viernes te sentaste junto a un joven alto y flaco, moreno. El dijo algo y tú, tímida, apenas abriste la boca, y él siguió diciendo cosas lindas y más tarde caminaron tomados de la mano, compraron nieves de limón y rieron tontamente.

Otro viernes volvieron a encontrarse y otro y otro. Y pasaron varios viernes hasta que hablaron de la boda. Sí que hablaron mucho de la boda, sería en la comunidad de Isidro, con dos bandas de música, con vestido blanco con olanes, con guirnaldas de flores azules, con estrellas de crisantemos, con machaca y cabritos asados. La boda era un sueño compartido y él cortó una flor y te la puso

en el pelo y te dijo enamorado que eras muy bonita y tú lo besaste porque también lo amabas.

"Isidro, Isidro, ¿dóndé estás?", estiraste una mano y no lo encontraste. "Está trabajando, luego viene. Todos los días viene a verte" —te dijo la Pecas. "Isidro, ven porque me estoy muriendo". "Ya viene, ya viene, no te apures" —quiso consolarte la Chaparra.

"Isidro, mira esa mariposa, esa que está en la flor. Dámela, Isidro." El quiso atraparla con la punta de los dedos, pero la mariposa voló hacia la calle.

Te tomaron la mano, era la mano de Isidro, áspera y cálida. Qué alivio. Abriste el ojo para verlo. Con él a tu lado podrías descansar, dormir un poco...

Toda la noche despierta por el miedo, por esos ruidos extraños y por esas lágrimas que saltaban solas y tú que no querías llorar porque en la mañana, con la primera luz del sol ibas a buscar trabajo.

En la puerta de la fábrica encontraste a otras muchachas que como tú no pasaban de los veinte años, que habían crecido pegadas a la tierra, que sabían de animales y de siembra, de hambre y miseria compartidos en familia, de la alucinación por una vida distinta.

Repartieron unas papeletas que llenaron como pudieron. Las pasearon por la nave donde había otras mujeres trabajando y les explicaron que "maquilar es fácil, cuestión de aprender y echarle ganas". Plantearon las condiciones: "ocho horas diarias, seis días a la semana. Cuando fuera necesario horas extras de cumplimiento obligatorio". El jefe de personal, que tenía una nariz prominente y mentón deprimido, las acompañó hasta la salida y dijo: "Señoritas, las espero mañana a las siete para el curso de capacitación, las que aprueben se quedan con nosotros". También puso sueños a la venta: "La empresa les ofrece vivienda gratuita para las solteras sin hijos. Transporte, también gratuito, de la vivienda a la fábrica y de la fábrica a la vivienda. El salario es de... más las horas extras... ¡Una verdadera fortuna, señoritas!".

Tú, y las otras, quedaron alborotadas, emocionadas, en Nogales sí que pagaban y hasta vivienda gratis, con dormitorio, salita con tele a color y cocina con hornos de microondas, y el transporte, todo gratis, ¿acaso no era una maravilla?, se harían de mucho dinero en poco tiempo. Caminaron juntas, tomadas del brazo, de a dos, de a tres. En el centro comieron quesadillas de machaca, coyotas, se contaron sus vidas, se hicieron amigas. Asunción, tú no podías dejar de sonreír. Nunca

Asunción, tú no podías dejar de sonreír. Nunca habías tenido una amiga y ahora tenías como quince. La verdadera vida estaba fuera de Jerocoa, volviste a jurar que nunca volverías porque ibas a aprobar el curso. Ya lo habían dicho "cuestión de echarle ganas", y a ti las ganas te sobraban.

"Maquilar es fácil", cualquiera aprende a maquilar. Haces lo mismo durante ocho horas, más las extras, durante seis días, se te hinchan los pies, se te quiebran las uñas, se te llenan de arena los ojos y la cabeza se vuelve un zumbido interminable, quieres hacer pipí, pero no puedes dejar el trabajo, retrasas las entregas, y cuando ya no aguantas te pones de pie, el supervisor te grita, le dices que vas al baño, y él que son puras mañas, pura flojera, tú sientes que sale una gotita caliente, corres, apenas te da tiempo de bajarte las pantaletas, vuelves a la nave y el supervisor te amenaza, te va a correr, te vas a quedar sin chamba y sin vivienda y sin transporte. Tú, te vas a quedar sin nada. Tú que les compraste el sueño del dinero, de las amigas, de los enamorados, de la buena ropa, la buena comida, la comida caliente, la tele a color donde sólo se ven dos canales gringos, la grabadora estéreo y los cassettes de los Lobos y los Broncos. Tú, que tenías al alcance de la mano todo lo que puede desear una muchacha de 16 años lo ibas a perder. Lo miras directo a los ojos, le dices en voz alta "¡pendejo, quién eres para decirme cuando he de mear, te me vas mucho a chingar a tu puta madre!". El supervisor se muerde la lengua, pega media vuelta y desaparece, sabe que cuando empieza una las demás la siguen, pero ya te lo va a cobrar, encontrará la forma de aplastarte.

"Isidro, Isidro, maquilar es fácil, pero deja la maquila Isidro, yo sé por qué te lo digo, te va a matar, Isidro". "Tranquila, estate tranquila, mujer, que te estoy cuidando". "Voy a dormir, Isidro. Hace mucho que no duermo".

"Isidro, dame esa mariposa". Isidro quiso tomarla suavemente, con la punta de los dedos, pero la mariposa voló y empecinada en atrapar el brillo del cemento cayó aplastada sobre él.

Hoy estás muerta, cinco días que te hirieron y estás muerta. De septicemia, según los médicos.

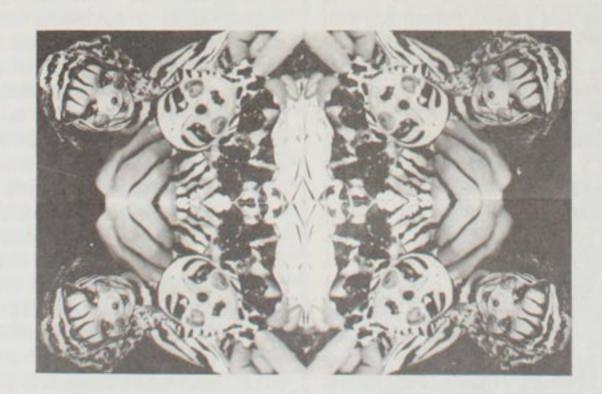
Tus compañeras, tus amigas, hasta la que te dió con el cuchillo sin querer matarte, te lloraron y te velaron en una capilla del municipio, unas pocas horas, porque así son las cosas de a gratis. A Isidro no se le vieron lágrimas, no habló, te puso una margarita entre las manos.

Cuando llegó tu padre ya te habían enterrado en la fosa común. Y cuando el dijo que te quería en el panteón de la comunidad para que no estuvieras sola, entre gente extraña, el burócrata que lo atendió le hizo saber que no se exhuman cadáveres de la fosa común. Tu padre, que no podía abandonarte en la muerte, insistió. El burócrata, malhumorado, le dijo: "Ya está muerta, ya no es nada. A ver el que sigue..."

"¿El alma de mi hija dónde está?" —le preguntó tu padre.

"Qué sé yo, estará en el infierno. A ver el que sigue..." —dijo el burócrata.

Isidro fue el que se llevó tu alma, Asunción. Recogió las flores de tu velorio, cavó un hoyo en la carretera que va de Nogales a Alamos y enterró las flores, enterró tu alma, para que pudieras ver a todos los que regresan, para que te fuera más simple el día que quisieras visitar a tu familia. Porque tú, Asunción, alguna vez tendrás ganas de volar, de revolotear entre las milpas, de buscar la luz de flor en flor.



## Contingencias

#### Orlando Ortiz

Lo primero que ve son esos labios que se adelgazan y al extenderse hacia las comisuras dejan al descubierto una dentadura útil para la publicidad de algún dentífrico. La mueca es burlona, subraya las palabras aparentemente ordinarias que pronuncia el de la sonrisa al ofrecerle una moneda de veinte centavos. El entusiasmo de horas antes se ha desvanecido. La sensación de irrealidad se le impone a base de pesar contundente sobre sus sentidos y conciencia. Podría ser un intento más para ablandarlo, para punzar sádica pero sutilmente su voluntad; o mejor sería decir, para vencer su actitud de negarse a decir nada, aunque en verdad ignore lo que a ellos les interesa, lo que durante meses y años ha estructurado los interrogatorios periódicos, las sesiones que pese a la crueldad eran su única liga con un exterior y una realidad cobijadas en los recuerdos, guardadas en una memoria cada vez más enturbiada por ensoñaciones e imágenes creadas a fuerza de no querer sucumbir a la bestialidad absoluta, a la sola presencia fisiológica incrustada en un mínimo espacio penumbroso, hediondo y frío que hacía salir los huesos a la piel, por días y noches interminables y continuas, a lo largo de horas inubicables en meridianos, a lo largo de meses y golpes, hambre, soledad y sombras.

Ellos son tres. El que está sentado junto a él le quitó la venda de los ojos y ahora permanece indiferente a lo que sucede o pueda suceder. Los otros dos ocupan el asiento delantero del automóvil; uno frente al volante, impasible y con la vista clavada en el parabrisas; el otro, vuelto hacia él, sonriente, con el brazo izquierdo semiflexionado sobre el respaldo y el derecho extendido para ofrecerle una moneda de veinte centavos. Los tres pulcramente vestidos, bien afeitados, con gafas oscuras y una prepotencia fundada en su robustez y visible musculatura. No responden al estereotipo difundido desde siempre y que él mismo había aceptado como verosímil: dientes cariados, rasgos toscos, descuido indumentario, ademanes morbosos, cicatrices, aliento podrido y sevicia como símbolos de violencia y maldad institucionalizadas en correspondencia a cartabones implantados por un código moral metafísico y multisecular: lo malo es feo, lo que te hace daño es malo, luego es feo; pero no, la relación se niega a cumplirse mecánicamente, burla los clisés fracturando la realidad al tiempo que magnifica el sueño y la ensoñación como recursos para superar el momento y hallar referencias concretas, señales conocidas, indicios, apoyo mientras una gran duda que es miles de interrogantes añejas y actuales golpea monótona.

El sonriente insiste para que tome la moneda y con un leve movimiento de cabeza le señala el teléfono público instalado en la acera, a pocos metros del automóvil. Sus palabras buscan persuadirlo de que todo es normal. No hay propósitos ocultos, la pesadilla ha terminado. La sonrisa aparece en el rostro de los otros dos, ensanchándole la duda, agrandando la sospecha que nació en un impreciso tiempo anterior —próximo, si lo compara con el de su forzosa ausencia-, cuando suspendieron los interrogatorios, cuando su enflaquecido cuerpo empezó a dejar de sufrir el dolor de la tortura para recibir uno más desesperante que respondía a las condiciones de su aislamiento en aquel agujero de concreto, desnudo, enfermo, los huesos calándole la carne, con los sentidos atrofiados que empezaron a reaccionar a medida que la alimentación se normalizaba y lo hacían ingerir medicamentos y complementos alimenticios de los que recelaba temiendo que lo fueran a envenenar; pero no, su organismo se aletargaba, sí, pero a causa de una saciedad olvidada, no por sustancias tóxicas, sino por la presencia de un jugo nuevo que lentamente iba llenando sus células, despertándole apetitos dormidos y haciéndolo dolorosamente más consciente de la aberración en que había caído y permanecía, ignorando el motivo, resucitando su capacidad de indignación ante lo incomprensible de su estar allí y a las burlas del vigilante que era sólo una voz sin cuerpo que atravesaba la puerta metálica de su encierro. La voz del que le ofrece la moneda es muy diferente a la de quien sardónicamente y como hipando le decía "debes prepararte y comer bien, para estar bonito el día de tu reaparición en sociedad,

porque el gobierno ya se cansó de mantenerte". El timbre y la entonación de esta voz son agradables, los de aquella, no. Los otros dos hombres han permanecido en silencio, rumiando sabe qué pensamientos. Sus ojos, al principio reacios a la luz del día, se han acostumbrado a ella y pueden precisar a los sujetos. Ya no son bultos más o menos recortados en la claridad, ahora sus imágenes son nítidas y han aparecido matices y texturas, líneas trazadas por el juego de luces y sombras que se da en el interior del carro. Los tres visten de casimir, camisas de cuello bien planchado, corbata cara y, el que sonríe, un chaleco plúmbeo, como el saco. Le son desconocidos, eran otros los que se encargaban de golpearlo, de preguntarle una y otra vez lo mismo, de doblegar con dolor una voluntad indoblegable porque no estaba fincada en una conciencia férrea sino en la ignorancia, en la confusión de ellos que lo tomaban por lo que nunca había sido y de él que no alcanzaba a explicarse el por qué lo acosaban de esa manera, por qué lo torturaban y se empeñaban en ignorar cuanto decía, en despreciar su continuo declararse inocente, o su aceptación de culpabilidad aunada a la negativa a dar otros nombres que no sabía, fechas, descripción de operativos, nombres que le decían ellos y que después, a solas, con el dolor clavado en las carnes repetía y les daba cuerpo para primero reclamarles y más tarde charlar, entablar un silente diálogo de sombras nutrido por recuerdos que habían adquirido volumen y colores nuevos, significados más intensos e imprevistos como producto de una recreación minuciosa o de un inventarlos en otra dimensión y con perspectiva distinta.

La sonrisa se ha trocado en mueca de indulgencia burlona. Pero la incertidumbre persiste, crece en él, que no acaba de aceptar la situación como algo incidental y fácil de resolver. Mira a los otros dos y le parece detectar en la expresión de ambos un asomo de impaciencia. Se repite que la duda no es infundada. Un cambio tan radical, cuando había perdido toda esperanza, no puede presentarse así como si nada. Sin embargo, pensó y sintió lo mismo hace mucho tiempo. Le sudan las manos y al secarlas en la ropa se percata de que ésta le es desconocida, le queda demasiado holgada. Pero tales prendas podrían ser suvas, las que vestía en ese lejano entonces del que lo arrancaron. Repara, al ver sus manos huesudas, que no se ha mirado en un espejo. Se pregunta cómo es su cara y hace un esfuerzo por siquiera imaginarla. Voltea hacia la ventanilla de la portezuela y no encuentra ningún reflejo en el cristal, únicamente la imagen de ese bulevar desconocido en una también ignota colonia. Una calle

solitaria, bordeada de árboles y casas en las que no hay más signo de vida que algún esporádico ladrido. Su mirada recorre la acera y se detiene en una mujer que a lo lejos arrastra un carrito de mandado, indiferente a lo que sucede en el interior de ese automóvil estacionado -seguramente sin placas—, a sus dudas y evocaciones, al recuerdo de cuando caminaba por calles similares con su esposa, charlando de nada y de todo, evocando momentos o dirimiendo diferencias insignificantes e íntimas que sólo condimentaban esa relación hecha de costumbres e inercia, reducida al ámbito mínimo de sus quehaceres e intereses personales, divorciada de inquietudes que pudieran embarcarlos en una aventura extraña a lo de ellos y a ellos, que no se explicaban cómo había quienes teniéndolo todo hacían suyas mortificaciones de otros y se arriesgaban a tareas incomprensibles, reñidas con el sentido común —hay cosas que pueden pensarse pero nunca expresarse—, poniendo en peligro la seguridad del trabajo, del hogar, los pequeños lujos, las comodidades y hasta el futuro de los hijos, los dos que con sus berrinches y ocurrencias complementaban las horas que pasaba repantigado en su sillón, bebiendo, escuchando discos importados y completamente ajeno a los automóviles sin placas que pudieran estacionarse en cualquier rumbo de la ciudad, o en las proximidades del edificio en que estaba su apartamento, ajeno a las noticias, ajeno a cualquier mundo que no fuera el suyo minúsculo y mezquino.

Es una calle tranquila, ideal para devolverlo al mundo inesperadamente, sin explicaciones, como cuando lo secuestraron. Teme que sea una broma cruel, o algo peor. Ahora distingue, por el bulto que hacen en sus ropas, que al menos dos de los hombres están armados. Es visible que la paciencia de los tres empieza a agotarse. El que está a su lado hace un movimiento para voltear a verlo despectivamente —queda al descubierto una metralleta recargada en la portezuela y que la pierna ocultaba-, luego lo oye chasquear la lengua contra los molares y, sacudido por un calosfrío súbito lo mira abalanzarse sobre él, alargando un brazo. Sus músculos se contráen instintivamente y permanecen así aun cuando lo ve estirarse por delante de él para alcanzar la manija, accionarla y de un empellón violento abrir la portezuela. Una languidez empieza a escurrir por sus músculos al verlo recuperar su antigua posición mientras el de nuevo sonriente sujeto extiende el brazo derecho para introducir la moneda de veinte centavos en el bolsillo de esa camisa holgada y desconocida que viste ahora y es tal vez la misma que traía puesta en aquel entonces, aquella no-

che oscura, imprecisa, semiperdida por ello en su memoria, cuando un auto sin placas se le cerró al de él, que conducía su esposa, y a jalones lo obligaron a salir del coche y lo golpearon sin que pudiera protestar ni les importara un comino los gritos de ella ni las súplicas ni los ofrecimientos de dinero, castigándolo a patadas después de que cayó al suelo y levantándolo casi en vilo para arrojarlo al interior del otro automóvil, colocándole la cara contra el piso mientras una rodilla se le clavaba en la nuca y le torcían los brazos hasta hacerlo sentir que se los arrancaban y caía en un vértigo acelerado que iba alejando las voces de su esposa y el dolor, la sorpresa, la confusión y el dolor, los gritos de ella y el dolor, las amenazas de ellos y el dolor, los insultos, el pánico y el dolor, la angustia y el dolor por meses y siglos, el dolor y la conciencia, el dolor sin respuesta entonces ni nunca.

Impacientes ya, lo instan para que salga del automóvil. Con movimientos trémulos y sudando copiosamente obedece, convencido de que el primero en disparar será el que sonreía burlón ofreciéndole la moneda. Queda paralizado al verlo moverse bruscamente y alargar un brazo hacia la metralleta —ahora la distingue porque está de pie en la acera y en un ángulo propicio— que hay en el piso delantero del automóvil. Pero no. Sólo mueve el arma para colocar sus pies cómodamente. La transpiración se le cuaja en el rostro, no le obedecen las piernas, el pánico ha calado hasta los huesos. Pisa en el umbral de lo imponderable y eso petrifica los goznes de su esqueleto. Teme a las contingencias que tiene delante: proyectiles mordiéndole la carne y sacudiendo sus entrañas, o el reencuentro con un mundo que siguió siendo aun cuando él faltaba y para el que seguramente ya no significaría nada o, todavía peor, representaría un accidente fortuito, el lastre que rompe un equilibrio establecido. Ambas opciones lo aterrorizaban. La muerte no por prevista es menos desquiciante cuando se presenta. Podría asumir la certidumbre de llegar a ella tarde o temprano, pero esto no implicaba su conformidad, la aceptación plena y fatal del momento que clausuraría posibilidades, esperanzas y hasta desalientos que no pocas veces lo habían impulsado a no cejar en sus empeños, que lo alentaron a retroceder uno, dos, tres, más pasos sin dejar de mirarlos, hasta que su espalda topó con la caseta telefónica y el automóvil arrancó violentamente sin que se escucharan detonaciones: quizá para regresar, quizá para más adelante virar y pasar junto a él a toda velocidad y desgranando por las ventanas el plomo de las metralletas que encerraba la temida muerte que le impedirla tomar el auricular y escuchar de nuevo la voz de su esposa, o la de los niños, si es que vivían todavía en el departamento que su memoria reproducía una y otra vez cuando estaba confinado fuera del tiempo, localizando detalles antes inadvertidos por él, que al perderse el auto buscó apurado en el bolsillo de la camisa.

Sus dedos toparon con la moneda, pero la ansiedad entorpecía su coordinación, no lograba cogerla y estaba por arrancarse el bolsillo de parche cuando el índice y el cordial pudieron sujetarla para en seguida iniciar el movimiento de extracción, con lentitud, con los cinco sentidos concentrados en esa empresa que significaba algo incalculable, la posibilidad de romper la muralla de tiempo y silencio que durante siglos impidió el acceso al mundo, a la vida, porque haber estado vivo no era haber vivido, no era vivir el estar encerrado en un hoyo de concreto, aislado, con el dolor como única señal de que tenía cuerpo todavía y podía pensar y sentir y recordar y temer, sobre todo temer que aquello no fuera más que un sueño, un espejismo inducido por sus torturadores que podían reaparecer de un momento a otro, por eso habían escogido una calle solitaria, para hacerlo crearse esperanzas que luego aplastarían sádicamente acribillándolo o arrancándolo del aparato para devolverlo a la oscuridad y el silencio, al inframundo que castigó su cuerpo y resquebrajó su memoria, haciéndole dudar de todo, empujándole a creer que el mundo recordado no había existido, era producto de su fantasía, una alucinación entre muchas que él se empeñaba en acariciar rehuyendo los hechos, resistiéndose a creer que era un auricular concreto el que sentía en la oreja, que sus dedos aunque torpes, pudieron marcar el número en el disco y estaba oyendo la señal de comunicación y después esa voz femenina, acariciante y tranquila, apenas modulada, que de manera impersonal le informó la hora: son las cuatro treinta y seis; una hora precisa, el momento exacto que no alcanzaba a dilucidar ni a explicarse de manera convincente mientras su mano colocaba de nuevo el auricular en la horquilla y recordaba la voz y empezaba a añorarla, a sentirla como lo único real y hermoso de una existencia que era su vida, como lo único que daba veracidad al instante que afrontaba mientras una inexplicable triste sonrisa le corta el rostro y dos lagrimones escurren por él. Siente alivio. Respira hondo en tanto sus manos acarician el flaco, desnudo pecho. Las lágrimas hacen titilar vidriosos puntos en los oscuros muros de concreto de ese agujero hediondo y frío que recorre con la mirada. Muy despacio, absorbiendo la substancia lenitiva que impregna su instante.

### Caso seiscientos catorce

José Latour

El viejo pensó que el precio de ejercer una profesión repugnante incluía aquella náusea moral, la insuficiencia afectiva que pugnaba por neutralizar los cada vez más escasos momentos de comunión familiar, la permanente y ácida apatía de un espíritu martillado a diario con la negación de la virtud humana. Virtud concebida en términos realistas: mutable, falible, pero latente. Quería erguirse y salir. Tirar la puerta, descender los escalones, andar bajo la pertinaz lluvia y llorar inconsolablemente, como no había hecho nunca, de manera que las gotas de agua enmarcasen las lágrimas de un terror fomentado por espíritus retorcidos que era su misión estirar, observar, analizar. Espíritus diagnosticables, pero impronosticables que tornaban a enroscarse sobre sí mismos, imposibles de refundir y remoldear, una vez que abandonaban su oficina. Lastimosos espíritus de pasmosas contradicciones inducidas por una hipersensibilidad anormal, abominable. Volvió a especular sobre componentes neuroquímicos aún ignorados, presentes en unos y ausentes en otros en virtud de ese caos natural ahora tan investigado, que explicaran reacciones diferentes ante adversidades idénticas. Hipótesis que, muy a su pesar, ganaba fuerza con cada caso, cual tumor en gestación que corroía respetadas teorías psicológicas, psiquiátricas y filosóficas asimiladas en su ya lejana juventud.

El joven reconocía en la apariencia pulcra del viejo, en la bien disimulada expresión de incomprensión y repugnancia, el tipo de ser extragaláctico
con quien le resultaba inimaginable concordar.
Generación de valores inmutables, disciplina ciega, devoción fanática, compromiso inflexible, ilusiones torpes, ambiciones ocultas, sexualidad reprimida, estancamiento total, verdades a medias y
simulación perpetua. Pero carecía de alternativa.
No podía erguirse, virar las espaldas y dejar al
monstruo solo mientras él iba a oler hierba húmeda, o a rasgar su desafinada guitarra, o a sentarse en un banco de iglesia a observar lámparas

votivas chisporroteando su afimera existencia. Viejo de café y cigarrillos, de béisbol y cha-cha-cha, de yoyo y trompo, desfallecido ante los mus-los de una prostituta adolescente y flamígero ante la moral burguesa. Viejo hipócrita, monopolizador del bien y la justicia, ignorante de sutilezas místicas, encantamientos oníricos, orgasmos atemporales, percepción extrasensorial, anagramas creativos y ecología planetaria.

El viejo vistió su atuendo de ser tolerante e imparcial.

El joven se arrebujó bajo el manto de ser estúpido y criminal.

—¿Cuándo tú comenzaste a tener problemas con tu padre? —preguntó el viejo.

—Bueno, la verdad, fue cuando me puse a coleccionar ángeles.

—¿Angeles?

—Sí. Vi una litografía de lo más bonita del arcángel Gabriel, me la llevé para el gao y la pegué en la pared. Entonces, él vino un día a verme y me dijo que qué coño era eso de tener un macho con alas en el cuarto, que eso era cosa de maricones, que arrancara aquella mierda. ¡Se puso...!

-¿Y tú que hiciste?

- —¿Yo? Pues empecé a coleccionar ángeles de cualquier tipo. De revistas extranjeras, de estampitas religiosas, de diccionarios, de Biblias viejas, de envolturas de jabón, de himnarios, de enciclopedias. Conseguí uno de yeso y el mas lindo de todos, una talla en madera que compré en la Plaza de la Catedral. Estuve yendo una semana seguida al Cementerio de Colón por las mañanas y tiré 350 fotos de estatuas de ángeles, las mandé a revelar y las pegué en el cuarto.
- -¿Y él supo que tú seguías coleccionando ángeles?
- —No sé, porque ya él no entraba en mi cuarto. Se quedaba en la sala.
- -¿Qué edad tenías tú entonces?
- -Catorce, por ahí.

-¿Y se arreglaron o siguieron discutiendo mucho?

—Bueno, él venía y yo me le sentaba enfrente. Entonces él me preguntaba que cómo yo estaba y yo le decía que bien, y él que si yo quería algo, y yo que no, y él que si me iba bien en los estudios, y yo que sí, y él que si ya tenía jevita, y yo que no, y así. Entonces él me daba treinta o cuarenta cañas y se iba. Un día me dijo que estaba un poco pelú, que me pelara, y cuando volvió como a los dos meses se puso cabrón y pico, como cuando lo del arcángel Gabriel, y me dijo que acabara de pelarme pa'l carajo, porque un tipo como él no podía tener un hijo melenú y jipi porque le iban a pasar la cuenta.

- —Tampoco le hiciste caso.
- -Na.
- -¿No te da mucho calor?
- -Na.

Bien hasta ahí, pensó el joven, salvo que el monstruo no demostró solidaridad alguna, ni mediante el más ligero asentimiento reflejo, con el punto de vista paternal. El viejo se recostó en la silla, clavó la mirada en la tapa de formica del pequeño escritorio y permaneció en silencio casi medio minuto. Por fin habló.

- —¿Y tú visitabas a Carlitos? ¿Lo veías?
- —Antes de la jodienda de los ángeles él me llevaba a su casa a veces y yo veía a Carlitos, pero después no me llevó más.
- —¿Cuánto tiempo estuviste sin ver a Carlitos?
- —Como dos años.
- —Y la próxima vez que lo viste, ¿cuándo fue?
- —Yo iba por Quince y me encontré con Marisela y con él. Ella lo había ido a buscar al colegio.
- —¿Ellos te caen mal?

El joven se encogió de hombros.

- -¿Sí o no?
- —¿Así, eh? Sí o no. No hay términos medios.
- —Cómo no. ¿Te son indiferentes?
- —Más o menos. La pura dice que Marisela es una puta, que Carlitos es un tarro que ella le pegó al viejo, que nosostros estamos como estamos porque ella nos quitó a mi papá. El al contrario. Los quiere a los dos y se lo dice a todo el mundo.
- —¿Y tú en el medio?
- —Fuerzas iguales y contrarias se anulan.

El joven se percató de su primer error. Sólo ganaría el duelo con la fiera si le convencía de su imbecilidad y maldad congénitas, vacías de razones. Para borrarlo lanzó una breve carcajada cínica.

—¿Cuándo y cómo supiste que tenías SIDA?

—Yo había conocido en Coppelia a Joao, un angolano que estaba buenísimo y la tenía así. El estuvo conmigo varias veces y después se perdió. Como a los tres meses me encontré otro angolano amigo suyo y cuando le pregunte por Joao me dijo que lo habían mandado para Angola porque tenía SIDA. Así supe que estaba cogío.

—¿Te hiciste análisis?

-Na.

- —Y este Joao, ¿no le diría a los médicos los nombres de personas que él podía haber contagiado?
- —Yo no sé. Pero Joao no sabía mi nombre ni donde yo vivía, así que no pudo haberme echao pa'lante.
- —¿Qué tiempo hace de eso?
- —Seis o siete meses. A lo mejor son cinco.

El viejo miró al techo, colocó pulgar e índice de la mano izquierda sobre ambos pómulos, hizo pequeños círculos en ellos y luego deslizó los dos dedos hasta presionar las aletas nasales. Después bajó la mano hasta la superficie del escritorio.

—¿Y cuándo se te ocurrió hacer lo que hiciste? El joven consideró llegado el momento de desplegar mejor su malignidad y a modo de prólogo repitió exactamente los movimientos del viejo instantes antes, excepto que debió bajar la mano hacia su rodilla izquierda.

—Fue unas semanas después de crear mi primera frase: El humo del amo ama el humor.

- —¿Lo cual quiere decir?
- —Que todo mensaje es un conjunto vac\u00edo.
- —Ya veo.
- —¿Ya ve cuándo se me ocurrió?
- —No. Por favor, dímelo.
- —Se me ocurrió cuando creé: El gen debe vengarse del clan.
- —Umm... Ese conjunto no está precisamente vacío.
- —¿Usted cree? —preguntó el joven genuinamente sorprendido.
- -Sí. ¿Y entonces?
- -¿Entonces qué?
- -¿Qué hiciste?
- —Me busqué una cuchillita de afeitar nuevecita.
- —La que usaste.
- -Sirope.
- -¿Y?
- -Estuve diecinueve días velando a Marisela.
- -¿Dónde?
- -En un banco frente al colegio.
- —¿Con qué propósito?
- —Para aprovechar el d\u00eda que las clases terminaran antes de hora o ella llegara tarde a buscarlo.
- —Ya veo.
- -¡Mira que usted ve!
- —Frase hecha. En realidad cada vez veo menos.
- ¿Y al décimo noveno día ella llegó tarde?
- —Exactamente. O mejor, inexactamente tarde.

-¿Y entonces?

- —Entré al colegio. Carlitos estaba jugando en el patio. No se puso muy contento al verme, pero me conoció y se rió un poco conmigo. Entonces le expliqué qué era ser medio hermanos y que yo quería hacerme hermano completo de él.
- -¿Qué más?
- -Estuvo de acuerdo.
- -¿Lloró cuando le cortaste la yema?
- —Ni una lágrima. Parece que él si salió macho y cojonú como el viejo.
- -¿Y después?
- —Me corté yo y unimos los dos dedos hasta que llegó Marisela y armó el escándalo.
- -Por lo de las cortadas.
- —Claro. Ella no sabía lo otro.
- -¿Cuándo dijiste lo otro?
- —Cuando vino a verme aquella misma noche. Llegó hecho una fiera, que si era verdad lo que Marisela le había contado, que si yo estaba loco me iba a meter en Mazorra. Entonces le dije, y me cagué en su madre. Me quiso estrangular, la vieja le tiró una silla, se formó el escándalo y un vecino llamó a la policía.

Innumerables etiquetas disponibles, pensó el viejo mirando los verdes ojos que, desdeñosos e impertubables, le observaban retadoramente. Pero

ninguna servia. Desde luego, harían las pruebas con toda meticulosidad, entrevistarían a los padres, a la tercera esposa del viceministro, visitarían su hogar, observarían la colección de ángeles, luego celebrarían un larguísimo consejo y casi seguro terminarian por seleccionar la esquizofrenia hebefrénica, que aunque cronológicamente válida, era refutada por la presencia de viveza y picardía. Aquella vida se apagaría dentro de ¿dos, tres años? entre orates inmunodeficientes. ¿Qué sucedería con Carlitos? ¿Servía este el caso incomprensible número doce? Si la ciencia pudiera asegurarle que vaciándose las córneas entendería del Génesis al Apocalipsis en aquellos once expedientes previos, marcharía silbando al salón de operaciones.

—¿Chico, por qué? —preguntó.

Por vez primera el joven enfrentó la apasionada y vehemente sinceridad del ruego irrecusable. Pregunta-plegaria; pregunta-misterio; pregunta-eternidad; pregunta-hombre. Los ojos verdes diluyeron el altivo cinismo en un repunte de llanto.

—Para cobrar el precio de mi vida.

Caso seiscientos catorce, concluyó el viejo.

La Habana, Cuba.



## La muerte pendular de Raimundo Manzanero

Leonardo Padura Fuentes

#### Noticia

El pasado domingo 21 de octubre, a las 4 y 23 de la tarde, Raimundo Manzanero, de 46 años, casado, subdirector económico en funciones de la Dirección Nacional del C.A.N. (Combinado Avícola Nacional), y vecino de la calle Josefina 146 en el reparto Sevillano, en esta capital, se ahorcó en su vivienda, sin explicitar verbalmente o por escrito la causa de este lamentable acontecimiento. Según los peritos, los preparativos del ahorcamiento fueron hechos con todo cuidado, como si Raimundo Manzanero tuviera experiencia previa en tales actividades suicidas. La soga, atada de una viga del techo —que había quedado descubierta al explotar la capa de cal y cemento que la cubría— alcanzaba la altura necesaria para que el lazo llegara justo al cuello de un hombre de cinco pies y seis pulgadas parado sobre una silla (tamaño standard: 42 cm.), y el nudo corredizo había sido previamente tratado con grasa para facilitar su mejor rodamiento. Mientras, los forenses que realizaron la autopsia, al rendir el informe de la defunción, especificaron que la muerte se había producido por asfixia y no por desnucamiento, pues el occiso conservaba perfectamente intactas todas las vértebras de la región cervical y significaron, en cambio, que el estómago del difunto presentaba las granulaciones y manchas características de una úlcera incipiente aunque tal vez en estado ya doloroso. Los investigadores policiacos, por su parte, admitieron en el informe del caso la muerte por suicidio, aunque especificaron que aún no habían hallado la escalera necesaria para atar la soga de una viga de un techo de 4.2 m. de altura y que les resultaba especialmente sospechoso la ausencia de una carta en el escenario de los hechos, pues las estadísticas indican que más del 99% de los suicidados por ahorcamiento explican por escrito la causa de su fatal decisión.

Aunque la noticia del suicidio del compañero Raimundo Manzanero no se publicó en ningún periódico nacional ni provincial —como tampoco se suelen publicar los suicidios que a un ritmo creciente se registran cada día en el país—, lo cierto
es que con este atentado perfecto contra su vida,
Raimundo Manzanero traicionó todos los credos
posibles: el de su militancia política (era miembro
del Partido desde 1978), el de su militancia religiosa en sus años de niñez (había sido monaguillo y monitor de catecismo en la iglesia de San
Juan Bosco, en la barriada habanera de Santos
Suárez, entre 1952 y 1957) y el de su responsabilidad familiar, pues era padre de cuatro hijos (en
tres matrimonios), el menor de los cuales contaba
apenas tres años de edad.

Póstumamente Raimundo Manzanero fue analizado por su Núcleo del Partido debido a su actitud inconsecuente ante las dificultades y el cura párroco de la capilla del Cementerio de Colón, en esta capital, se negó a oficiar la misa de difuntos solicitada por la madre del occiso, en virtud también de su actitud incompatible con los mandamientos cristianos. Finalmente, su joven viuda, Eloísa Espinel, desconcertada aún con la irreversible decisión de quien fuera su esposo, comentó entre los dolientes y allegados que la rodeaban en el velorio que su difunto marido no merecía el perdón de Dios ni de los hombres y mucho menos el de ella, que le había entregado lo mejor de su juventud a aquel hombre "desconsiderado e inconsciente", según sus propias palabras.

El sepelio se efectuó en lunes 24 de octubre, a las 3 y 35 de la tarde, con la escasez de flores que se afronta en estos momentos, y contó con la presencia de unos pocos familiares y amigos y sólo un compañero de trabajo, una joven secretaria extrañamente atribulada con el suceso. E.P.D.

#### **Testimonios**

"Por Dios que no me lo puedo explicar. Claro que yo conocí a Mundito desde que era un niño. Su mamá lo inscribió en el catecismo cuando cumplió los seis años y siempre pensé que era un poco

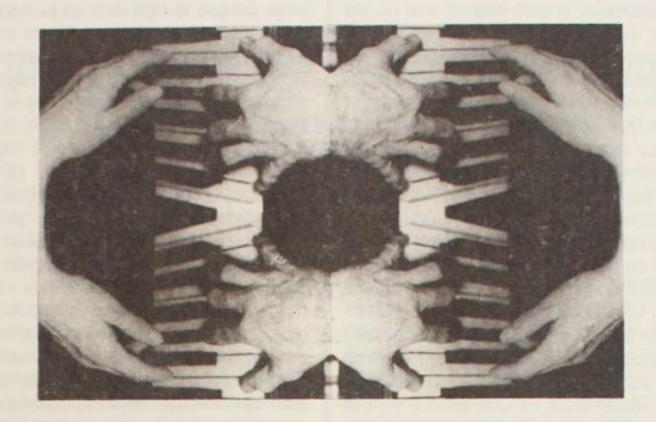
místico, tanta era su fe. A veces tenía sueños que parecían revelaciones, y esto seguro que no los inventaba, por Dios que no. Por eso lo hicimos monaguillo y responsable de un grupo de catecismo. Siempre pareció una persona con gran amor a Dios y eso nunca obstó para que fuera el mejor segunda base que jamás tuviera el equipo de la iglesia, el único team capaz de ganarle a las estrellas de los Maristas y de la escuela de Belén. También, por supuesto, era el capitán del equipo. Luego las vicisitudes de la vida lo alejaron de su religión: el trabajo, las novias, las clases por las noches, pero de vez en cuando pasaba por la iglesia, me pedía la confesión y luego comulgaba, hasta que por el año 62 dejó de hacerlo. Por todas esas cosas es que entendí que años después profesara la doctrina comunista y hasta militara en el Partido: él era un convencido y necesitaba expresar su convencimiento. Es una lástima, porque lo recuerdo siempre como un joven vital e imaginativo, incluso hasta escribía versos y todo. Pero es lamentable que haya caído en uno de los pecados mortales más aborrecibles, pues sólo el Señor está facultado a decidir el destino final de los hombres: Él nos da la vida y únicamente Él puede quitárnosla cuando lo decida. De mí parece que se ha olvidado, porque en enero cumplo 92 años." (Padre Serafín Arnaz, párroco --auxiliar-de la iglesia de San Juan Bosco.)

"La verdad, aquí hay algo que huele mal. Uno está metido veinte años en esto por gusto, y yo he visto cada cosa... Claro, ya el caso está cerrado, y a lo mejor es preferible dejarlo así y no revolver la peste. Pero lo de la escalera es rarísimo,

por varias cosas: tenía que ser una escalera de tijeras, porque la viga está en el medio de la habitación y ésta no se podía recostar contra la pared, y no es fácil conseguir una escalera de tijeras de 3 metros. Y no sólo es que no haya aparecido la dichosa escalera, sino que nadie la ha visto: ni la viuda, ni el presidente del CDR, ni el carpintero que vive a media cuadra, en el 136, y que hace todos los trabajos de la zona. ¿Está raro o no está raro? Pero no vamos a calentarnos la cabeza, ¿verdad? Y lo de la carta... ¡primer ahorcado que veo sin carta! Siempre la hacen; porque parece que eso da valor para guindarse. Es, como dice el Manual, "típico". Los que se dan candela (las, debo decir, porque la candela es cosa de mujeres) nunca escriben nada, ni los que se tiran por un balcón, ni los que se ahogan en la playa. Los que se matan de un tiro o las que se empastillan, casi siempre dejan la carta, pero es que los ahorcados sí lo hacen, siempre-siempre. Que yo haya visto, primer ahorcado sin carta. Entonces, ¿no está rarísimo el caso?" (Teniente Cristóbal Cárdenas. Unidad Territorial La Víbora, Ciudad Habana.)

"No, no, les juro que no: yo no tenía nada con él... Pero es que me dolió tanto. En la Empresa había gente que decía que era un cuadrado, un dogmático, otros decían que era un oportunista y hasta los que decían que era, y perdón por la expresión, tremendo hijo de puta... Pero ninguna de esas gentes lo conoció de verdad. Era un hombre sensible al que le había pasado algo muy grande. Lo digo porque yo trabajé con él mucho tiempo y yo soy muy observadora, la verdad, es una virtud





que tengo, ¿no? Había veces que él estaba en su oficina y se quedaba mirando así por la ventana que da a la calle, donde hay unos algarrobos viejísimos, y se le perdía la vista, como si estuviera viendo algo que nadie podía ver. Un día que estaba así se me ocurrió preguntarle qué le pasaba y, ¿saben lo que me dijo? Pues me dijo que estaba pensando en el verso de Martí que dice estoy en el baile extraño. Fíjense si me impresionó que más nunca se me ha olvidado. Estoy en el baile extraño, qué triste y terrible, ¿verdad?" (Aleida Alou, Secretaria "A", Subdirección Económica C.A.N.)

"Claro que no, claro que no lo entiendo. ¿Que un compañero como el compañero Mundo, es decir, el compañero Raimundo, flaqueara así? No puedo entenderlo. Yo creo haberlo conocido bien, porque trabajamos juntos mucho tiempo y militamos juntos desde 1978, yo mismo fui el dúo que le hizo el crecimiento, hasta eso, y no entiendo. ¿Qué debilidad podía tener un hombre como él que no se atrevió a enfrentar lo que fuera por dificil que fuera? El suicidio es inadmisible, compañero, inad-mi-si-ble. Además, un cuadro tan responsable y cumplidor... Nada, que no lo entiendo." (Joaquín Zanabria, Sec. Gral. Núcleo No. 1, P.C.C., C.A.N.)

Nota: No se pudieron obtener los testimonios de Eloísa Espinel, viuda de Mazanero, ni de Aldo Hernández, amigo de niñez del difunto. La viuda dijo que ya sabíamos su opinión sobre el caso (remitirse a declaraciones hechas durante el velorio) y Aldo Hernández se disculpó argumentando que mucha gente tenía la culpa de lo que había sucedido, aunque el principal culpable era el propio Manzanero, y que no se sentía en condiciones de juzgarlo.

#### Documentos

Según consta en el Expediente Lahoral de Raimundo Manzanero Ortiz (no. 44120300242, Dirección Nacional del Combinado Avícola Nacional), ingresó en esta dependencia en 1970, luego de cumplir satisfactoriamente su labor al frente del campamento cañero "La Esperanza" —Ministerio de Comunicaciones—, durante la Zafra de los Diez Millones. Ubicado en la Dirección de Cuadros, ocupa su jefatura en 1976, en la que permanece hasta 1984, en que es promovido a Subdirector Económico de la Empresa. No presenta sanciones laborales de ninguna índole. Tiene de modo permanente los méritos laborales (c) -trabajo voluntario—, (d) —participación en guardias y otras actividades del centro-, (b) -por disciplina laboral y el cumplimiento de sus responsabilidades—, y el (a) —por haber sido elegido Trabajador Destacado ... Además obtuvo en otras ocasiones méritos tales como el (g) -superación educacional—, (f) —movilización permanente en la agricultura o la construcción— y (h) —aporte extraordinario a su centro de trabajo en investigaciones, control de la calidad, o premios y reconocimientos especiales, etcétera-. En las evaluaciones periódicas de su Expediente de Cuadro, la dirección de la empresa siempre evaluó de Satis-

factorio o Muy Destacado su trabajo y se recomendó al Ministerio su promoción a niveles de dirección. En 1976 se le asignó un auto particular (Peugot), además del que le correspondía de la plantilla del centro por su responsabilidad, y en 1982 le fue repuesto por uno nuevo (Lada 1200). En 1980 le fue entregada una casa en el Reparto Alamar. En 1984 le fue entregada otra casa, en el reparto Sevillano, pues al divorciarse de su segunda esposa, madre de dos hijos, debió irse a vivir en casa de sus padres. En varias ocasiones viajó al extranjero (URSS, Bulgaria, RDA, Venezuela, Brasil y otros) en misiones de trabajo, que también desarrolló satisfactoriamente y en una ocasión a Checoslovaquia en un viaje de estímulo e intercambio concedido por el Ministerio.

## Apunte hallado en una agenda de 1982 de Raimundo Manzanero.

"Abril 22. Plan del día:

"9 a.m. Despacho en la Dirección. Asunto: Truene de Alcántara por los 325 pollos que se perdieron en el matadero de Santiago de las Vegas.

"11 a.m. Reunión con Mirta y Ernesto para la revisión de la plantilla.

"1 p.m. Despacho en la Dirección. Revisión de los convenios de C.A.M.E.

"4 p.m. Reunión de Departamento. Información del resultado del caso Alcántara, de la revisión de la plantilla, de los nuevos convenios C.A.M.E., evaluación de Aleida y Figueredo, opiniones sobre la petición de nuevo equipamiento para la oficina y Asuntos Generrales.

"Lindo día, como todos mis días. Cada vez más siento que estoy en un baile muy extraño, muy veloz, siempre circular, del que no puedo escapar. Sísifo y la piedra. Prometeo y las águilas. Afuera el cielo es azul, como sólo puede serlo en abril, y en los algarrobos hay esta mañana más gorriones que nunca. Sobrevivo. Sobrevivo."

Nota en la última página de *París era* una fiesta, de Ernest Hemingway (Editorial Arte y Literatura, Colección Huracán, Ciudad de La Habana, 1988, 184 pp.), hallado en el librero de Raimundo Manzanero.

"Leer esto me ha producido dolor en el alma. En el medio del alma. Es devastadora e implacablemente desconsolador para un tipo como yo. Y él tiene razón: París no se acaba nunca, pero hay gentes para las que jamás empieza. Y gentes para las que empezó y se acabó inmediatamente.

Hace falta valor para ser muy pobre y muy feliz. Voy a cumplir 46 años."

# Chismes callejeros y comentarios de pasillo

Roberto Alcántara, administrador del matadero No. 1, "Amistad Cubano-Soviética", Santiago de las Vegas, C.A.N.: "Siempre dije que era un hijo de puta y que iba a terminar así".

Lidia Mendoza, secretaria de la dirección del C.A.N.: "Ultimamente siempre estaba como ido y el jefe del dijo: Mundo, ponte pa esto y no pa la cola del pan. Pobrecito."

Enrique Corrales, carpintero, vecino de Josefina 136: "Seguro que se dio cuenta de que la mujer le estaba pegando los tarros con el cartero. En casa de Mundo el cartero siempre llamaba dos veces." Magdalena Grau, primera esposa de Manzanero: "Yo me imaginaba que un día iba a hacer esto. No se puede vivir pensando que uno puede ser distinto. Y mi hijo Mundito va a ser igualito, por Dios."

Consuelo Armenteros, empleada de limpieza Dirección de Cuadros del C.A.N.: "Imagínate, la última vez que estuvimos hablando un rato me preguntó si yo iba a limpiar pisos toda la vida. Y sabes lo que le dije —ay, qué horror—, le dije que estaba aspirando a su puesto y que se cuidara." Roberto Ortiz, tío materno de Raimundo Manzanero: "¿Y de verdad tú crees que se mató él mismo? Qué va, yo voy a averiguar bien, porque

Sergio Figueredo, jefe de personal de la Dirección Nacional del C.A.N.: "Coñó, con lo bien que vivía el muy cabrón. Casa, carro, viajes, sus pollitos y pavitos de vez en cuando, una jevita joven... Qué clase de comemierda. Total, mientras hubiera cinco pollos en la isla él se iba a comer uno. Allá él, ¿no?"

#### Otro documento

Mundito no era hombre de eso."

Página manuscrita (papel bond 8 y medio por 11, membrete de la Dirección Nacional del Combinado Avícola Nacional, C.A.N.), hallada en un gaveta, entre diplomas, cartas de reconocimiento, bonos de trabajo voluntario, evaluaciones, etc., en la vivienda de Raimundo Manzanero.

"Hoy, en la playa, hablando con Aldo, sentí mucha lástima por él. Quisiera poder decírselo, pero sé que no me voy a atrever nunca, y por eso lo escribo, para decírmelo por lo menos a mí mismo, que estoy en su mismo saco. Aldo dice que es feliz, y de verdad lo es, sólo porque está vivo, es saludable y puede ir un domingo a la playa con su

mujer y los muchachos. ¿Esa puede ser la utopía de la felicidad? Seguro que no, Aldo -como yo- apenas sobrevive. ¿Y cómo vamos a sobrevivir? Apenas somos un recipiente que contiene vida, pero esa vida se ha secado porque no conservamos la razón del riesgo: nos conformamos, y así vamos sobreviviendo. Siempre pensé que sobrevivir es cosa de animales: comer, dormir, procrear. Vivir era otra cosa, más creativa y, justamente, viva. Pero no hay vitalidad ni creatividad en lo que hacemos y somos. El no quiere a su mujer y se conforma con pegarle tarros; no resiste a Eloísa, pero le ríe las gracias; NO tantas cosas, pero las acepta. Y yo, ¿por fin qué quiero yo? Creo que apenas ser yo mismo, y no me atrevo. Me he pasado todos estos años traicionándome para tener lo que tengo, que no es lo que debería ni querría tener. Creo que un día... [y se interrumpe el manuscrito].

#### Análisis subjetivo de un suicidio pendular y esbozo de una carta posible que nunca se escribió

Nunca se sabrá, con la necesaria objetividad, qué pensaba Raimundo Manzanero la tarde del 21 de octubre, cuando -al menos oficialmente- decidió buscar una escalera de tijeras de por lo menos tres metros1 para pasar, por el mínimo espacio que existía entre la viga de acero y la placa de hormigón, la cuerda engrasada de la que colgaría a partir de las 4 y 23. Tal vez Raimundo no pensó que aquella era una de las tardes más hermosas del año: había sol, el cielo estaba limpio, y, sin embargo, una brisa decididamente otoñal refrescaba la ciudad y anunciaba una noche delicada y apacible. Quizás sí pensó que apenas con dos sacos de cemento -siempre se pueden resolver dos sacos de cemento- se podía arreglar ese desconchado en el altísimo puntal del techo de aquella casa -su casa - construida en 1930 por unos dueños desconocidos y desamorados, que la abandonaron para siempre en 1961, cuando pusieron proa a Miami. A lo mejor hasta pensó que para muchos él era un hombre afortunado: tenía casa, carro -particular y estatal con asignación especial de gasolina—, viajaba al extranjero, vestía y comía bien -pollo ya nunca comía, había logrado hastiarlo--- y a sus cuarenta y seis años disfrutaba una esposa de veinticinco, trigueña, bien formada y fiel hasta donde sus informes y certezas le permitían asegurar. Pensó, por supuesto que lo pensó, que colgarse por el cuello duele muchísimo y que los segundos que demora la muerte en llegar son, literalmente, agónicos, y que después, balancéandose todavía, el ahorcado saca la lengua —y no parece una burla—, se mea y hasta se caga. Y no lo pensó, porque si no lo hubiera hecho, que en su caso y en su muerte era imprescindible y disciplinado dejar una carta, o al menos un memorándum, explicando el por qué de su decisión.

Si Raimundo Manzanero hubiera escrito su última carta tal vez se habría granjeado la indulgencia de algunos de sus detractores. O quizás no: simplemente ni la carta lo hubiera justificado. Pero si en definitiva se hubiese decidido por la imprescindible —tratándose de su caso— carta, es casi seguro que se la hubiese dirigido a sí mismo, pues no tenía a nadie a quien culpar ni a nadie a quien perdonar y mucho menos a nadie a quien explicar el por qué de su determinación. Es difícil imaginar qué hubiera escrito en esa misiva a sí mismo: aunque, tratándose de tan cercano destinatario, con pocas plabras habría bastado. Quizás sólo con una.

Pero, definitivamente y comprobadamente, tal carta nunca existió y sus pensamientos de esa tarde y el motivo de su decisión quedan en el campo de la más subjetiva y anfibológica especulación. De lo que no hay lugar a dudas es que Raimundo Manzanero, al tiempo que traicionaba todos los credos posibles al emprender aquel baile extraño y pendular, estaba tratando de reparar su más insoportable traición.

Finalmente la presunta escalera empleada por Raimundo Manzanero fue hallada en la casa de su tío Roberto Ortiz -con lo cual quedaba demostrado policialmente su suicidio-, a seis cuadras del lugar de los hechos. Parece increíble que su tío no recordara en varios días que poseía ese tipo de escalera y más aún que nadie viera a Raimundo Manzanero transportar un objeto tan evidente -en pleno mediodía de domingo- desde la casa de su tío a la suya, pasando frente a dos bodegas, un bar clandestino, la esquina donde se reúnen los vendedores de flores y hasta una zona de los CDR y que luego la devolviera -otra vez sin ser visto- a su lugar de origen. Además, la soga engrasada que esperaba por el cuello del suicida debió estar colgada del techo más de quince minutos, mientras Eloisa Espinel y su pequeño hijo dormían la siesta dominical pues, como ella misma refirió durante las investigaciones, "no quiso ver la película de la Tanda del Domingo porque era sobre una niña que se queda ciega y ella ya tiene bastantes desgracias en su vida para estar viendo desgracias ajenas en la televisión".

La Habana, 1992.

## Las reglas del juego\*

#### Rodolfo Pérez Valero

Es la primera ronda: Puig monta al auto con lvette, su hija, a quien dejará en la universidad: ¿cómo pagará el dinero que le debe a ese hampón de Carreño?

En su casa, Charo besa a Tony, su joven marido, y se va temprano para la oficina, a organizar su campaña política: ¿se verá Tony hoy con esa tipeja de Maripili?

Bruno llama por teléfono al diputado Paz, se excusa de hacer hoy su labor de guardaespaldas por hallarse enfermo y, luego, al venir Maripili del baño, le dice que va al trabajo y sale. Tony, después que Charo se ha ido, se aleja en su BMW. Maripili abandona la casa y Bruno, enfermo de celos, la sigue en su auto: ¿lo engaña Maripili?

Renato ha contraído deudas con Carreño para costear el tratamiento siquiátrico de Bianca, que perdió un embarazo de ocho meses. Ella parece estar mejor. La deja durmiendo y toma un taxi: ¿lo matará Carreño si no le paga?

Bruno acaba de ver a Maripili entrar al apartamento de Puig abrazada a Tony: ¡Oh, Dios! ¿desde cuándo lo engaña con ese engreído?

Carreño, que cobra dinero para otros, se ajusta la pistola en la sobaquera y sale de su cuartucho. LA VIDA le ha dado malas cartas: ¿hasta cuándo vivirá así?

El diputado Paz, viudo, sale de la casa con Alex, su único hijo, quien va a la universidad a hacer un examen: ¿lo aprobará?

Drácula, adolescente pandillero, tiene los bolsillos vacíos: ¿habrá alguien por el parque a quien quitarle el dinero?

Usted se despide de su esposa y su hija y toma un ómnibus hacia el trabajo.

Maripili besa a Tony, su amante, y parte hacia el periódico, donde labora como fotorreportera de la sección Policiales. Tony entra a su BMW. Bruno lo sigue: ¿qué hace ese punzón en su mano?

Es la segunda ronda. Puig ha tratado de jugar lo mejor posible con las cartas que LA VIDA le dio,

pero ahora se le aparece Carreño en la oficina y le da de plazo hasta esa noche para que le pague: ¿cómo resolver ese dinero para que no lo maten?

Bianca despierta y, enajenada, se viste, entra al auto de Renato y se va a la CIUDAD: ¿por qué su vientre, donde latía su hijo, se ha reducido a la nada?

Tony llega a la oficina de Puig, le devuelve la llave del apartamento y le da las gracias. Puig le dice que para eso están los amigos.

Carreño entra al establecimiento de Renato, le suelta un gancho al estómago y le dice que si no le paga esa noche, lo mata. Desde el piso, Renato piensa en Bianca: ¿cómo sobrevivirá ella si él muere?

Charo recibe una llamada. La voz dice tener pruebas de que ella permite que Tony la engañe con Maripili, la chantajea con revelarlas y acabar su vida política, y le da instrucciones de cómo entregarle el dinero: ¿qué hacer?

A Maripili la envían de su periódico a que acompañe al teniente Torres y escriba un artículo sobre el crimen en la CIUDAD.

Alex Paz, que acaba de concluir su examen exitosamente, se encuentra con Ivette Puig, su novia: ¿por qué no van al parque?

Una voz distorsionada amenaza a Tony por teléfono con contarle a Charo los amoríos con Maripili si no coloca, esa misma tarde, cierta cantidad en un depósito de basura del centro comercial: ¿le pagará?

Renato llama a su casa y nadie responde, deja a un empleado al frente del negocio y toma un taxi: ¿a dónde fue Bianca?

Usted trabaja en su escritorio: ¿qué es lo que debe recordar?

Charo hace una llamada por teléfono y después prepara un sobre con dinero y abandona su oficina. Va hacia el centro comercial: ¿podrá hacerlo? Drácula, con una navaja, se les interpone a Alex e

<sup>\*</sup> Primer premio concurso internacional de relatos policiacos "Semana Negra", Gijón, 1993.

## Una vida corta y no tan feliz

#### Guillermo Zambrano

Le fue imposible localizarlos esa noche en la Procuraduría General. Supuestamente estaban de guardia, pero no dio con ellos. Ni en López 14, ni en Violeta. Desesperado, siguió telefonèando desde una caseta pública.

Nervioso, con ganas de ponerle las manos encima a Claudia, Félix salió de la caseta y manejó hasta el callejón de Dolores. Y ahí, como siempre, La Marrana y El Diablo estaban sentados en el rincón más oscuro de la taquería más lúgubre del ex barrio chino.

Y estaban, como siempre, comiendo tacos de longaniza y tomando tepache "mediadito" con tequila.

—¡Uta! —dijo El Diablo—. ¡Ya le cayó caca al agua!

La Marrana volteó a ver a Félix desde sus rendijas, hizo un gesto de asentimiento y metió otra vez el rostro, redondo y manchado ahora de grasa, en su plato de tacos.

Félix, haciendo como que no había escuchado, dijo con fingida inocencia:

-Quihubo.

La Marrana levantó su cabeza de oso del plato de tacos, le dio un trago a su tepache y eructó luego con supuesto recato, haciendo la cara a un lado.

- -¿Quieres tragar? -le preguntó.
- -No -dijo Félix-. Traigo bisne.
- —¡No mames pinche Gato! —dijo El Diablo, y luego lo imitó—: "Traigo bisne".
- —Ya la encontré —les dijo, mirándolos primero a uno y luego al otro.
- —Siéntate pues —le dijo El Diablo.
- —No hay tiempo —dijo Félix y, bajando la voz, agregó—: Trae los dos kilos. Pero trae también a cuatro monos de escolta.

La Marrana, desde sus rendijas, le dirigió una rápida mirada a El Diablo y luego se tomó el tepache de un solo trago.

El Diablo se volvió hacia Félix y le dijo:

—La coca es nuestra pinche Gato.

Félix se sintió atrapado.

- —Déjenme algo —suplicó—. Aunque sea unas grapas...
- —Nomás a la vieja güey, qué más quieres —le dijo El Diablo con sorna.
- —No chinguen, déjenme algo —suplicó Félix de nuevo. Sus ojos tenían un destello de esperanza.
- -¡Ni madres! -gruñó El Diablo.
- -Está bien -replicó Félix con voz resignada.

Las rendijas de La Marrana se abrieron un poco y adquirieron una expresión de astucia.

- —¿A dónde es? —preguntó.
- —En el sur —dijo Félix.

El Diablo se puso de pie, dejó encima de la mesa unos billetes arrugados y le dijo a Félix con tono grave:

- -Más te vale, pinche Gato, que los dos kilos estén completos.
- —Eso espero —replicó Félix, y se sintió terriblemente solo. No les dijo que Claudia estaba con Herrera. "No hay Diablo que se aviente el tiro de madrear a un subsecretario", pensó.
- —La escolta —agregó Félix, está estacionada afuera.
- —Despreocúpate —le dijo El Diablo—. Ese pedo es nuestro.

Claudia, su ex novia, y a quien había conseguido un trabajo de archivista en la Procuraduría General, se había robado de los sótanos del edificio de López 14 dos kilos de cocaína con la ayuda de un comandante.

Herrera la había aconsejado y la había puesto en contacto con el comandante. El subsecretario tenía un negocio a pequeña escala de venta de estupefacientes. En realidad Herrera no era nadie dentro del esquema gubernamental de tráfico de drogas y lavado de dinero, era un simple peón en el tablero.

Félix tuvo que aguantar la reprimenda de sus jefes, por haber recomendado a Claudia, y lo obligaron a seguir el caso. Pero como ya no le tenían confianza, lo pusieron a trabajar a las órdenes de estos dos comandantes de la Procuraduría General. Cuando Félix era todavía un adolescente soñador, acarició la idea de ser un destacado misionero en el México rural. Y quizás hasta un cura guerillero, como Camilo Torres.

Los pocos meses que pasó en el seminario le sirvieron para estudiar la realidad del campo mexicano: supo que los campesinos e indígenas de México han sido explotados durante siglos y que han enfrentado siempre una política oficial de bajos precios para los productos del campo y de altos precios para los insumos.

Supo también que los campesinos no podrán nunca ser libres aunque les den la tierra porque toda la vida el intercambio entre la ciudad y el campo ha sido desigual, y que los mecanismos de explotación a favor de latifundistas y ganaderos —que son quienes al final se embolsan ganancias extraordinarias en detrimento de los campesinos—, se han ido perfeccionando.

Luego lo expulsaron del seminario por montar en las noches a un par de seminaristas invertidos y su plan religioso —y guerrillero— se fue a la mierda.

Se inscribió después en la Facultad de Medicina. La carrera de medicina le tenía sin cuidado, pero tenía que terminarla primero para irse después a la sierra, a ayudar a los pobres.

Cerrada la posibilidad de convertirse en un cura guerrillero, sería entonces un médico guerrillero, como el Che... Así que Félix entró a su etapa de médico guerrillero.

Pero estas ideas tampoco le duraron mucho. Los cursos de anatomía los desanimaron y muy pronto, mucho más pronto de lo que él mismo hubiera pensado, terminó siendo, por azares del destino, un agente más de la Policía Judicial del Distrito. De la "procu chica", como dicen los de "la grande", los de la Procuraduría General de la República.

El coche escolta no se había movido de su lugar: estaba frente a la entrada de un lujoso edificio de departamentos. Pero los cuatro sujetos parecían adormilados. Félix había dejado su auto en un estacionamiento del callejón de Dolores y venía en el asiento trasero de la camioneta suburban que manejaba La Marrana.

En un segundo, El Diablo encañonó a los adormilados vigilantes y los hizo subir a la camioneta, y mientras La Marrana los amarraba con sus propios cinturones y los amordazaba con sus corbatas, El Diablo le ordenó a Félix que vigilara a una cuadra de distancia hasta que ellos encendieran las luces de la camioneta como señal.

Cuando Félix regresó, en la noche helada, quedó sorprendido ante el espectáculo: los dos elementos de la Policía Judicial Federal Antinarcóticos,

porque así decían sus placas aunque en realidad fueran un par de hijos de la chingada, habían golpeado rápidamente y sin misericordia a los cuatro sujetos.

Los cuatro hombres de la escolta del subsecretario Herrera estaban desmayados y tenían contusiones en la frente, los ojos y los pómulos. En el interior de la suburban había huellas de violencia y los hombres, amarrados con las manos a la espalda, estaban tirados en la parte posterior de la camioneta.

—Tu chamba, pinche Gato, es meterlos de nuevo al coche y llevarlos a diez cuadras de distancia, estacionar la unidad y dejarla cerrada, con los putos éstos adentro, y tirar después las llaves a una coladera —le dijo El Diablo a Félix, mientras La Marrana tiraba a los cuatro sujetos a la banqueta, como si fueran bultos.

—¿Van a subir solos? —preguntó Félix, con tono preocupado.

—La coca es nuestra —le dijo El Diablo sin cordialidad—. Ya te lo dije.

—¿Y ella?

—Después —le dijo La Marrana, abriendo las rendijas de sus ojos con satisfacción—. La vamos a detener primero, decimos que vendió la coca, la arrestamos y ya después arreglas tú tu pedo.

Félix, con frío, con asco, con miedo y con desesperación porque los escoltas pesaban como si estuvieran muertos, pudo al fin, jadeando y sudando copiosamente, subir los cuatro cuerpos, en la oscuridad de la noche, al automóvil.

Echó a andar la máquina lentamente, para no despertar las sospechas de ningún vecino y circuló sin luces hasta el parque de La Bola. Ahí dudó un segundo, detuvo el auto en la oscuridad y pensó unirse a los federales, para que no le chingaran el caso. Pero les tuvo miedo y por fin decidió: fue a estacionarse al callejón trasero del Teatro Insurgentes, justo enfrente de la puerta de acceso a los artistas. Subió los cristales de las cuatro ventanillas, tropezando a veces con vientres hinchados, y cerró por fin con llave las puertas, desde fuera. Luego echó a correr hasta la avenida Insurgentes.

Sabía, muy a su pesar, que había cometido un grave error al seguir las órdenes de ese par de hijos de la chingada. Lo trataban como si fuera un pendejo por ser de la Judicial del Distrito: no vería un solo gramo de coca y tal vez ni siquiera a Claudia.

Tiró las llaves en el camellón de Insurgentes, justo enfrente de La Cochera del Bently, y le hizo la parada a un taxi.

En la Procuraduría del Distrito dieron de baja a Félix y lo arrestaron un año. El Diablo y La Marrana fueron ascendidos a pesar de que nunca devolvieron la mercancía.

Claudia y el subsecretario Herrera fueron arrestados y se les condenó a quince años de prisión. Las autoridades festinaron el encarcelamiento de "un funcionario corrupto y de su amante" con bombo y platillo.

Félix salió de la cárcel y se compró dos taxis. Le regaló uno de ellos a un comandante y logró que

su expediente se "perdiera".

Volvió a entrar a la judicial del Distrito y una noche, cuando estábamos los dos acodados en la barra de una cantina -y Félix más borracho que yo-, comenzó a contarme una historia divertida:

-Hay mujeres a las que uno ve -me dijo-, y luego conquista en la barra de un bar o en la mesa de un restorán, pero a ella la conocí en la cama porque en el departamento en el que vivo, y que en ese tiempo era rentado porque todavía no entraba yo al bisne, las paredes parecen de papel...

Recuerdo aún los gritos espasmódicos y los sacudimientos de la cama a la que entonces yo llamaba "la mujer de al lado", y las sacudidas finales del tambor de resortes mientras ella decía: ¡Me gusta! ¡Me gusta! ¡Más! ¡Más! ¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaah!". Y me la imaginaba desnuda, perniabierta, suspirando con una sonrisa, mientras el tipo se vestía para marcharse. Era de Costa Rica, muy blanca, y estudiaba sociología en la universidad, pero se ayudaba al gasto trayendo hombres a su casa. Yo a veces dormía con ella. Le fascinaba que le chupara los pezones. Se retorcía de placer mientras mis labios sujetaban sus duros pezones y mi lengua los oprimía suavemente contra mis dientes, al tiempo que mis manos se iban recorriendo hacia su vientre para llegar a la parte interna de los muslos y comenzaba yo a estimular su clítoris con los dedos, suavemente también. Y ella comenzaba a ponerse húmeda.

Después bajaba yo el rostro hasta su entrepierna y besaba su vulva, lentamente, para luego deslizar la punta de mi lengua entre los pliegues de sus labios vaginales, tocando ligeramente el clitoris. A veces introducía mi lengua en su orificio, pero siempre volvía al clítoris, que terminaba sujetando suavemente entre mis labios y sacudiéndolo con la lengua, hasta ponerlo erecto, que era

cuando lo sacudía con mayor fuerza.

Su sexo tenía un sabor muy agradable. Aún lo recuerdo... Le gustaba que le acariciara los lados de las caderas y el lado interior de los muslos mientras la chupaba, al tiempo que ella se acariciaba los senos y los pezones. Y luego, cuando finalmente la penetraba, ella actuaba como si toda la emoción romántica que decía sentir por mí le invadiera el corazón y se abría, física y mentalmente, a mis embates furiosos.

Le gustaba ponerse a cuatro patas, sobre una pequeña alfombra junto a su cama, y que la montara por atrás. El contacto de sus nalgas en mi pelvis era una experiencia diferente y yo tenía que abrirlas, deliciosamente, con las manos.

Cuando le separaba las nalgas me volvía loco de placer y su jugosa vagina se abría para recibirme... Y al penetrarla, emitía un ligero gruñido y comenzaba a mover el culo mientras mi verga se deslizaba profundamente y yo extendía mi brazo para rodearla y estimular su clitoris con los dedos. Conforme avanzábamos y nuestra fornicación era más acoplada, yo la tomaba del talle y aumentaba la rapidez de mis embates realizando movimientos profundos, pesados, rotatorios, hasta que ella, encantada, temblando... a cuatro patas, con la cabeza levantada y mirando al techo de la habitación, gritaba: ¡Me gusta! ¡Més! ¡Más! ¡Más! ¡Más! ¡Aaaaaaaaah...! ¡Aaabaaaaah...!.

Una noche me enseñó lo que dijo era la técnica del tintero: "Cargas la pluma arriba, y la descargas abajo", me dijo sonriendo la primera vez. Y yo, contento, comencé a practicar mi puntería. No es fácil, al principio, entrar y salir de dos madrigueras... pero se puede.

Ahora se va a casar, me dijo. Conoció a un dentista. Ya no lleva hombres a su casa y tampoco me saluda.

Aunque algunas noches, viendo televisión en mi departamento, escucho aún sus jadeos y luego sus suspiros. Estoy acostumbrado a las mujeres, a pesar de que no las necesito...

Sólo que Félix no necesita ya más a ninguna mujer. Murió en una balacera, a los veintiséis años, en Tijuana.

## Nuestra propia tierra

Mauricio José Schwarz

Somos un agujero en medio del mar y el cielo Juan Luis Guerra

—Esos edificios están construidos sobre muertos —dijo Daniel señalando la amplia unidad habitacional. Pese a las dos décadas transcurridas desde su construcción, se veían bien conservados, cuidados por sus moradores.

—¿Metáfora tuya? —preguntó Nicolás, su ayudante recién salido de la Universidad.

—No —respondió Daniel. Dejó pasar el silencio.
—¿Algún gran secreto? —insistió Nicolás intriga-

do.

—No, en realidad no —concedió el viejo arqueólogo—. Es de esas cosas importantes que los
diarios en su momento apenas mencionaron y
que luego se olvidaron por consenso, como se ol-

que luego se olvidaron por consenso, como se olvidan las vergüenzas de la familia o los momentos de ridículo que cada uno de nosotros ha pasado. Se olvidó por acuerdo de todos. Menos el mío, quizá. Ahora no me gusta que no queda memoria.

—¿De qué se trata? —volvió a preguntar Nicolás. —De una historia que, como todas las buenas historias, se cuenta mejor frente a un tarro de cerveza o una taza de café.

—Prefiero la cerveza —señaló Nicolás.

Los edificios se habían ido quedando desiertos sin que nadie atinara a explicarse cómo, sobre todo porque cada vez más personas vivían en la calle, trabajaban en la calle, comían en la calle y decían a gritos cosas que no eran propias de gente bien educada. Eran muchos que languidecían sin un techo encima y, sin embargo, languidecían tantos techos sin nadie abajo.

Eran tiempos en que muchos hacían un esfuerzo cotidiano para convencerse de que vivían en el mejor tiempo de todos, en una sucesión de maravillas y abundancia de bienes capaces de asombrar a los antiguos que vivieron los tiempos en que Omar Khayyan escribía sus *Rubaiyat*. Eran malos tiempos para esos que en la calle, sin casa ni modo de justificar el aire que respiraba, el espacio que ocupaban en la ciudades, contradecían el esfuerzo noble y tenaz de los otros, los que ni siquiera lograban convencerse del todo.

Los edificios eran el grotesco testimonio de la pa-

radoja. Casas que habían quedado huecas. Cascarones purificados por un incendio. Edificios ajados por las fuerzas de la naturaleza o simplemente por vencerse solos, cansados de luchar contra la herencia de sus creadores que hipócritamente habían escatimado en los cuerpos de las construcciones algunas vértebras, algunos músculos necesarios, algunos órganos vitales que representaban atractivos ahorros. Hogares convertidos en ruinas por la muerte de sus ocupantes, o atrapados en interminables procesos jurídicos que se acurrucaban en estado de coma dentro de miles de archivos de miles de oficinas, o que simplemente se habían convertido en legajos fugitivos, que nadie encontraba, con el solo objeto malévolo de enredar aún más la maraña. Terrenos baldios sin esperanza de construcción. Covachas dejadas atrás por émulos de Lot que nunca miraron atrás. Casas que no eran de nadie y que al final eran casa de todos.

No de todos, es cierto. La mayoría eran las casas de unos pocos, de los iniciados o de los invitados, de los que se enteraban o de los que pertenecían al círculo, separadas en grupos de edades, de sexos, de preferencias o de niveles delictivos. Casas tomadas por bebedores cuyo único sueño, cuando ya todos los demás se les habían caído de los bolsillos rotos, era morir en una embriaquez de apoteosis, donde la alucinación del delirium tremens adoptara la forma de alguna huri vista en televisión. Casas de adolescentes duros que llevaban la muerte a cuestas y la abrazaban sin pena, que mataban y morían con abandono. Casas de adictos, casas de los que habían huido de sus hogares y casas de los que habían escapado de los albergues que la caridad estatal y clerical les había diseñado para devolverlos al mundo del que huían. Casas de varios grupos a la vez, en las que imperaba la única dosis de respeto que podían dar y recibir sus ocupantes. Iban y venían. Nadie preguntaba, sólo se pedía atención al mínimo reglamento que habían sabido darse. Se quedaban una noche, una semana o un año, y si desaparecían no inquietaban a nadie más que a sus amigos cercanos.

Casas que cualquiera hubiera jurado que estaban abandonadas, a menos que mirara con cuidado durante todo un día, descubriendo con asombro a sus ocupantes escurriéndose en misteriosos ires y venires.

Un terremoto, un proceso judicial largo como las penurias de los indios y otros variados elementos se confabularon para que quedara a disposición de la calle un edificio de oficinas amplio y no muy viejo, apartado de las miradas indiscretas por una barda, ubicado en un rincón de un barrio al que nadie le prestaba mucha atención.

Le llamaban "la casa de todos", y lo era.

El paso de los años fue destejiendo la red formada alrededor del edificio, esa mortaja que lo condenaba a ser un borrón indistinguible para vecinos y autoridades. El edificio recobró existencia a ojos de la gente de afuera, se firmaron y sellaron papeles y se llegó a una solución salomónica: un convenio para dedicar los terrenos a construir una unidad habitacional para gente de escasos recursos —según decían los papeles firmados y sellados, para no causar cejas levantadas con el ofensivo uso de las palabras "pobres", "marginados" o cualquiera otra que atentara contra la sensibilidad de los firmantes y sellantes. Alguien se dio cuenta de que el edificio albergaba a los muchachos de la calle, y entonces la decisión de adornó con una cláusula adicional, hija de la culpabilidad. Se anunció, para que todos lo supieran, que se daría preferencia a quienes entonces ocupaban "la casa de todos".

Y ello justificaba, además, que se retirara a los habitantes. Les convenía. Era para su propio beneficio.

Se procedió al desalojo. De noche, según costumbre ancestral de todos quienes no están seguros de que sus acciones sean dignas de la luz del sol, lejos de las miradas de los curiosos, la policía sacó de su maltrecho hogar a los muchachos que limpiaban parabrisas en las esquinas, a los raterillos menores, a las adolescentes preñadas o con un bebé en los brazos que las mantenía en asombro permanente, a los niños grises con la nariz hambrienta de solventes, a los cuatro o cinco temerarios que se pusieron broncos y se llevaron un garrotazo o un empujón con el escudo de plexiglás, a los que tenían tuberculosis y a los que tenían Sida.

Los que quisieron subieron a los autobuses para ir al albergue que se había preparado para ellos en un gimnasio. Los demás se fueron por la calle como semilla que se esparce buscando un suelo del cual apropiarse con la garra de su raíz. Los bienes, diminutos y lamentables, que sus propietarios no habían reclamado de inmediato, salieron por las puertas y ventanas de la casa que ya no era de todos. El ansia de limpieza de las autoridades respetó apenas el altarcito católico en el que hacían sus reverencias los habitantes, pidiendo suerte para trabajar, para robar, para prostituirse, para vivir un día más y volver enteros a dormir, Dios mediante.

Nadie se ocupó, al final, de contar a los ocupantes para poder decir si allí habían vivido cien o mil.

El gran edificio abandonado estaba en una zona que probablemente alojaba restos de interés arqueológico. Nos llamaron y nos dieron quince días para nuestros estudios, además de permiso para estar presentes en las obras de demolición y excavación, con derecho a suspenderlas temporalmente si se hacía algún hallazgo de importancia. A cambio convinimos en no hacer nada para que la suspensión fuera definitiva.

A mí me tocó el altar. Era una colección disímbola de elementos tomados de acá y de allá, desde estampitas baratas de san Judas Tadeo, patrono de las causas perdidas, hasta "milagritos" de oro y plata, notas escritas con ortografía lamentable y figuras burdas de barro con representaciones ancestrales: un árbol de la vida, un sol, una rana de barro negro. Todo ello rodeaba a una virgen de Guadalupe en un cartel impreso de mediana calidad.

A los pies de la virgen se encontraba una pequeña alcancía que aún tenía en su interior unas monedas. Quizá los ingresos de la cajita se usaban para atender necesidades de la heterogénea comunidad. O quizá se entregaban a alguna parroquia cerca.

El altar entero estaba colocado sobre una pesada caja de madera, de ésas que se usaban para embalar y transportar objetos delicados: sólida, reforzada y de gruesas paredes.

Cuando tratamos de levantar la caja, descubrimos que contenía algo tremendamente pesado. Después de fotografiarla como habíamos hecho con el altar ahora desmembrado que estaba en las cajas destinadas a los antropólogos sociales, la abrimos.

La caja contenía sólo tierra y piedras principalmente, acompañados de cascajo, ladrillos rotos, pedazos de varilla y numerosos fragmentos más. La vaciamos hasta que pudimos moverla y descubrimos la entrrada al segundo sótano del edificio, donde habían estado las bodegas de mantenimiento, una planta de luz, la bomba del agua y otros elementos. Con los años, ese sótano había quedado olvidado.

Limpiamos la entrada y bajamos para poder decir en nuestro informe que lo habíamos hecho.

Encontramos todo lo que nos esperábamos: los restos oxidados de aparatos eléctricos y las áreas que habían sido el corazón y el aparato digestivo del edificio cuando estaba vivo para sus oficinistas y no para la colección de indeseados que lo habían ocupado en los últimos cinco o seis años. En el mayor recinto del sótano, lo que había sido el estacionamiento, encontramos la verdadera sorpresa. Las entradas habían sido cegadas con

muros de ladrillos y, desde el primer sótano, eran prácticamente imperceptibles.

Mientras caminábamos sentimos bajo los pies una suavidad que no correspondía al lugar.

Bajando las linternas recorrimos con su luz la tierra fresca que se extendía por más de la mitad de lo que había sido el estacionamiento. Con una paciencia monacal, alguien había roto y levantado las losas de concreto para dejar al descubierto la tierra en la que se habían excavado los cimientos del edificio.

Javier, uno de los arqueólogos más jóvenes del grupo, se apartó de nosotros. Al otro extremo del estacionamiento, empezó a hurgar en la tierra. Trató de sacar un objeto grisáceo que encontró y descubrió que era el dedo de una mano sepultada a pocos centímetros de profundidad. Lanzó un grito de asco y de miedo.

Cuando llegamos hasta donde estaba lo encontramos tallándose la mano contra la pared de concreto para tratar de limar el horror, de arrancárselo inmediatamente.

Con todo cuidado expusimos al aire un poco más del descubrimiento de Javier. Quitamos la tierrra del resto del brazo, pero apenas llegábamos al hombro cuando el olor se hizo presente pese a que el cadáver, como lo supimos después, estaba profusamente cubierto de cal.

Salimos a llamar a la policía, convencidos de que habíamos dado con la víctima de un asesinato. Poco después llegaron los forenses y un grupo de bomberos con máscaras antigases, varios policías, un agente del Ministerio Público y algunos uniformados en dos patrullas encargados solamente de mantener alejados a los posibles curiosos.

Defendimos con éxito nuestros permisos y los oficiales admitieron que permaneciéramos en el sótano mientras ellos hacían sus diligencias, siempre y cuando nos comprometiéramos a no interferir.

El brazo estaba cruzado sobre el otro, y ambos

descansaban sobre el pecho de la víctima, un muchacho joven. Yo jamás había visto a un muerto de meses, y el espectáculo me repugnó poderosamente al mismo tiempo que me fascinaba. La muerte nos gusta por eso, yo creo, porque nos dice cómo vamos a ser. Es un espejo del futuro inevitable.

Al primer cuerpo siguieron otros.

Unos que habían muerto en fecha más o menos reciente y otros que evidenciaban varios años de estar al amparo de la tierra. Jóvenes, sobre todo. Hombres y mujeres. Niños, bebés recién nacidos o que ni siquiera habían logrado nacer.

Casi un centener de muertos.

Las teorías de la policía se desgranaron con rapidez. Apenas se formulaba una, se veía sustituida por otra. De un asesinato se pasó a imaginar un asesino serial. La teoría que durante más tiempo se sostuvo fue que estábamos ante un tiradero de cadáveres: el lugar a donde iban a dar las víctimas de los pobladores de la noche en la ciudad, de los asesinos o policías a los que se les pasaba el castigo y se encontraban incómodamente cargados con un cadáver, esos que se tragaba la ciudad y dejaban a la familia esperando siquiera saber si estabn vivos o muertos.

Cuando llevaban más de 50 cuerpos, Javier, que se sentía intensamente unido a lo que estaba ocurriendo ante sus ojos, se dirigió a uno de los forenses con la pregunta que resolvía todas las dudas, una pregunta que todos traíamos incómodamente alojada en algún lugar de las ideas:

—¿Ustedes encuentran muchos cuerpos de chavos de la calle? Se mueren por drogas, por peleas, por abortos mal hechos, por enfermedad, por mil cosas. ¿Dónde quedan los cuerpos?
Estaban allí.

—Los asesinos no amortajan a sus muertos señaló uno de los forenses.

Decidí intervenir antes de que las noticias corrieran solas. Antes, incluso, de que acabaran de contar, inventariar y meter en bolsas de plástico los cadáveres. Antes de que la primera ambulancia saliera con las primeras bolsas. No sé por qué me metí, pues en general no me gustan los líos. Los forenses trabajaban bajo una fascinación inexplicable, y convencían a los policías de que no se debía mover a los cuerpos todavía. Algunos antropólogos empezaron a interesarse por los cuerpos y su ropa, por la joyería o lo que por tal pasaba en los descompuestos miembros: la muñequera de estoperoles amenazantes en el brazo de un cuerpecito con aspecto infantil, los tenis de nombre extranjero, las camisetas con estampados diversos.

Llamé aparte a Javier.

-Necesito que nadie mueva las cuerpos de aquí. -¿Qué pasa?

-Deformación profesional, si quieres, pero necesito hablar con los dueños del cementerio antes

de que se lleven los cuerpos.

-Espérate, espérate -pidió Javier. Me miró intensamente a los ojos, dejándome ver el claroscuro que los focos bruscos e improvisados lanzaban sobre su rostro anguloso y juvenil. Finalmente la tensión desapareció de su expresión-. No es dificil, con el entusiasmo de todos aquí y demás, ahorita hago una rebelión de antropólogos. Y si es necesario con protesta y todo. Pero creo que no hará falta. Los forenses tampoco quieren que todo esto desaparezca así nada más. Uno de los que mandan está que trina porque con esto se va a volver a levantar la duda por todos los extraviados cuyos cadáveres nunca aparecen, así que han de estar pensando cómo hacerle y los puedo amenazar con un periodista. Y hasta inventamos la arqueología de la semana pasada o los llenamos de antropólogos sociales. No te preocupes. Era media tarde cuando salí del edificio abandonado y mis pulmones registraron con agradeci-

El gimnasio era un hangar que había sido habilitado apresuradamente como dormitorio comunal.

poco menos a muerte.

miento el polvoso aire de la ciudad, que olía un

Más de cien catres militares se habían dispuesto en hileras, pero era evidente que la tardía buena voluntad oficial no había tenido gran éxito. Menos de la mitad parecían ocupados. Los niños y jóvenes platicaban sentados en los catres y en las largas mesas dispuestas en un extremo, junto a una de las canastas de básquetbol, donde al estilo de los cuarteles y las cárceles les servían el rancho cuyo aroma ya se dejaba sentir.

Me miraron con desconfianza y aproveché para estudiarlos. Eran niños que nadie vela en realidad, a los que nadie podía reconocer aunque estuvieran apostados durante meses en la misma esquina, ofreciendo sus mercancías o sus servicios a los mismos automovilistas día tras día Ahora tenían rostros individuales.

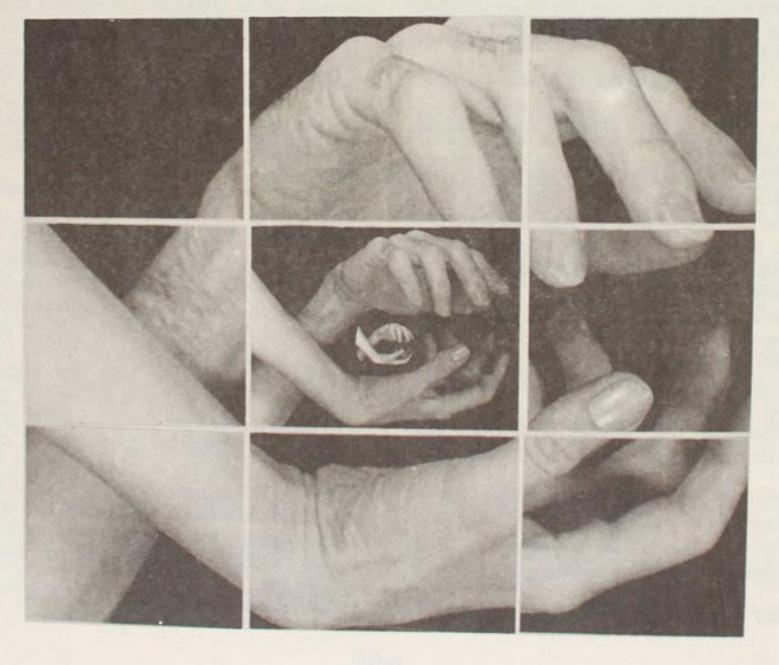
Me acerqué a uno que no parecía tan hosco.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije tan suavemente como me fue posible.

—¿Qué? —preguntó con desinterés.

-¿Tenías mucho tiempo viviendo en "la casa de todos"?

—¿Por qué quiere saber? —su voz se oscureció. -No soy autoridad, ni mucho menos -me apresuré a tranquilizarlo-. Pero necesito alguien que sepa cómo funcionaba la casa. Y en cuanto alguien me lo diga no volvemos a hablar y no digo quién me lo dijo. Pero es muy importante.



- -Yo estuve ahí casi un año -admitió por fin.
- —¿Quién estaba a cargo del altar? —pregunté en tono conciliatorio.

El muchachito, de no más de quince años, se alarmó visiblemente y se alejó de mí unos pasos por el pasillo entre los catres.

—No es para nada malo —dije, subiendo un poco la voz—. Necesito hablar con alguien que sepa.

El muchachito siguió retrocediento y una voz a mis espaldas dijo:

—¿Que sepa qué? ¿Con quién quiere hablar? Me di vuelta y vi a un muchacho ya grande, de rostro indígena duro, que arrojaba con enojo el humo de su cigarrillo en dirección a mí.

—Con alguien que me diga quién estaba a cargo del altar en la casa —repetí—. Ya lo quitaron.

-¿Y?

-Encontraron el estacionamiento.

El muchacho dio una larga fumada a su cigarrillo, evaluándome.

- —No sé nada —dijo finalmente.
- —Ya se dieron cuenta de que es un cementerio —dije subiendo aún más la voz. Los que estaban cerca se volvieron a mí—. No se trata de nada contra ustedes, ni los van a acusar de nada. Al contrario. ¿O no les importan sus muertos? Varios se acercaron a mí.
- -Están muertos -dijo uno-. ¿Qué importa?
- —¿Y dónde vas a acabar tú cuando estés muerto? —lo interpeló otra voz del grupo.
- —No importa.
- -Pero a ellos sí les importa -insistí.
- —No sabemos nada —dijo finalmente el del cigarrillo.

Se empezaron a alejar de mí como si ésta fuera la última palabra. Entonces sonó la voz de una muchacha:

- -¿Qué quiere?
- —Yo no quiero nada. Yo nomás iba a ver si no había ruinas abajo del edificio. ¿Qué quieren ustedes? Se tomaron la molestia de recoger y enterrar a sus muertos, ¿no? Pues entonces deberían también opinar qué debe hacerse con ellos.
- —Yo estaba a cargo —dijo la muchacha y pude verla. Llevaba pantalones de mezclilla, una playera roja y el pelo corto recogido en una pequeña cola de caballo—. Todos sabían lo que pasaba, pero sólo unos cuantos sabían cómo le hacíamos, eran los que ayudaban a mover la caja y a enterrar a los muertos que nos llevaban. Los llevaban nomás porque no querían que se los comieran los perros, o que acabaran en la fosa común o en la universidad de medicina, donde dicen que los destazan todos para que los doctores aprendan. Pero no matamos a ninguno.



—Eso ya lo saben —dije erfiriéndome a las autoridades y tratando de distanciarme de ellas—. Están a punto de sacar los cuerpos del estacionamiento.

—¿Y? —preguntó desafiante.

—No sé. Pensé que querrían hacer algo. Ya sabían que esto iba a pasar. —Asintieron—. Podemos ayudar pero son ustedes los que tienen que hablar. Son sus muertos.

—Sí, son nuestros muertos —dijo el muchacho del cigarro.

Los demás asintieron.

Cuando ya me iba, la muchacha se me acercó.

—Ya lo sabíamos —dijo—. Pensamos que iban a pasar unos días más antes de que los hallaran. Pero de todos modos gracias por avisarnos.

No hice más en el asunto. Nomás lo vi.

Apenas había anochecido cuando empezaron a llegar.

Los tres periodistas que Javier había convocado estaban apostados afuera del edificio. Dos de ellos habían entrado a ver el estacionamiento. Juntos nos asombramos.

Traían velas en las manos. Los muchachillos sucios, los malabaristas de las esquinas, los sabios de la calle que usaban atuendos agresivos, los casi adultos y los más niños, los cabellos erizados en espinas y las jovencitas de aretes múltiples en cada oreja, los de plástico y cuero negro, los de estoperoles y camisetas en inglés.

Venían de todas las calles y convergían en la puerta del edificio que había sido la casa de algunos. Pero eran más, muchos más de los que podían haber vivido en el edificio. Eran los que vivían en nadie sabía cuántos edificios y agujeros de la ciudad. Los acompañaban otros jóvenes que claramente no eran de la calle: estudiantes y trabajadores, cada uno con una vela en la mano. Y en silencio.

Se detuvieron ante la puerta. Los policías de las dos patrullas los miraron incrédulos, sin atinar siquiera a llamar refuerzos. ¿Refuerzos contra qué? Pasaron unos minutos en los que pareció que sólo se movían las llamas de las velas en la noche urbana.

Uno de los periodistas se acercó a la primera línea de los dolientes y preguntó a todos y a nadie:

—¿Qué quieren?

La muchachita de aspecto poco impresionante dio un paso al frente.

—Que dejen en paz a nuestros muertos —dijo en voz sencilla y firme.

—¿Van a impedir la construcción? —preguntó el periodista.

La muchachita y muchos de los que estaban en primera fila negaron con la cabeza.

-¿Entonces...?

—Son nuestros muertos, los únicos que tenemos —sonó la voz de un adolescente, como si recitara de memoria una oración profundamente sentida—. Son lo que nos queda. Son los que nos quisieron y son a los que quisimos. Son los que no encontraron su lugar cuando estaban vivos. Son los que ya tienen su lugar ahora que están muertos, en su propia tierra, de las cosas que no están tan jodidas. Ya encontraron su lugar. Ahí están. Ahí se han de quedar.

El periodista siguió haciendo preguntas, pero no le respondieron más.

Las velas hacían solemne la noche de la ciudad.

- —¿Y ahí los dejaron? —pregunto Nicolás cuando terminó el relato de su maestro.
- —No les quedó de otra. Las autoridades pensaron en actuar usando la fuerza, pero eran demasiados los que estaban allí, los periodistas, los antropólogos. No tenían a nadie a quién echarle la culpa de nada, porque no había pasado nada. Los muchachos de la calle nomás pedían que les respetaran a sus muertos.
- -Es macabro, ¿no?
- —Cuestión de opiniones —dijo Daniel alzando los hombros—. A algunos les pareció conmovedor.
- —De todos modos, no se me hace que así nomás, a punta de poesía y drama, se salieran con la suya.
- -Efectivamente.
- —Entonces, ¿qué pasó? —insistió Nicolás.
- —Pues que a cambio de que dejaran en paz el cementerio, dijeron donde estaban los otros, los extraviados, los que hacían falta en las cuentas. Cambiaron muertos por muertos y pusieron una cruz de metal en el sótano.
- —¿Y no los traicionaron las autoridades cuando ellos entregaron a sus víctimas?
- —No todos eran sus víctimas. Muchos eran víctimas de otros, pero tenían su propio cementerio —aclaró Daniel.
- —De todos modos, pudieron encarcelarlos, buscar a los culpables.
- —Sí, podían hacer todo eso. Pero nadie lo hizo. Después de todo, había que rescatar a los muertos que seguían, a todos los que las heces de la ciudad podían matar después. Nunca se habían visto juntos. Se asustaron de ver cuántos eran, y los otros también se asustaron. Se hizo una especie de pacto sobre los muertos de todos.
- —Y nadie lo sabe —concluyó asombrado Nicolás.
- —Ni falta que hace.

México, Tenochtitlan, enero de 1994.

# La olvidada lección de cosas olvidadas (Fragmentos)

Julia Ferrer\*

ı

Bruscamente erguirían la cabeza las sonrisas y los gestos

rodarían las coronas las aureolas pedrerías (¿las creencias?)

En el caso de que irguieran bruscamente sus cabezas las estatuas.

VI

Déjame contemplar intensa serenamente (hasta descubrir uno por uno) los rostros que me ocultas los que no puedo ver los que conozco demasiado los que yo misma he trazado (toda la eternidad tras de tus órbitas no más pupilas extasiadas) manos que derrotaron al tiempo después del gesto luego del gesto ya olvidado

¡rápido el precio de un gesto!
o su apariencia que
incuba el odio
las palabras
los sonidos de esas manos

Agujeros no ojos tierna exactitud de la mirada...



\* Poeta peruana, recientemente fallecida.

# Danzón breve para escritor y entrevistadora electrónica

Mauricio Molina

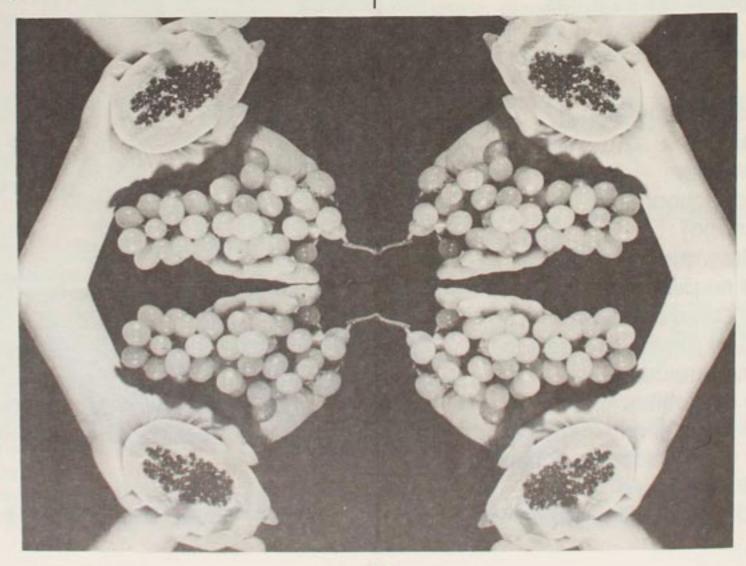
"Cuando no hay más que decir, lo mejor es el silencio."

Aquellas fueron mis últimas palabras. En realidad eran de Wittgenstein.

Una vez que la reportera, una espléndida morena de blusa entallada y rostro imperturbable, apagó por fin la grabadora, una sensación de alivio invadió mi cuerpo como si de pronto la gravedad que mantenía a las cosas en su sitio hubiera dejado de funcionar. El viento, con dedos invisibles, comenzó a desflorar las nebulosas de las jacarandas en el parque y la reportera, con sus hermosos ojos almendrados y ensortijada cabellera, parecía estar a punto de flotar en la luz anaranjada del atardecer.

Durante más de una hora aquella mujer me había torturado con sus preguntas, registrando de paso el chasquido de mis labios al tratar de responder una interrogante embarazosa, el sonido de la cuchara al girar nerviosamente en la taza de café para revolver el azúcar, las voces de los otros comensales y, en algún momento, el aullido de una sirena perdiéndose a lo lejos mientras yo trataba de explicarle la razón por la cual las mujeres de mis novelas hacían el amor casi siempre con un poco de ropa puesta y, a veces, con zapatos de tacón alto. Esa pregunta había sido el colmo. ¿Cómo revelarle mis secretos más íntimos, mis obsesiones más ocultas?

Mis respuestas habían resultado torpes, chapuceras, plagadas de lapsus y actos fallidos. La culpa había sido, en realidad, de la reportera, que cada vez que apretaba con la uña roja del pulgar el botón de encendido de la grabadora (acto que encendía el ojo único del aparato; diminuto polifemo de transitores), me hacía reparar, no sé por qué oscura razón, en sus senos espléndidos que parecían estar a punto de romper el broche del notorio brasier, desgarrar el tejido de lana de la blusa y brotar redondos y turgentes para mostrarme los





vedados pezones. Imaginaba una y otra vez la escena: la mirada de sus pezones clavada en mi propia mirada, ambos pares de ojos compartiendo el mutuo asombro de encontrarse justo ahí, frente a frente en la mesa de un café.

Aquellas respuestas tartamudas fueron francamente abominables: "escribo para celebrar el asosombro de estar vivo e impedir la muerte, que es sinónónimo de silencio y de vacío"; "la escritura es la huhuella de la voz"; "no padezco el terror de la página en blanco: escribo en cocomputadora", y así seguían mis respuestas estúpidas y falsas, que no eran otra cosa que un insoportable parloteo ornitológico, un torpe zumbido de insecto en celo destinado a impresionarla y propiciar la atmósfera adecuada para llevármela a la cama. Mi voz destemplada contrastaba con el suave acento de la reportera, cuyo timbre recordaba el sonido grave de las hojas secas en otoño.

Luego de escuchar algunos fragmentos lamentables de la entrevista, la reportera apagó su infernal aparato, lo guardó en su bolso de piel de cocodrilo y se despidió de mí asegurándome que la entrevista sería publicada en breve, junto con las de otros escritores cuya voz, según me aseguró, tenía registrada en su grabadora. La vi alejarse con su minifalda de cuero y sus muslos imponentes y me asaltó la sensación de que había perdido algo, sobre todo la posibilidad de invitarla a salir, quizá algún otro día, al cine, al teatro, a donde fuera, con tal de que al final de la cita me dejara tocar aquellos senos indescriptibles que se habían incrustado en mis pupilas como si mis gafas fueran un brasier de cristal en miniatura.

Resuelto a no dejar pasar la oportunidad, y considerando que aquella reportera podría ser el aún no resuelto amor de mi vida, hice una seña al mesero para pedirle la cuenta. Cuando el mesero llegó no pude creer lo que me había pasado. Aquella mujer —o mejor dicho, su grabadora— me había quitado, literalmente, el habla.

Sin decir palabra pagué y salí corriendo del café en dirección del parque. Esta vez la gravedad actuaba con todo el peso de sus leyes, pues mis pasos se hundieron pesadamente en la alfombra verde y morada del césped salpicado de flores de jacaranda. Crucé la avenida, corrí pesadamente a lo largo de la calle por la que había desaparecido, hasta que por fin le di alcance. La tomé del hombro, se detuvo y volteó para mirarme con un movimiento rígido semejante al de un autómata. Quise hablar de nuevo, pedirle que me devolviera mi voz, o al menos el caset, que no se fuera así, que se quedara conmigo, pero a pesar de que mis labios se movían, de mi boca no salió sonido alguno. Después de desasir el mullido hombro de mi mano, la reportera sonrió con distante y mecánica ironía, sacó la grabadora de su bolso y la encendió reproduciendo mis últimas palabras:

"Cuando no hay nada más que decir, lo mejor es el silencio."

### Testamento recién dictado

Carlos Cortés\*

\* Poeta costarricence.

Si muero cómo podrirme en paz y sin flores igual que un soldado desconocido he vivido como ateo y muero como tal para qué una u otra etiqueta ¿para qué la noticia o el secreto si sólo exigimos un poco de paz como único pésame? privilegio del desheredado/belleza del paria todo será vendido de mano en mano hacia miradas ignoradas el dinero irá a parar a algún familiar inexplicable ¿y qué importa? los libros volverán a los estantes de donde yo los tomé la poesía de regreso a los bienes comunes antes perdida en la arboleda del yo los manuscritos se darán por partes iguales al fuego aunque no tengo potestad sobre la memoria de los demás me voy y me llevo únicamente lo esencial la vida

ir

que alguien abra el cielo

y me deje

y no me deje

(lo demás nunca fue del todo nuestro)

antes de marcharme que alguien abra la jaula

# Collage por Lautrémont

José Kozer

- Madame permanece entera pese a las cúspides de la luz en la claraboya del quirófano.
- Madame es Reina del papel, en su papel, sobre la mesa de operaciones.
- Madame sintetiza el escarabajo, desnuda bajo el ligero salto de cama, un desliz, un hilillo de savia brota de sus partes pudendas, duerme Madame (umbría) bajo el primer anillo concéntrico de la ceiba.
- Madame, ¿la impenetrable? Su olor a palisandro invade las manos del médico cirujano, tres enfermeras invertebradas tejen muertas de envidia la efigie de Madame.
- Escapó. Y asciende deletreando juegos ingobernables de palabras, ubre, oleaginoso, sahumerio: y retrechera entra Madame en Dios esgrimiendo la más bella palabra del idioma, solfatara.
- Brinda (¿gusta?). Se sienta. Tres veces hila y cose en su invisible máquina (la postura es ahora impecable) el menudo pie adelanta, incorruptible es la mano que ase la sombrilla de tafetán color vino al alzar la vista oír el ruido abrirse de las ocho varillas de bambú.

### Parto

### Pilar Rodríguez

...el ideal erótico, del amor, es la pasión en la cual reconocemos la existencia de un ser único, individual, al cual le hemos confiado nuestra libertad.

Octavio Paz

Me entregaste un fardo de amores terminados por razones torpes.

Pediste que lo guardara fuera de tu vista para dar a lo nuestro inicio.

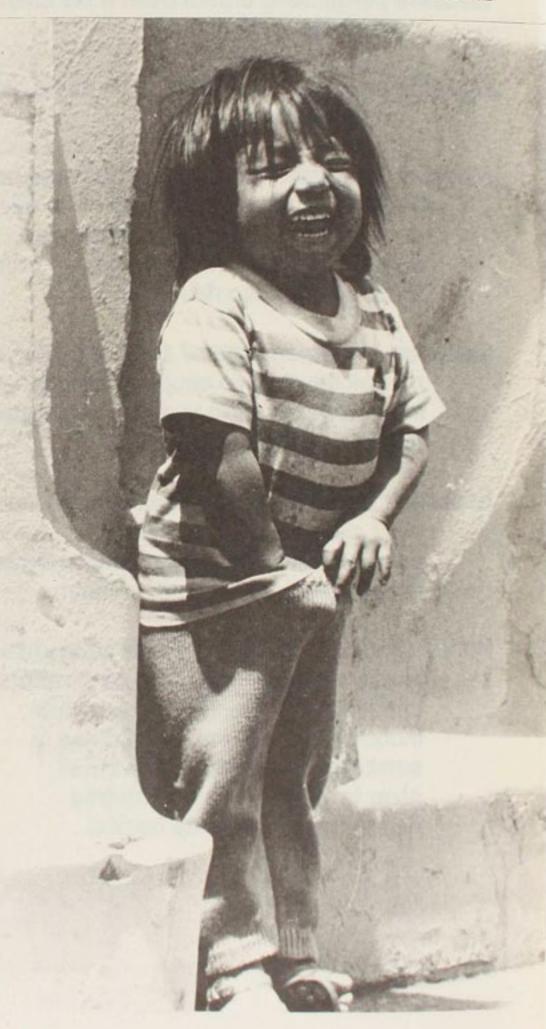
Confiabas en que los cuerpos eran sabios; las miradas, interminables imanes; las bocas, insaciables huecos; las noches, lapsos, candorosamente abiertos.

Aquel bulto tan apretado de pasado guardaba en su interior otro paquete. Envuelto en papel bandera estaba teñido por gotas de vino espeso. Su movimiento sugería el latido de un escondido y asustado animal. Sospechando su contenido, me asusté. Quise devolverte tal ofrenda y disfrazar la indelatada verdad de mi cautela.

Tomaste el envoltorio sin decir, pero del fondo sacaste aquel misterio envuelto en papel proclama, húmedo de un denso chocolate.
Vi en tus manos su ritmo palpitante.
Las extendiste hacia mí e intenté correr, pero de pie recibí lo que resultó ser más ligero que el aire que respiras.

Torpemente logré abrirlo con cuidado de no romper el empapado bulto, pero se desbordó sobre mis piernas, cayó entre ellas hasta mojarme entera.

Sentí el soplo de una brisa inesperada: secándose estaban frente a mí dos frágiles alas agitándose en ritmo constante y paralelo.
Las acomodé sobre mi espalda, y sin dudarlo me eché a volar, sintiendo una última pujada, ráfaga salvaje y húmeda: tu confianza, mi libertad.



# De espalda al paraíso

Minerva Margarita Villarreal

Lejos de la rosa, de la primavera y su verde consigna; alejada también de los príncipes, de sus dardos sobre las cabezas de las doncellas; en esta inútil retrospección, viendo la arena donde cinco minutos repasan años de furia; el matrimonio, la felicidad que debía aparecer, la inhóspita tristeza, los detalles y lluvias que deslavan la vida; lejos, de espalda al paraíso, frente al cañón donde los vientos aguijonean sus lanzas, me uno a su revuelta, van con ellos mis deseos, los pétalos y hojas, las vidas que he de tener; a ellos me uno, misteriosos señores de la huida.

## Tifón

Citlali H. Xochitiotzin

Besos: espumas cortadas a la luna, desove de alcatraces, de ecuaciones tricórnicas, a galope de yegua, amarre de faroles.

De tragos en tarros de humedades.

Aroma de cuchillo glande.

Cuerpo alfalfar hundido, bálamo enrojecido en eclipse de carnes.

Brea el Crisantemo brocal de sed.

Ardor,
arpar,
abismar en el cenit,
bramar de tu entre calle.

Besos de noches, draga la esquina puntal, salina tintura, liba la concha oliva, jira en el solar himen, pulsar diafragma en sus balcones.

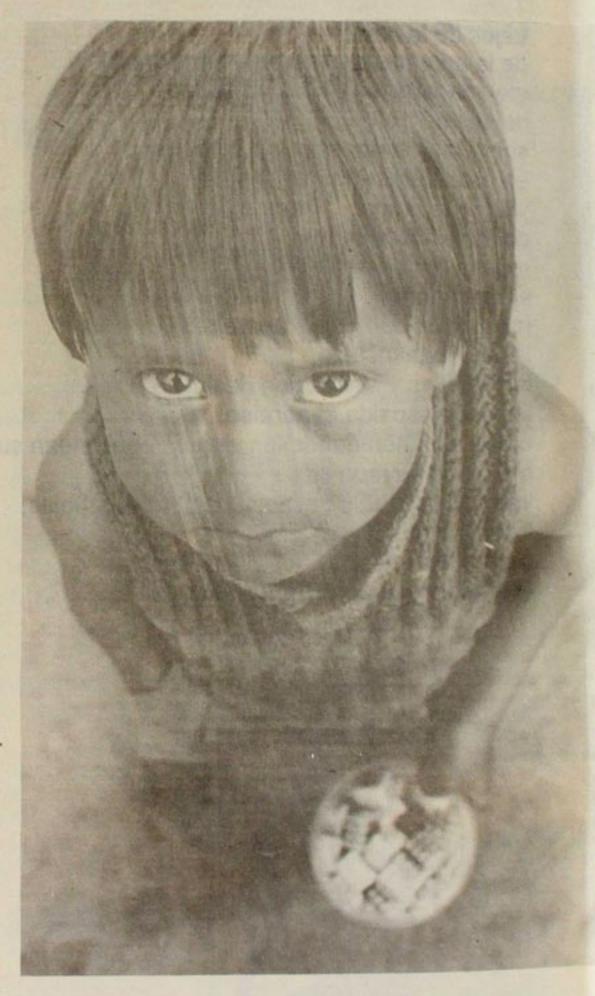
Muerde los cuerpos nudos.

Traga su encaje.
Ulula su bramido,
hunde y fuga, el grito de su oboe.

Trocan centrífugos tropos tersos de tatuados soles.

Y en sus esquinas fluye fundida en sus navajas adoración cremada en humedades.

Mayo 1995



## Miradas sobre Amor en aerosol\*

### Berta Hiriart

- -¿Qué ves?
- —Una mujer que escribe.
- -Pero hazte para acá, ¿qué ves ahora?
- -Una mujer que es escrita.
- -¿Cómo? ¿a mano?
- -No, con algo así como tinta en aerosol.
- —¿Es tinta o gel para el pelo? A ver: entrecierra los ojos.
- —Oye, sí. Aparece un salón un salón de belleza: tintes, herramientas de manicure, tubos, gorras de goma agujereadas para pintar reflejos, tijeras.
- —Y si te concentras en el filo de las tijeras, ¿qué imagen encuentras?
- —La oficina de un director en alguna Secretaría de Estado, o no, quizá la celda de una prisión. El caso es que hay un asalto.
- —¿Eso ves? ¿Un cuadro hiperrealista de la política mexicana?
- —Fue instantáneo. Ahora veo una cama donde copula una pareja.
- -¿Qué hacen?
- —¡Chin, perdí la imagen! Ya sólo veo otra vez a la mujer que escribe, bueno, que es escrita, bueno, las dos cosas.
- —No te claves. Aléjate un poco: trata de ver dónde está.
- —Es que ya no es una, son muchas, aunque sí: es una. No sé cómo explicarte. Se multiplica. Tiene muchos nombres, puedo leerlos: Beatriz, Diana Cóppola, Alejandra.
- -O.K., son varias, pero ¿dónde están?
- —En todos los paisajes que ya te dije, y en otros. ¿Sabes qué estoy viendo? Un taller de narrativa en Mixcoac.
- —¿Nada más? Busca qué hay en el fondo. Haz bizco, yo así lo ví.
- —Me estoy mareando.

- -No importa, sigue y verás: te va a dar gusto.
- —Creo que ya, pero es una visión desagradable: son unos tipos idénticos, caras de una misma moneda: los dos bien machos, sólo que con distinta suerte. Unas mujeres los acompañan: no son las que escriben, sino otras, sumisas, infantiles, se les nota que no tienen vida propia.
- —No hiciste el bizco completo. Lo que estás viendo es el primer plano. Tuerce tus ojos lo más que puedas.
- —Aparecen libros y cuadernos, ¿es eso? Una novela: Amor en aerosol. Otra novela: ¿Me juras que te casaste virgen? Un manual: Cómo hacerle el amor a un hombre. Y un diario. ¿Es eso?
- —Por ahí va, casi, concéntrate en las letras, en las palabras.
- -¿Alguna en especial?
- -Amor, si quieres, o sexo, da igual.
- —Espérate, no me hables durante unos instantes. Ahora sí, creo que me voy acercando...
- -¿Qué ves?
- -Sh...
- -Dime.
- —¡Ahora sí! Veo un laberinto, un juego topológico, una construcción estilo Escher. Los personajes caminan decididos entre andamios, escaleras, muros y pasillos para llegar al sitio de partida.
- -¿Cuál es ese sitio? ¿Cómo es?
- —No sé, puede ser cualquiera, pero ellos creen que avanzan y en realidad regresan, creen que suben, y sí, en cierto sentido, suben, pero cuando parece que han alcanzado el segundo piso, están en la planta baja.

<sup>\*</sup> Leido por la autora en la presentación del libro Amor en aerosol de Beatriz Escalante realizada el 6 de diciembre de 1995.

-¿Quiénes están ahí?

—Todos: Alejandra y su amiga Ileana, la banda de Fernando, Alonso y Lizbeth (peleando como es su costumbre), Diana Cóppola, y Beca, por supuesto.

—Condensa tu mirada en Beca, que para algo tiene el nombre de Beatriz, y deja que te guie, que te muestre el punto de partida.

—Sí, ya la veo, es más, la oigo. ¿Qué holograma!

-Yo nunca he oído. ¿Qué dice, eh?

—Dice algo de una estructura en abismo. Dice también que todo esto está dedicado a las miles de mujeres que todavía no tienen oportunidad de hacerse cabalmente dueñas de sus vidas y que surgió, palabras textuales, desde adentrísimo.

—¿Pero qué dice del punto de partida? O de llegada, si es que es lo mismo.

—Dice que... ¡Chin, perdí el sonido!

—Pero, ¿qué ves? ¿Hay alguna esperanza de que alguien encuentre una salida?

—Sí, veo un final feliz, pero se está borrando.

—¿Para dejarte ver qué?

—Una computadora. Sólo eso, una computadora.

-Muévete hacia acá, ¿ves algo más?

—Una escritora, un libro publicado, una fiesta.



## La muerte nos visita vestida de verde olivo

Subcomandante Marcos

Aquí voy, rompiéndome en pedazos y remendando cuerpo y alma a como dé lugar. Hoy se me rompió un pedazo de hombro. Se desprendió así nomás y sonó como una rama seca bajo la bota. Apenas un "crack". Despuesito se escuchó el golpe seco y leve en el suelo. Lo levanté y lo acomodé a mi mejor entender de anatomía guerrillera, lo amarré con un bejuco y seguí caminando. Ayer fue un pedazo del muslo derecho el que se quebró y cayó. Yo no pierdo la esperanza de que un buen trozo de tan impertinente nariz se desprenda y me deje, así, con un perfil menos aerodinámico pero más manejable. No lo deseo porque quiera contradecir a la PGR empanizada y la historia del tampiqueño, sino porque así deformaría menos los pasamontañas.

Ayer día 13, la muerte, vestida de verde olivo, se llegó hasta 10 o 15 metros de donde estábamos. Yo le digo a Camilo que eran 20 metros pero, cuando se fueron los soldados, bajamos y contamos 10 metros exactos a donde cruzó la patrulla de federales. Ahora, como hace un año, cada segundo es un volado entre la vida y la muerte. Un águila o sol. Como en esa película de Cantinflas con ¿Medel? donde cantan esa de "Qué te falta mujer, qué te falta..." y Marcelo le explica a Cantinflas que "la mujer, desde nuestra madre Eva... porque en la primera conflagración mundial..." y el Cantinflas responde con que "una mujer es como una flor y a una flor se le riega, cuando uno la riega, pos' la riega..." Y, a pesar de Cantinflas, la moneda da vueltas en el aire y nosotros avanzando de a pasito, arrastrándonos, sin agua y sin comida pero con lodo y espinas que servirían para pagar el total de la deuda externa mexicana si se cotizaran en el mercado de valores.

"Pero no se cotizan", me dice Camilo. "Nuestra sangre tampoco", agrega mi otro yo que, en lugar de mochila, carga su escepticismo por donde quiera y no parece estar cansado. Yo me doy cuenta de que se empiezan a embotar los sentidos. Ese día de la muerte a ¿10? metros estaba yo contra una roca, me fui recostando poco a poco, sin hacer ruido quité el seguro del arma y apunté a donde se escuchaban los ruidos. No pensaba, sólo parecía que sonaba el tiempo detenido en el dedo, en el gatillo. Sin miedo pero sin valentía. Como si estuviera viendo todo desde fuera, como si estuviera muy cansado, como si esta película ya la hubiera visto muchas veces antes, en la historia, en la vida, en la muerte. Embotado, digo yo. "Como máquina", dice mi otro yo. Camilo no dice nada, sólo murmura que eran 10 metros y 30 soldados y nosotros 3 y que, según las altas matemáticas, nos venían tocando a 10 para cada uno y que, según las probabilidades, teníamos una de cada 10 de salir vivos. Camilo dice que hizo ese cálculo. Yo no calculé nada, sólo me vi con el dedo en el gatillo, inmóvil, como un solo fotograma repetido hasta la saciedad en una película sin fin. Camilo no estudió en Oxford ni en Massachussets (¿así se escribe?), apenas llegó al 2º grado de primaria en un poblado de la selva y las matemáticas las aprendió en la montaña. A mí, ahorita, se me está ocurriendo un albur buenísimo con eso del dedo en el gatillo... pero mi otro yo me dice que éste no es el momento para cachonderias...

¿Dije "hace un año"? Miento, fue hace más de un año. En enero. Hace un año, en febrero, estábamos en la Catedral de San Cristóbal de Las Casas hablando de paz. Hoy estamos en la selva y hablando de guerra.

¿Por qué? ¿Alguien puede preguntarle a ese señor por qué? ¿Por qué nos engañó? ¿Por qué fingió decisión de llegar a un acuerdo político justo y luego desató un terror que ya

se le escapa de las manos?

Bueno, yo le platicaba, o más bien les platicaba a Camilo y a esa hoja del cuaderno cómo es que se van cayendo pedazos de cuerpo y no entiendo por qué y Camilo no me va a responder porque ya se quedó dormido en medio de este acahual y los helicópteros arriba y el "chac-chac-chac-chac" de las espadas encima nuestro y yo recuerdo que "chac" en tzotzil quiere decir "culo" y del "culo-culo-culo" de los helicópteros paso otra vez al cuaderno y mi otro yo me dice, mordisqueando mi pipa, "No tiene caso, nadie lo va a leer", y el cuaderno, en cambio, no dice nada, se deja hacer y me deja contarle cómo aparece en el cuerpo una grieta primero, y luego se ahonda y se desprende el pedazo y se cae y lo vuelvo a colocar y la amarro con bejuco y no me duele. Pero no me preocupa eso, sino que me llegue a equivocar de lado... Por ejemplo ¿y si lo que va en el lado derecho lo pongo en el lado izquierdo o al revés? ¿Qué implicaciones políticas tendría esta equivocación? Claro, hasta ahora no ha sido problema, porque no se han caído partes de ambos lados al mismo tiempo... Mi otro yo se asoma al cuaderno para leer las últimas líneas y masculla "Nadie lo va a leer", y se voltea y pretende dormitar cuando los helicópteros ceden su lugar a los grillos.

Hoy es el día del amor y la amistad. Aquí no hay más amiga que la muerte ni más amor

que el de su beso...mortal...

P.D. Que prevee un reproche. De todas formas, más me valiera morirme en ésta, en lugar de tener que enfrentar algún día a la Eva y tratar de explicarle por qué no pude evacuar sus videocassettes de Bambi, El Libro del Selva y Escuela de Vagabundos con, ¿sombody doubts it? Pedro Infante y Miroslava. La Eva dijo que Bambi es una ella, Heriberto dijo que es macho. La Eva argumentó que se veía que era hembra por los ojos, Heriberto dijo que macho por el cacho (cuernos). "Y, además, al final sale una, su novia", remata el Heriberto que, como se ve, no es un niño sino un enano.

P.D. Que, con el corazon roto, recuerda un

gesto de desprecio. La Toñita también salió huyendo para las montañas. Llevaba unos zapatitos blancos y nuevos que le mandó alguna buena persona de algún lado. La Toñita llevó sus zapatitos en la mano. "por qué no te los pones?, le pregunté después de recibir un gesto de rechazo a mi enésima solicitud de un beso. "Pos' porque se enlodan", me respondió con esa lógica inapelable de niña de 6 años en la selva Lacandona. No la he vuelto a ver...

P.D. Que se ofrece de asesora del supremo gobierno. Yo, la posdata recurrente, le recomiendo al gobierno que ya retire la orden de captura en contra del Sup. Resulta que, desde que se sabe perseguido, el Sup está insoportable. Y no me refiero sólo a su obsesión por la muerte, resulta que ahora se cree que en verdad es Juan del Diablo y se la pasa diciéndonos que no nos preocupemos, que El Tuerto va a venir a salvarnos... Pero eso no es lo grave, lo peor es que no nos deja dormir platicándonos lo que piensa hacer cuando encuentre a la tal Mónica o a la tal Aimée. ¿qué piensa hacer? Nada decoroso, créanmelo. Mi recato me impide entrar en detalles. Yo traté de desanimarlo diciéndole que esa telenovela ya habia terminado hace mucho tiempo, pero él dijo que entonces iba a buscar a la Marimar. Yo le recordé lo del veto a Televisa y reviró con que entonces se iba a ir con las gatitas de Poorcell. Contrargumenté diciendo que TV Azteca también pedía su cabeza (la del Sup), él murmuró algo así como "Algún día habrá una televisión objetiva en este país". Se fue quedando dormido, murmurando "Qué le vamos a hacer, aquí nos tocó morir, en la región más transparente del aire...". Yo le dije que sería "vivir" pero ya no me escuchó. Arriba el ruido de un avión militar y el Cinturón de Orión eran el único cobijo para su desvelo...

Vale de nuevo. Salud y una tonadita de recuerdo para esa canción de J.M. Serrat que termina diciendo:

No es que no vuelva porque me he olvidado, es que perdí el camino de regreso...

El Supdelincuente, transgresor y a salto de loma...

### El sueño del basilisco

Raymundo Méndez Canseco

Todas las tardes en que el mundo sueña la siesta y los manantiales descansan, todas las horas en que el sol comienza a desvanecer su sangre sobre el oriente, en ese tiempo en que tu cuerpo yace dormido y tu respiración es más pausada que de costumbre, despierto yo contemplar tu rostro, descubrir otra vez que te amo, y que este simple hecho hace que la tarde sea más lenta, mientras en el mar, las ballenas inundan con burbujas el oleaje que

rompe en las costas.

Todas las tardes, en esa hora en que los corazones del mundo se sincronizan —pues yo no concibo que sea de día en este sitio y en otra ciudad apenas amanezca— me siento en la sala a contemplar la casa vacía a ver las flores en su sueño, y las imagino en la tierra otra vez, antes de que florecieran, cuando eran sólo botones diminutos, embriones apenas y soñaba cosas que no son de este mundo. Había basiliscos a su lado y éstos también dormían, aunque sus sueños fuesen cortos e inaccesibles a nuestro entendimiento. Todas las tardes como ésta quiero imaginar en lo que sueñan los demás seres y tú en especial; probar de tus sueños como si fueran un manjar disponible a las papilas de mi lengua, al filo de mis dientes y a mi olfato, embriagarme con esos sueños comestibles y creer que en realidad vivo a la orilla del mar, los días son soleados todo el tiempo y en las noches del plenilunio las sirenas se acercan a las rocas a arrullar el sueño de los hombres. Esos días en que el viento azota las hojas de las palmeras y cubre a los cocos de un polvo que les imprime texturas de vestidos viejos; el viento de todas las tardes que arrulla tu sueño, en esas horas en que me descubro a mí mismo lo mucho que adoro tu respiración pausada, el movimiento de tus ojos, y supongo que lo que sueñas es un platillo comestible que me conduce a mundos similares al de las flores en botón.

Todas esas tardes que pasamos envejecí un poco. Mi rostro ya no era el mismo antes de conocerte que después de tu partida. El espejo me mostró los estragos de la felicidad; me señaló el cuerpo abotagado, las arrugas de la sonrisa. Cuando te fuíste todas las demás tardes permaneci sin la siesta y con la vajilla con los floreros intocados; a la casa la vida también se le fue. Dejé de leer, de sentir. Ahora, de vez en cuando camino en las calles solitarias y escucho los suspiros del sueño de las demás, es entonces cuando quisiera que el mar inundara la ciudad, que ahogara a todos los habitantes a la

<sup>\*</sup> Nació en Oaxaca, Oaxaca, en 1969. Ha publicado en las revistas Cantera Verde, Tierra Adentro, y Avance y Perspectiva; en las antologías Cuentistas de Tierra Adentro y Oficio de Cantera; y el libro de cuentos: La piel del desierto, del Fondo Editorial Tierra Adentro, 1992.

hora en que duermen y la muerte les supiera a sal. Yo moriría también, pero antes vería deambular en las calles donde exhibimos nuestro amor a las mantarrayas, a los cardúmenes de especies varias, a las medusas; vería cómo se aposentan en nuestra casa los corales y las colonias de insectos marinos, y hacen de nuestra vajilla sustratos para paisajes acuáticos; cómo los dientes de leche de tu infancia, aquellos que guardabas en una caja de hojalata, salen de ella y se transforman en el centro de nuevas perlas que los ostiones formarán como reacción a los efluvios, según ellos, irritantes de tu sonrisa infantil. Las demás tardes yo seré un esqueleto sentado en mi sillón favorito, un cráneo sin redes nerviosas que inventen sueños, sin los ojos que verán las cosas que ahora te digo, pero que tendrá todos sus dientes completos para sonreirle a ese buzo del futuro que explorará nuestra casa, se paseará por la recámara, esculcará en tus cajones y se enterará de esos secretos tiempos tuyos en que soñabas un mundo ajeno al mío, esa esencia que jamás mis dedos tocaron, y que me mantuvieron atado a

Todas las tardes del mundo estaban capturadas en tu colección de tarjetas postales. Paris alrededor de las cinco en otoño, Boston a las cuatro del invierno. Lugares donde soñaste vivir sin mí. Esas tardes donde pasearias por los parques, donde buscarías romances, donde, con un gusto de café en los labios, observarías el juego de las ardillas y el vuelo de los pájaros que jamás vi. Pájaros de tierras extrañas, olorosos a hierbas y a ríos ajenos a mi piel. Pájaros que dejan plumas en avenidas distintas que se aprecen a los que me acompañan, en el centro de esta casa, grabados sus cantos, grabadas sus risas, solitario yo con ellos, melancólicos de tí, de la vida que formamos, del pastel que nos comimos entero, del té y las ollas nuevas, de la noche sin luna, cuando te perdí, cuando tomaste tus cosas una a una en la maleta, y te fuíste para siempre con las anécdotas de tu infancia y el futuro del ayer.

Desde entonces, todas las tardes contemplo las fotos que me hacen pensar que en realidad viviste, que en realidad estuviste junto a mí. El duelo lacera mi alma, la soledad no la compensa la gente que invade las calles cercanas a la casa ni el barullo de la vida de los demás, a los que ahora perteneces tú. Las fotos que un día soñé encontraba sin tu imagen; ninguno nuestros conocidos pudo atestiguar que tú habías vivido, y yo corría de casa en casa, marcaba un número tras otro, y jamás nadie me pudo decir que en verdad habías existido. Después, derrotado, casi convencido, miraba las fotos y lo sabia todo, que te había inventado, que eras una ensoñación; alguien a quien creé para ayudarme a sobrevivir. Alguien que reuniera rasgos de mis amores pasados, una amalgama de personalidades y actitudes corporales. Una suma de gente que ya no me interesa. Viví contigo una relación de mucho tiempo, hasta que el mismo tiempo la agotó y fuíste el final del sueño.

Todas las tardes contemplo los basiliscos que guardan la siesta en los nichos. Los compré hace poco. Son tres. Tienen una piel rugosa, seca, de un color que se mimetiza con la arena. Durante el sueño, el movimiento de la respiración es lo único que afirma que están vivos. Algún día aprendere a descifrar sus ensoñaciones, podrán compartirlas conmigo. En ellos volverán todas esas tardes que pasé junto a tí. Te tomaré la mano, te mesaré los cabellos. Tendré tu boca cerca de la mía y te besaré largamente. Nunca te irás; para siempre junto a mí. Así será el otro final.

### Noche I

### Omar Ramírez Saavedra

Ciego, amor, esta primera noche sin tí se rasgará la luna debajo de la arena.

Vendrán de todos lados aleteando, mariposas nocturnas: de tu rubor, de tu cepillo, de tu estropajo, de tu jabón que se deshace en la bañera, de las migas de pan sobre la mesa, de las algas que ahogaron al sapo en la pecera.

Pido amor, como pedir que no te cortes el cabello: marea negra, corazones deshilados, para colgar en la noche a las estrellas, para jalar barcos de papel cuando el aire no sopla entre sus velas.

Siento amor que viviré sin tí, hasta los días que le dure a la caja musical la cuerda.



<sup>\*</sup> Nació en Tlacolula, Oaxaca, en 1970. Ha publicado en suplementos culturales de la entidad y en la revista Cantera Verde. Es integrante del taller literario de la Biblioteca Pública Central de Oaxaca.

## Estoy en el mar

### Ivan Ayala

En mi sueño estoy en la playa

No, no.

En mi sueño estoy en el mar, en una bahía.

El sol no me quema, pero ahí está. El agua me llega hasta el ombligo y mis pies no se hunden en la arena.

Sí, sí.

En mi sueño estoy en el mar, las olas son pequeñas y se rompen con un poco de espuma y un rumor muy rico de vaivén, que me rodea, pero no me envuelve.

Así es, en mi sueño.

En mi sueño hay peces, yo los visito sumergiendo la cara, miro y miro, los ojos no me arden; los peces nadan y se acercan y nunca me tocan; meto la mano los busco para jugar, pero creo que no me ven, porque nunca se espantan.

Si, así es.

En mi sueño estoy en el mar, pero no estoy haciendo nada.

Llega una ola y me amenaza y me cubre, pero no me mueve.

Y es que, vaya, el sueño es mío.

En mí sueño hay mucho sol, pero no me ciega, es más ni siquiera me da calor. El agua esta fría, pero no estoy sudando.

Golpeo las olas con puños; golpeo pues, al mar, pero no salpico.

No ni una gota.

En mi sueño estoy en el mar. Estoy adentro del mar, estoy rodeado de mar, siento el agua, pero no la toco. Siento como la empujo y la aparto.

Me tiento el pelo y está seco. Quiero mojarme la cara, sentir el agua en los ojos, tener gotas entre las pestañas y sal en los labios. Pero toda se escurre, como si mis manos fueran de malla.

Me froto la nariz para oler un poco de mar en mis palmas; no huelo nada. Me sumerjo todo y solo soy espacio en donde no hay mar; una burbuja. Salgo a respirar y examino mi piel extrañado: si es cierto, mis manos están secas.

Ah, pero eso sí, en mi sueño estoy en el mar.

### Poema

Julio Ramírez \*

Tal vez nos acercábamos al mar antes de la caída del crepúsculo: viajeros, isla de paso, y allí estaba la arena tapándonos los poros de la carne.

No había más piel,
ni horas,
ni confidencias,
que el bramído sin tregua de la espuma;
y tu voz,
fugada en caracolas,
reventada en las olas, sobre las rocas,
fugándose en trocitos de memoria.

Tal vez adelgazábamos como la sombra, con los cuerpos debajo de las manos.

El aire se embarcaba: se le hinchaban las velas conjugadas en viento a la deriva.

No había puerto. ni botín, ni codicia,

ni luces encendidas esperando en la casa; ni había más esperanza que el respirar unidos la humedad y la sal de nuestras sombras.

Y no había más momento



<sup>\*</sup> Nació en la ciudad de Oaxaca, en 1953. Coordina el taller literario de la Biblioteca Pública Central. Director de Cantera Verde. Ha publicado en revistas y suplementos nacionales; los libros Oficio de Cantera (antología), 1991; Tocar el alba, Colección el Alba del Tigre, UNAM, 1993 y en revistas extranjeras. Sus trabajos se han traducido al holandes y al inglés.

que el momento de formarnos la historia, nuestra historia, hecha de vino y mar y lejanía.

Tal vez nos acercábamos, tocándonos los nombres, con los rostros velados, con el carnet dejado en la maleta.

No hicimos cita entonces ni la tarde se vistió de presagios: pero a pesar de todo nos quisimos.

### Poema

Gloria Tomás Vázquez \*

La melodía desnuda se enreda entre tus dedos, carcajada de piano ansiosa por mirar tu pubis, y vuela en el espejo azul donde incendias el soplo pudoroso de mis senos.

<sup>\*</sup> Nació en Zaachila, Oaxaca, en el año 1976. Ha publicado en la revista Cantera Verde y pertenece al taller literario de la Biblioteca Pública Central de Oaxaca.



Casa del Tiempo® es una publicación mensual de la Dirección de Difusión Cultural. Un espacio abierto a la reflexión, el análisis y la sensibilidad.

De venta en librerías y en la Dirección de Difusión Cultural de la UAM. Medellín 28, Col. Roma. Tel. 511-6192 Fax: 511-0717



# parnaso Paecoyoacan

libros discos arte café

# Carrillo Puerto # 2 en el Zócalo de Coyoacan

Ciudad de México

Teléfono 658 3195, Fax 659 5696



### Premio Anual de Ensayo Literario Hispanoamericano

# LYA KOSTAKOWSKY 1995

En cumplimiento de la voluntad de don Luis Cardoza y Aragón —quien constituyó un fondo para otorgar anualmente el Premio de Ensayo Literario Hispanoamericano Lya Kostakowsky— el Comité Técnico designado por él para administrar dicho fondo, decidir los temas del concurso y designar a los jurados correspondientes, convoca al

Premio Anual de Ensayo Literario Hispanoamericano Lya Kostakowsky 1995 que se regirá de acuerdo con las siguientes BASES

Primera. El concurso queda abierto a la participación de escritores que en forma individual o colectiva presenten un ensayo inédito, en español, de por lo menos 50 cuartillas a doble espacio. El Comité Técnico ha decidido que el tema para el Premio correspondiente a 1995 sea "El surrealismo en América Latina", en alguna de sus vertientes: literatura, artes visuales, música, danza y teatro.

Segunda. El monto del premio, único e indivisible, es de 20 000 dólares o su equivalente en moneda nacional al momento de su entrega.

Tercera. Los trabajos deberán ser presentados por cuadruplicado (original y tres copias), antes del 1º de julio de 1996, con seudónimo y, en sobre cerrado aparte, la identificación del autor o autores, su domicilio y, en su caso, su teléfono y fax. Para los trabajos que se reciban después de esa fecha, se tomará en cuenta la del registro postal.

Guarta. Margo Glantz, Rita Eder y Sergio Ramírez Mercado han aceptado integrar el jurado del Premio 1995, cuyo fallo será inapelable.

Quinta. La decisión del jurado se dará a conocer en octubre de 1996; el jurado podrá declarar desierto el concurso.

Sexta. El premio será entregado dentro de los tres meses siguientes al anuncio del veredicto, en el lugar que el Comité Técnico señale. Séptima. No se devolverán los originales ni las copias de los trabajos recibidos.

Octava. Las situaciones no previstas en la presente convocatoria serán resueltas por el jurado.

Novena. El Comité Técnico se reserva durante un año el derecho de publicar, en una primera edición, el ensayo premiado.

Décima. Los originales y las copias deberán enviarse a:

Fundación Cultural Lya y Luis Cardoza y Aragón, A.C. Callejón de las Flores 1, esq. Puente San Francisco Barrio del Niño Jesús, Coyoacán 10000 México, D.F.
Tel. y fax 554 40 10

Ciudad de México, agosto de 1995

El Comité Técnico:

Fernando Benítez, José Chávez Morado, Gabriel García Márquez, Pablo González Casanova, Eugenia Huerta, Emilio Krieger, Rigoberta Menchú, Augusto Monterroso, Vicente Rojo.

## En aquel preciso momento la mujer se dijo:

Qué no daría yo por la dicha de estar a tu lado en el hijo del cuervo y de compartir el ahora como se comparte la música o el sabor de una copa. En aquel preciso momento la mujer estaba junto a él en

el hijo vo

Jardín Centenario 17. Nostalgia del presente. Tel 659 89 59



### LA CASA ALDUS EN MÉXICO

Obrero Mundial No. 201 Col. Del Valle 03100 México, D.F Tels: 543-5482-83, 669-1626 Fax: 669-1037

Los poetas (Poesía de todas las épocas)
Los placeres y los días (Literatura universal)
La torre inclinada (Narradores
contemporáneos)

Libros en el buró (Diarios, máximas, reflexiones)

Las horas situadas (Destacados ensayos) Mundo mirado (Crónica: análisis sociocultural) Sociedad regulada (Política y sociología)

### Novedades editoriales:

Ramón López Velarde El retorno maléfico.

Poesía Completa (Primer Libro Aldino)

Jorge Volpi La paz de los sepulcros

Adriana González Mateos Cuentos para

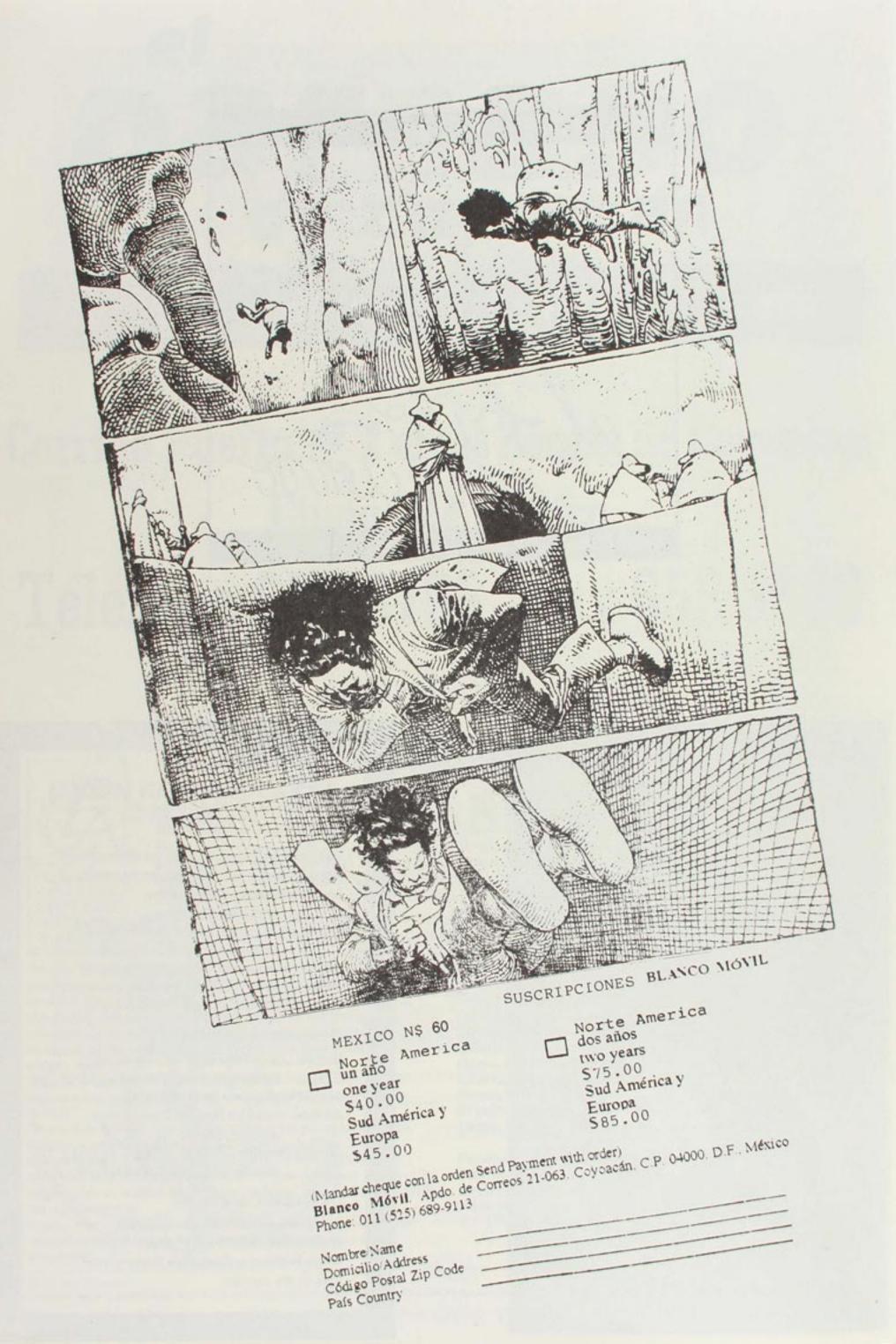
ciclistas y jinetes

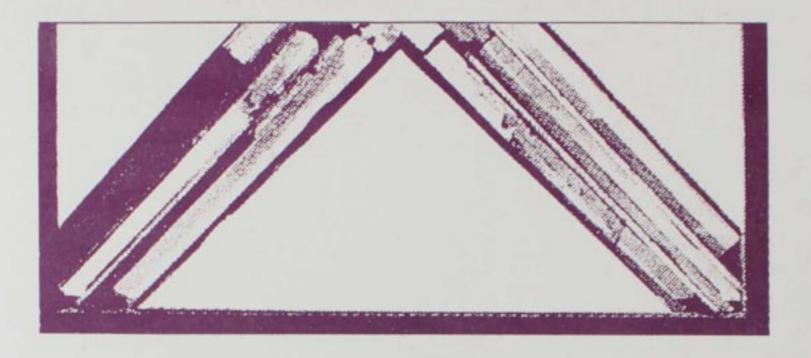
Alberto Paredes El Arte de la queja. La prosa

literaria de Ramón López Velarde

De próxima aparición:

Rainer Maria Rilke Elegias de Duino René Avilés Fabila Todo el amor Jorge Fernández Granados Resurrección Elsa Cross Urracas





# **FRONTERAS**

AÑO 1, VOL 1

### Diálogo entre culturas, diálogo entre fronteras

Edmundo O'Gorman. Edmundo Valadés (entrevistas)

Las fronteras de la frontera sur. Andrés Fábregas Puig • La tijuanización de México.

Federico Campbell • Frontera. José Antonio Burciaga • Poetas chicanos y mexicanos. Taller de Alberto Blanco

La frontera en la piel. Luis Astorga • Los sentidos de las fronteras. César Abilio Vergara

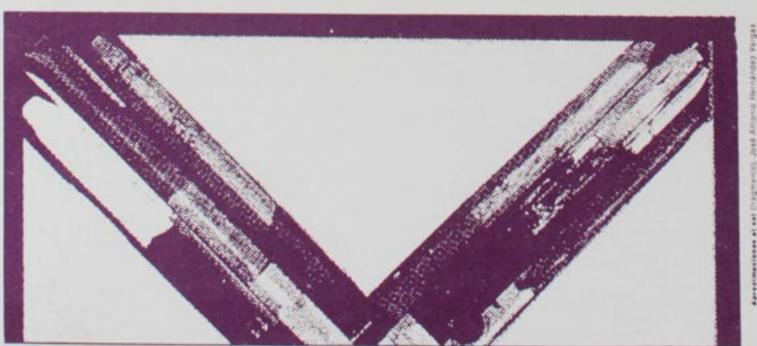
Culturas contra fronteras. Francisco Cervantes . La palabra enemiga. Jaime Labastida

Frontera Norte: Cien interpretaciones. Gabriel Trujillo . Mirador fronterizo

Dossier de literatura. Abigael Bohórquez y Jaime Sabines



Coordinación Nacional de Descentralización



# BLANCO MOVIL

Director: Eduardo Mosches Secretario de redacción: Felipe Vazquez Badillo

# Consejo Editorial:

Gerardo Amancio Oscar de La Borbolla Christopher Dominguez Fernanda De Teresa Beatriz Escalante José Maria Espinasa Samuel Gordon Gabriel Macotela Eduardo Milán Una Pérez Ruiz Raul Renan Bernardo Ruiz Guillermo Samperio Esther Seligson Aralia López Daniel Sada Juan José Reyes

## Corresponsales:

Arturo Carrera (Argentina) Floriano Martins (Brasil) Magda Zavala (Costa Rica) Jesús Cobo (España) José Kozer (Estados Unidos) Miguel Angel Chinchilla (El Salvador) Enrique Noriega (Guatemala) Rafael Rivera (Honduras) Marcela London, Melech Ziv (Israel) Edwin Silva (Nicaragua) Consuelo Tomás (Panamá) Jorge Montesino (Paraguay) Eduardo Chirinos (Perú) Eduardo Espina (Uruguay)

Relaciones públicas: Patricia Jacobs Publicidad: ALTRAFORMA Impresión: IMPAKRA Teléfono y fax: 670 39 40 Fotografias de Salvador Herrera Diseño de portada: Pablo Rulfo Formación y tipografía: Sharttman & Bronstein

BLANCO MOVIL Apartado postal 21 - 063 C.P. 04000, D.F. Teléfono y fax: 689 91 13

### LOS PRIMEROS PASOS

Eduardo Mosches

### **NUESTROS ESCRITORES**

Los caminos del neo policíaco latinoamericano Paco Ignacio Taibo II

#### EL NEO POLICIACO

Vengan acá esos cuatro Gerardo de la Torre Amante profesional Ramón Díaz Eterovic Hotel Lupita y Mustang David Dorantes Del peligro de alquilar el culo en estos dias Juan Hernández Luna Caso seiscientos catorce José Latour Una mariposa muere y no importa nada Myriam Laurini Contingencias Orlando Ortiz La muerte pendular de Raimundo Manzanero Leonardo Padura Fuentes Las reglas del juego Rodolfo Perez Valero Nuestra propia tierra Mauricio-José Schwarz Una vida corta y no tan feliz Guillermo Zambrano

### POETAS DE SIEMPRE

La olvidada lección de cosas olvidadas Julia Ferrer

### INEDITOS DE NARRADORES

Danzón breve para escritor Mauricio Molina

#### **INEDITOS DE POETAS**

Testamento recien dictado Carlos Cortés Collage por Lautreamont José Kozer Parto Pilar Rodríguez De espalda al paraiso Minerva Margarita Villareal Titón Citlali H. Xochitiotzin

### LITERATURA DE LOS ALTOS

La muerte nos visita de verde olivo Subcomandante Marcos

### LIBROS AL TRASLUZ

Miradas sobre Amor en aerosol Berta Hiriart